

CB

26

Edouard Cothenet

San Pablo en su tiempo

4.^a edición

EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
ESTELLA (Navarra)
1985

“En Pablo hay varios hombres”: esta frase de A. Brunot evoca toda la complejidad de esta personalidad tan acusada y fascinante. Pertenece a dos civilizaciones, la judía y la griega. De un carácter recio, no siempre resulta fácil vivir con él cuando la misión está en juego: Pedro, Marcos, Bernabé, los corintios y otros muchos lo supieron por propia experiencia. Apegado a la exégesis rabinica, nos conduce a veces por razonamientos que no acabamos de comprender... Y al mismo tiempo se revela como un hombre maravilloso, de afecto desbordante, que celebra con apasionados acentos su amor al Señor que lo “derribó” en su camino, su cariño a los hijos que ha dado a luz en la fe... Son muchos los retratos que se han hecho de Pablo. Muchos estudios han intentado ya decirlo todo sobre él. Quizá fuera conveniente resumir en las pocas páginas de un cuaderno todo lo que se ha dicho.

Edouard Cothenet, sacerdote de la diócesis de Bourges y profesor en el Instituto Católico de París, ha sabido situar a Pablo en su contexto vital: la civilización judía con su fe, su liturgia, su búsqueda de Dios en la escritura, la civilización griega con sus elementos económicos e históricos, su necesidad de razones para vivir que muchos de los mejores buscaban entonces en el epicureísmo o el estoicismo. Tras esta lectura, Pablo nos parece más hombre, enfrentado con múltiples problemas, y más apóstol, dedicado por completo a la causa que promueve. Y sus cartas, situadas de esta forma en su vida y en su contexto histórico, ganan no poco en calor y en sinceridad.

Presentando además el cuadro de la situación del imperio romano en la época de Pablo —pronto saldrá otro cuaderno que nos presente a Palestina en la época de Jesús—, estas páginas ofrecen una buena introducción para el conocimiento de aquel a quien se ha llamado “el primero después del Unico”.

LA FORMACION DE PABLO

Nos gustaría poseer una biografía científica de aquel que ha sido el mayor de todos los misioneros, Saulo de Tarso, el convertido de Damasco. Pero en su vida las zonas de luz radiante alternan con rincones de sombra en donde el historiador intenta reconstruir los acontecimientos sobre los escasos datos que va obteniendo por una y otra parte o sobre el conocimiento del ambiente en que vivió el apóstol de las naciones. Así, por ejemplo, para evocar su juventud no disponemos más que de unas breves indicaciones que nos ofrecen Flp 3, 4-6 y Hech 22, 3-5 sobre su ambiente familiar de Tarso y su formación rabínica en Jerusalén. Gracias a nuestros conocimientos del judaísmo de la diáspora y de las escuelas de la ciudad santa, podemos sin embargo comprender los años de formación de Pablo enmarcándolos en el doble cuadro geográfico en que se desarrollaron: Tarso y Jerusalén.¹

Es muy probable que Pablo naciera alrededor del año 5 de nuestra era, ya que en el momento de la lapidación de Esteban se le consideraba todavía como "joven" (Hech 7, 58) ¿Cuántos años vivió en Tarso? Es una cuestión discutida. El buen conocimiento que Pablo tiene del griego invita a pensar que pasó en esta ciudad universitaria por lo menos hasta su adolescencia. En sentido contrario, otros deducen de Hech 22, 3 que Saulo "creció" en Jerusalén, en casa de sus padres, a pesar de que había nacido en Tarso. El año 58, se encontraba en Jerusalén un sobrino de Pablo, hijo de una hermana suya (Hech 23, 16), lo cual confirma esta última hipótesis. Sin embargo, si Pablo pasó en Tarso solamente los primeros años de su niñez, ¿por qué le habría gustado tanto volver allá para predicar antes de partir para otras misiones más remotas? (Gál 1, 21; Hech 9, 30; 11, 25).

¹ Para ampliar este estudio cf sobre todo *Introduction à la Bible NT*, vol I *Au seuil de l'ère chrétienne* Desclée Paris 1976, 268 p R Le

Déaut - A Jaubert - K Hruby, *Judaïsme* Beauchesne, Paris 1975, 170 p (separata del artículo del *Dictionnaire de Spiritualité*)

1. Un judío de Tarso

ESTADO CIVIL DE PABLO

“Circuncidado a los ocho días de nacer, israelita de nación, de la tribu de Benjamín, hebreo de pura cepa y, por lo que toca a la ley, fariseo” (Flp 3, 5). *“Yo soy judío, natural de Tarso, ciudad de Cilicia que tiene su fama”* (Hech 21, 39).

Por estos textos se ve que Pablo nació en el seno de una familia de pura raza judía, orgullosa de su linaje y apegada a su fe. Se supone que su padre era tejedor, como lo fue también Pablo. Era de condición pudiente, ya que había recibido el privilegio tan deseado de la ciudadanía romana (Hech 22, 25-28). Más de una vez, el apóstol invocará este título cuando tenga que vérselas con la autoridad romana (Hech 16, 37; 22, 25.29; 23, 27). Pero sobre todo apreciaba los beneficios de la *pax romana* y el sentido de equidad que caracterizaba al genio de Roma²: después de todas las convulsiones políticas del final de la época helenística y tras las proscripciones y matanzas de las guerras civiles, la victoria de Octavio en Actium (31 a. C.) se había presentado a sus contemporáneos como el alba de una nueva era, comparable con la edad de oro. Las consignas de lealtad política que dará más tarde en Rom 13, 1-7, no corresponden únicamente a la actitud general de los judíos de la diáspora, sino que revelan un rasgo de la personalidad de Pablo muy distinta de la de Juan, el vidente de Patmos, cuando la persecución de Domiciano. Hemos de añadir que Pablo se mostraba sin embargo severo con la “alta” sociedad que no se recataba de mostrar en público sus vicios (Rom 1, 18-32).

EL DOBLE APELATIVO SAULO-PABLO

En sus cartas, el apóstol se presenta siempre con el nombre de **Paulos** (Pablo), incluso cuando recuerda su

Gracias al testamento político de Augusto, grabado en las paredes del templo de Ancyra (la actual Ankara), conocemos con exactitud el **número de ciudadanos del imperio**: 4.063.000 ciudadanos en el primer censo (28 a. C.); 4.233.000 ciudadanos en el segundo (8 a. C.), 4.937.000 ciudadanos en el tercer (14 p. C.).

prosapia judía. Solamente Lucas nos ha conservado en los Hechos el nombre semítico de Saulo (Saúl), y no habla de **Paulos** más que a partir del momento en que el apóstol entra en relación con Sergio Paulo, procónsul de Chipre (Hech 13, 9) No puede deducirse de esto que fuera aquel el momento en que Saulo cambió de nombre. El uso de un doble apelativo era muy frecuente en un ambiente cosmopolita como el del área mediterránea. Johannan, el futuro evangelista, llevaba también el nombre de Marcos (Hech 12, 12). Uno de los profetas de la iglesia primitiva, Silas, había tomado el nombre romanizado de Silvano (compárese Hech 15, 27 con 1 Tes 1, 1). Para los griegos, Saulo sonaba mal; el adjetivo **saulos** se aplicaba a los individuos de tipo afeminado. Se comprende entonces que, en sus relaciones con el mundo grecorromano, el joven judío de Tarso se hiciera llamar **Pablo**.

LA CIUDAD DE TARSO

El peregrino de nuestros días se siente desconcertado al llegar a Tarso, ciudad moderna, sin relieve, donde no subsisten más que unos escasos restos del período romano. Antiguamente fue una ciudad muy próspera gracias a su **posición geográfica**: construida cerca del mar, disponía de un puerto en el río Cidno. Por las “puertas sirias”, desfiladero en medio del Tauro, recibía las caravanas llegadas de Antioquía, mientras que por las “puertas cilicias” se abría a la altiplanicie de Anatolia. ¿Cuántas veces recorrería Pablo aquellas calles!

La ciudad era célebre por la fabricación del “cilicio”, una tela fuerte hecha de pelo de cabras para las tiendas de los nómadas. En el taller familiar Saulo aprendió aquel oficio que ejercitaría más tarde con satisfacción (Hech 18, 2-3; 20, 34; 1 Cor 9, 13-15; 1 Tes 2, 9; etc.).

La ciudad contaba con unos 300.000 habitantes, entre los que se mezclaban, como en todos los puertos, los elementos más variados. Tarso era además una ciudad **universitaria**, como sabemos por un geógrafo griego del siglo I, Estrabón:

² J Dupont *“Aequitas romana”*, en *Etudes sur les Actes des Apôtres* Cerf Paris 1967 527-552

“Los habitantes de Tarso sienten tanta pasión por la filosofía y tienen un espíritu tan enciclopédico que su ciudad ha acabado por eclipsar a Atenas, a Alejandría y a todas las otras ciudades conocidas por haber dado origen a alguna secta o escuela filosófica... Lo mismo que Alejandría, Tarso tiene escuelas para todas las ramas de las artes liberales. Añadid a esto la cifra tan elevada de su población y la notable preponderancia que ejerce sobre las ciudades circundantes y comprenderéis entonces cómo puede reivindicar el nombre y el rango de metrópoli de Cilicia” (Geographia, XIV, V, 13).

Entre las glorias de la región figura el nombre del poeta **Arato**, del siglo III antes de nuestra era; Pablo cita una de sus frases en su discurso en el Areópago (Hech 17, 28): *“Sí, estirpe suya somos”*. También nació en Tarso el filósofo estoico Atenodoro, preceptor de Augusto, que pasó sus últimos días en su ciudad natal; supo dar a su noble discípulo sabios consejos: *“Cuando estés enfadado, César, no digas nada ni hagas nada hasta que hayas repetido todas las letras del alfabeto”* (Según Séneca, **Cartas a Lucilio**, I, X, 5).

Nos gustaría saber si Pablo asistió a alguno de los cursos de los filósofos de Tarso. Lo cierto es que en sus cartas usará de buena gana un método de discusión (la **diatribè**, cf. p. 22) que se usaba en la enseñanza de entonces. El sentido de libertad y de responsabilidad, la inquisición de las causas, la alegoría de los miembros del cuerpo humano, el valor concedido a la inteligencia..., otros muchos detalles nos indican también cuánto debe Pablo al espíritu griego. Su cultura no tiene nada de farragosa; es la de un hombre de su tiempo, abierto a las discusiones de la plaza pública, dispuesto a recoger al vuelo la pelota para imprimirle luego una trayectoria inesperada...; para Pablo, el único libro de texto y de referencia será la biblia.

En el aspecto **religioso**, Tarso se parecía a todas las demás ciudades del mundo mediterráneo. Cada época le había ido dando sus dioses: a Baal Tarz (el señor de la ciudad) y al joven dios Sandón, dios de la vegetación, cuya muerte y resurrección se celebraban todos los años, se añadieron luego los dioses del panteón griego y últimamente el culto a Roma y a Augusto. La familia de Pablo no podía menos de sentir el más profundo desprecio contra esos cultos idolátricos; no es posible de ningún modo establecer una relación entre los cultos místéricos del mundo pagano y la fe cristiana en Cristo muerto y resucitado.

UN JUDIO DE LA DIASPORA

Por su nacimiento en Tarso, Pablo pertenece a la comunidad judía de la **diáspora** (palabra griega que significa dispersión), muy floreciente por aquella época. Cualquier cálculo numérico sobre las poblaciones de la antigüedad resulta más o menos discutible, pero de todas formas pueden aducirse algunos datos. Según Baron³, Palestina contaba por entonces con dos millones y medio de habitantes, entre los que dos millones eran judíos. En el imperio, los judíos eran unos cuatro millones, o sea, el 7 % de la población. A ello hay que añadir más de un millón de judíos en las regiones orientales, que los autores hebreos designaban globalmente por “Babilonia”. Para tener una idea de la enorme dispersión judía, basta consultar la lista de pueblos que enumera Lucas en su relato de pentecostés (Hech 2, 9-11), que no está ni mucho menos completa. El sentido familiar, tan específico de los judíos que, a diferencia de los griegos y de los romanos, no admitían el aborto ni la exposición de los recién nacidos, no basta para explicar semejante expansión demográfica. Hay que tener en cuenta un intenso movimiento de proselitismo, al menos desde el siglo III antes de nuestra era. En Palestina había algunos rabinos, como Shammaï, que se oponía en este punto a Hillel, desconfiados frente a este movimiento; pero la verdad es que los judíos de la diáspora se sentían responsables de *“transmitir al mundo la luz incorruptible de la ley”* (Sab 18, 4). Los comerciantes por su parte sabían conjugar el sentido de los negocios con el celo religioso, como vemos en la historia de la conversión de la familia real de Adiabene (cf. más abajo, p. 35). Desde el punto de vista jurídico, los judíos gozaban de una amplia autonomía interna desde los tiempos de Julio César. Como estaba reconocida su religión, quedaban dispensados de los cultos a la ciudad y de los cultos a Roma. Como no podían combatir el día de sábado, estaban también exentos del servicio militar. A pesar del reglamento sobre el control de los cambios, podían enviar a Jerusalén la ofrenda del didracma para el templo. En su vida interior, la comunidad judía tenía su propia organización y sus propios tribunales que juzgaban según la ley de Moisés. Por eso Pablo se escandalizaba de que los cristianos de Corinto apelasen a los tribunales paganos (1 Cor 6, 1-11).

³ Cf. S. W. Baron, *Histoire d'Israël. Vie sociale et religieuse*, t. I, 228 y 515-518.

Semejantes privilegios provocaban inevitablemente envidias y rivalidades. El antisemitismo es ya anterior a la era cristiana. Cuando Cicerón toma la defensa del gobernador Flaco, que había confiscado el oro judío destinado al templo de Jerusalén, exclama: "La oposición a esa bárbara superstición ha sido causada por una justa severidad; imponerse, por el bien del estado, a esa turba de judíos, que tantas veces vociferan en nuestras asambleas, ha sido un acto de la más elevada dignidad" (**Pro Flacco**, 66s).

A pesar de estos desprecios, los judíos conocieron en el conjunto del imperio romano un estado general de prosperidad. Los pogroms como los de Alejandría en el año 38 de nuestra era fueron excepcionales, de forma que la agitación continua de Palestina contrasta fuertemente con la situación general de la diáspora bajo la **pax romana**.

LOS SETENTA

Por toda el área mediterránea, los judíos no tardaron en adoptar la lengua griega, de modo que en las sinagogas se utilizaba comúnmente la traducción que se fue haciendo poco a poco en Alejandría durante los siglos III y II antes de nuestra era. Atribuida a 70 ancianos (de ahí su nombre de los Setenta), esta traducción se distingue del texto original por cierto número de adaptaciones y de enriquecimientos culturales.⁴ Al leer los salmos en esta traducción, el joven Saulo podía alimentar su esperanza en la resurrección y su anhelo por la llegada del mesías. Por ejemplo, en el salmo hebreo 16 un enfermo le pide a Dios que no le deje caer en el sepulcro; según los Setenta, Dios "no dejará a su fiel conocer la corrupción" (citado en Hech 2, 27 y 13, 35). En el original hebreo de Gén 3, 15, la descendencia de la mujer es la que aplasta la cabeza de la serpiente cuando ella hiere su talón; al utilizar un pronombre masculino (**autós**), los Setenta sugieren que será el mesías quien obtenga la victoria. De esta forma, se preparaba el paralelismo que establecerá Pablo entre los dos Adanes (Rom 5, 12-21).

El canon griego de la escritura era más completo que el canon palestino y comprendía, particularmente, el libro de la **Sabiduría** en el que Pablo se inspiró en varias ocasiones: compárese Rom 1, 20-22 con Sab 13, 1-9 a propósi-

to del conocimiento de Dios a partir de sus obras, o el título de imagen de Dios atribuido a Cristo en 2 Cor 4, 4 y Col 1, 15 en consonancia con lo que se dice de la sabiduría de Dios en Sab 7, 26.

LA VIDA DE ORACION EN LA SINAGOGA

Más aún que para los judíos jerosolimitanos que podían acudir al templo, la sinagoga constituye para los judíos de la diáspora el centro vital de su vida religiosa y social. Pablo procuró durante toda su vida asistir a los oficios sinagogales (cf. p. 33). Recordemos aquí las oraciones que Pablo aprendió en su infancia y que rezó durante toda su vida.

Está en primer lugar el **Shema Israel**, la confesión de fe sacada del Dt 6, 4-9 y que los judíos tenían que recitar varias veces al día: "*Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas...*"

Una vez hecho cristiano, Pablo mantendrá con fuerza esta proclamación de la unidad divina (vgr. en 1 Cor 8, 5s; Ef 4, 6). El señorío de Cristo no se opone de ningún modo al monoteísmo. La teología del apóstol es claramente teocéntrica.

Todos los sábados se recitaban en la sinagoga las dieciocho bendiciones (**Shemoné-Esré**). Algunas de sus fórmulas encontrarán eco en los escritos de Pablo. Por ejemplo: "*Bendito seas, Adonai, Dios de Abrahán y Dios de Isaac y Dios de Jacob, Dios altísimo, autor del cielo y de la tierra, nuestro escudo y el escudo de nuestros padres, nuestra confianza por toda generación y generación. ¡Bendito seas, Adonai, el escudo de Abrahán!*" (Compárese con las bendiciones con que empiezan 2 Cor y Ef y recuérdese el lugar que ocupa Abrahán en Gál y Rom).

"*Suene la gran trompeta de nuestra libertad y levántese el estandarte para reunir a todas nuestras diásporas. ¡Bendito seas, Adonai, que reúnes a los desterrados de tu pueblo Israel!*" (Recuérdese la trompeta de la parusía, con la reunión de todos los pueblos: 1 Tes 4, 16; 1 Cor 15, 52).

⁴ Cf *Intertestamento* (Cuadernos bíblicos, 12) 39-44

2. Fariseo en Jerusalén

“Por lo que toca a la ley, fariseo; si se trata de intolerancia, fui perseguidor de la iglesia; si de la rectitud que propone la ley, era intachable” (Flp 3, 5s).

“Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero criado en esta ciudad; fui alumno de Gamaliel, me eduqué en todo el rigor de la ley de nuestros padres y tenía tanto fervor religioso como vosotros ahora” (Hech 22, 3).

EL FARISEISMO

Recordemos en breves palabras los rasgos esenciales del fariseísmo antes de evocar la formación de Pablo en la escuela de Gamaliel. Nacido ya en el siglo II antes de nuestra era, el fariseísmo es un movimiento laico que pretende formar una comunidad de hombres puros en el interior de Israel. La palabra **“parush”** (de donde viene “fariseo”) significa “separado” y se emplea frecuentemente como sinónimo de “santo” (**qadosh**). No vamos a seguir aquí toda la historia del movimiento fariseo, que conoció diversas fases antes de imponerse como el único representante del judaísmo ortodoxo después de la destrucción del templo de Jerusalén en el año 70 de nuestra era. En tiempos de san Pablo, el movimiento no contaba más que con un número limitado de miembros (6.000 según Flavio Josefo), agrupados en cofradías, pero ejercía una influencia cada vez mayor en la población gracias a sus doctores. Considerando que todo el pueblo estaba llamado a la santidad, los fariseos exigían la aplicación para todos de las leyes de pureza, válidas primitivamente sólo para los sacerdotes cuando ejercían sus funciones sagradas en el santuario. Por otra parte, los fariseos se distinguían por la observancia rigurosa de la ley del sábado y de las prescripciones sobre los diezmos. A diferencia de los saduceos que se atenían a la ley escrita, los fariseos concedían mucha importancia a las “tradiciones de los padres”, que hacían remontarse al mismo Moisés (véase el texto de los **Pirqué Aboth**, citado en el cuadro de la p. 10).

En nuestros juicios sobre el fariseísmo conviene que evitemos dos peligros:

1) hacer de este movimiento un partido “anticlerical”, en el sentido moderno de la palabra. Los fariseos pretenden limitar al culto la función de los sacerdotes e imponerles su interpretación de las rúbricas, pero están lejos

de discutir la importancia del templo y de los sacrificios y predicar el tributo cultural obligatorio de todo el pueblo (didracma), mientras que los saduceos defienden el principio de las ofrendas voluntarias; 2) juzgar de sus intenciones dentro de la perspectiva de la polémica cristiana. Sea cual fuere el peligro de formalismo en un sistema que pone fuertemente el acento en la observancia de la ley, los fariseos en su conjunto tenían un gran “celo de Dios”, como reconoce el mismo Pablo (Rom 10, 2).

LAS ESCUELAS DE LOS ESCRIBAS

En el judaísmo de entonces, los **escribas** gozaban de gran prestigio. Había algunos que pertenecían al grupo de los saduceos, pero la mayor parte estaban unidos al movimiento fariseo. Jerusalén no tenía el monopolio de estas escuelas. La comunidad de Babilonia tenía sus propios doctores, pero la verdad es que Jerusalén gozaba de enorme prestigio. Lo mismo que Hillel había venido de joven desde Babilonia, también Saulo vino de Tarso para adquirir una mayor formación en la ciudad santa. La enseñanza se centraba por completo en el conocimiento de la ley, tomada en su sentido más amplio: Pentateuco (ley de Moisés), tradiciones de los padres (o ley oral), textos proféticos a los que los fariseos concedían gran importancia (a diferencia de los saduceos), lo mismo que los miembros de la comunidad de Qumrán, y los “escritos” (especialmente los salmos). La tarea primordial era la comprensión del texto (**peshat**), el conocimiento de la “letra” en la que todos tenían que estar de acuerdo. Venía luego la interpretación (**midrash**), jurídica o edificante, en donde aparecían las diferencias entre las escuelas; era éste el lugar de la controversia.

En este ambiente tradicional, la memoria desempeñaba un papel esencial. Cada escuela tenía sus “repetidores” titulados que podían recitar sin la menor vacilación todo lo que el maestro deseaba hacer entender a sus alumnos. El buen estudiante era comparado con una esponja que se empapa de la doctrina del maestro o también con una cisterna recién enlucida que no deja perder ni una gota de agua. La memorización del texto sagrado favorecía las asociaciones de palabras y de ideas; así se podían “enlazar perlas”, esto es, recitar series de textos

que se trababan unos con otros por medio de una palabranlance Pablo utilizará este procedimiento en la carta a los romanos (3, 10-18; 15, 9-12) y lo mismo harán los evangelistas con las palabras de Jesús

Los estudiantes formaban una comunidad muy unida con su maestro, ya que éste les iba educando tanto con su comportamiento práctico como con sus enseñanzas. El estudiante que lograba dominar toda la materia tradicio-

El tratado Pirqé Abot o Sentencias de los padres (recopilación hecha en el siglo II p C) intenta demostrar la continuidad de la tradición desde Moisés y formular los principios que deben seguir los doctores y los jueces. Es una fuente esencial para la historia del fariseísmo antiguo. He aquí algunos extractos del mismo

1. Moisés recibió la Torah en el Sinaí y la transmitió a Josué. Josué la transmitió a los ancianos y los ancianos la transmitieron a los hombres de la gran asamblea. Estos dijeron tres cosas: "Sed ponderados en el ejercicio de la justicia, suscitad muchos discípulos, levantad un seto alrededor de la Torah (esto es, proteged la Torah por medio de una definición rigurosa de lo que está permitido y lo que está prohibido)"

2. Simeón el justo fue de los últimos de la gran asamblea. Decía: "El mundo se basa en tres cosas: la Torah, el culto y los actos inspirados por el amor"

3. Antígono de Sokko recibió (la tradición) de Simeón el justo. Decía: "No seas como esclavos que sirven a su amo con la condición de recibir una recompensa, sino como esclavos que sirven a su amo con la condición de no recibir ninguna recompensa, y que el temor del cielo esté sobre vosotros"

4. José ben Joezer de Sereda y José ben Johánnan de Jerusalén recibieron (la tradición) de los anteriores

12. Hillel y Shammai recibieron (la tradición) de los anteriores. Hillel decía: "Figura entre los discípulos de Aarón que amaba la paz, busca la paz, ama a la criatura (a los hombres) y llévalos a la Torah"

15. Shammai decía: "Convierte el estudio de la Torah en una ocupación normal, habla poco y haz mucho y pon buena cara a todos los hombres"

16. Rabbán Gamaliel decía: "Escoge un maestro, no permanezcas en la duda"

(Comparad con 1 Cor 11, 23 y 15, 3-4)

nal se convertía en "doctor no ordenado" (**talmid hakam**) y podía ya sentarse en el tribunal para juzgar en las causas poco importantes. Pero tenía que seguir esperando (hasta los 40 años, según una norma posterior al siglo I p C) para recibir la imposición de manos y ser admitido en el colegio de escribas como miembro de pleno derecho (**hakam**), en adelante, podía ser juez en los procesos criminales. Ateniéndonos a la indicación de Hech 8, 1, Saulo no era todavía "doctor ordenado" cuando la ejecución de Esteban

El movimiento fariseo se dividía en varias tendencias. Es lo que nos señala el tratado **Pirqé Abot** al distribuir a los doctores por parejas. En tiempos de Herodes, hubo dos maestros que marcaron profundamente la historia del judaísmo: Hillel, procedente de Babilonia, conocido por su tendencia más abierta y favorable al proselitismo, y Shammai, más rigorista y desconfiado frente a los prosélitos

El maestro de Saulo, Gamaliel primero o Gamaliel el antiguo, estaba relacionado con la corriente de Hillel y gozó de gran prestigio entre sus contemporáneos. Tomó frente a la iglesia naciente una actitud de prudente expectativa (Hech 5, 34-39). ¿Cómo explicar entonces la actitud de su discípulo Saulo?

SAULO EL PERSEGUIDOR

(1 Cor 15, 9; Gál 1, 13.23; Flp 3, 6; 1 Tim 1, 12s; Hech 7, 58; 8, 1-3; 9, 1-2; 22, 30; 26, 10).

Se impone una primera observación: aunque los textos hablan de persecución de la iglesia, sólo se refieren a una fracción de la misma, a los helenistas. De momento, los cristianos que siguen frecuentando el templo con los doce se ven libres de la represión. Entonces es que los helenistas se distinguían por una actitud más radical (Hech 6, 13s). En su requisitoria profética, Esteban acusa a los judíos de haber resistido siempre al espíritu de Dios; condena el culto del templo y presenta a Jesús como el verdadero profeta prometido por Moisés. En compensación, sus acusadores le tachan de seductor y le aplican la sanción prevista en el Deuteronomio contra los que intentan apartar al pueblo de la ley de Moisés (Dt 13, 2-6)

En los textos de Pablo, hay un término que aparece en varias ocasiones, el de **celo** (Gál 1, 14; Flp 3, 6). Adquiere todo su sentido cuando lo relacionamos con unos cuantos pasajes del Antiguo Testamento y de la doctrina de los zelotes

La palabra celo no resulta una buena traducción de la raíz *qn'* que sirve en hebreo para designar una actitud de adhesión apasionada. En efecto, la originalidad de la religión mosaica consiste en haber presentado a Yavé como un "Dios celoso", esto es, como un dios exclusivo y excluyente, a diferencia de los dioses extranjeros tan acomodaticios para con las demás divinidades. El celo de Dios es la seriedad misma de su divinidad, que no puede situarse en plan de igualdad con ningún otro dios. Como pago a su alianza, Yavé exige una adhesión exclusiva a él; y entonces el celo designará naturalmente la actitud de los israelitas verdaderamente fieles a la alianza, muy parecida a veces a un fanatismo intransigente. Así, por ejemplo, la escritura alaba por su celo al sacerdote Fineés que traspasó con su lanza a la israelita y a la mujer madianita, culpables de haber participado en el culto licencioso a Baal Fegor (Núm 25). Elías, después de haber exterminado a los 450 profetas de Baal, se presenta ante Dios con estas palabras: *"Me consume el celo por el Señor, Dios de los ejércitos, porque los israelitas han abandonado tu alianza"* (1 Re 19, 10.14).

La persecución de Antíoco Epífanes (167-164 a. C.) puso a los judíos frente a una elección dramática: desobedecer las órdenes del soberano con peligro de sus vidas o salvar sus vidas profanando la alianza. Cuando en Modín un israelita se decidió abiertamente por el culto al monarca, *"el celo de Matatías se inflamó, tembló de cólera y en un arrebato de ira santa corrió a degollar a aquel hombre sobre el ara"* (1 Mac 2, 24). A continuación, empezó a invitar a la resistencia a todo el que *"sienta celo por la ley"*, invocando el ejemplo de los dos grandes héroes del pasado, Fineés y Elías (1 Mac 2, 27.54.58).

Al comienzo de nuestra era, el movimiento zelote se inspirará en estos mismos principios. Para los zelotes, la liberación mesiánica está condicionada a la perfecta sumisión a la ley y la purificación de la tierra santa de todo

cuanto la ensuciaba. Por consiguiente, era preciso exterminar a todos los romanos, si se quería conseguir que Dios visitara a su pueblo. ¿Fue quizá Pablo zelote? No es posible afirmarlo pura y simplemente, pero creemos que, lo mismo que muchos de los fariseos, sintió vivas simpatías por aquel movimiento extremista.

¿Es posible señalar los motivos que condujeron a Saulo a perseguir a los seguidores de Jesús de Nazaret?

¿Sería acaso la idea de que un crucificado no podía ser mesías, ya que por su suplicio se había convertido en un maldito de Dios, según una exégesis de Dt 21, 23 a la que Pablo dará la vuelta con habilidad en Gál 3, 13? Semejante explicación no permite comprender por qué la persecución se dirigía sólo contra los helenistas, y no contra los doce que seguían acudiendo al templo. Proclamar mesías a un ajusticiado es un contrasentido, no una blasfemia. Sólo se da la blasfemia si el crucificado fue condenado justamente, por las más altas autoridades espirituales de su pueblo, sin ser simplemente la víctima de una maquinación política. Esto quiere decir que la condena de Jesús por el sanedrín debió pesar mucho en la decisión de Saulo. Un episodio posterior nos ilustra sobre el prestigio que tenía el sumo sacerdote, en virtud de su función, independientemente de su valía personal (Hech 23, 2-5).

Parece ser que fue otra razón más grave la que motivó la actitud de Pablo. Con su genio teológico, tuvo que vislumbrar ya entonces las consecuencias extremas de la actitud de Esteban respecto al templo. Era todo el sistema de la ley el que se veía amenazado y consiguientemente el lugar de Israel en el mundo, si era cierto que la ley aseguraba al pueblo el marco de su existencia. Como ha escrito atinadamente dom Dupont, la conducta de Pablo "supone que el cristianismo se le presentó como una apostasía respecto a la ley, la fe cristiana como una negación de su ideal de una estricta observancia de las prescripciones de la ley".

LA VOCACION DE PABLO COMO APOSTOL DE LAS NACIONES

La conversión de Saulo el perseguidor representa un momento clave en la historia de la iglesia primitiva, ya que fue él quien lanzó a lo lejos las redes del evangelio. Sin embargo, no disponemos sobre este acontecimiento de toda la luz que desearíamos, ya que los datos que nos ofrece Lucas no cuadran exactamente con las escasas confidencias que el propio Pablo nos ha hecho sobre este giro decisivo en su vida.

Lucas vincula estrechamente la persecución de Esteban con la conversión de Pablo, mostrándonos así cómo fue escuchada la oración del mártir por sus verdugos (Hech 7, 60-8, 1). Parece existir un intervalo entre la persecución contra los helenistas y la misión de Saulo a Damasco. Nos gustaría tener más datos. Solamente Pablo nos da algunas indicaciones cronológicas en Gál 1-2, fijando un intervalo de tres años entre su conversión en Damasco y su primer viaje a Jerusalén (Gál 1, 18), señalando luego otro intervalo de 14 años antes del concilio

de Jerusalén (Gál 2, 1). Estas indicaciones son menos precisas de lo que podría creerse, ya que, según la manera de contar de los antiguos, un año apenas comenzado vale tanto como un año completo. Por tanto, el primer intervalo puede reducirse a dos años y algunos meses y el segundo a unos trece años. Según la interpretación más natural de Gál 1-2, hay que sumar estas dos cifras para obtener la distancia cronológica entre la conversión de Pablo y el concilio de Jerusalén. Pues bien, éste —tomando como punto de referencia el segundo viaje misional de Pablo y su comparecencia en Corinto ante Galión (cf. p. 57)— puede fecharse alrededor del año 48. Restando la cantidad (máxima) de 17 años, podría señalarse para la conversión una fecha tan remota como el año 31; semejante hipótesis es muy poco probable, ya que se necesitó algún tiempo para que el cristianismo penetrara en Damasco y Jerusalén se sintiera preocupada por ello. Teniendo en cuenta la elasticidad de los datos de Pablo, parece más verosímil una fecha alrededor del 33/34.

1. El testimonio de Pablo

Pablo no pretendió nunca hacer un relato de sus recuerdos, lo que le preocupaba ante todo era llevar la buena noticia de ciudad en ciudad, sin volver sobre el pasado más que en la medida en que lo exigían las circunstancias

Sin embargo, cuando llegaba por primera vez a una sinagoga o cuando empezaba a hablar en el ágora de una ciudad, necesitaba de algún modo presentar sus cartas credenciales, lo mismo que cuando los profetas de antaño narraban su visión inaugural como signo de su misión. Esto era más necesario todavía en aquellos tiempos en que no faltaban los oradores populares, los magos y los astrólogos, los predicadores de divinidades orientales¹.

En Chipre, Pablo tuvo que enfrentarse con un mago de origen judío, Bar Jesús apellidado Elimas (Hech 13, 6-8); en Efeso, algunos exorcistas judíos quisieron emularle, hasta que se vieron confundidos (Hech 19, 11-17). En Atenas, a Pablo se le toma como un propagador de divinidades extranjeras (Hech 17-18). No faltaron los adversarios malévolos que lo presentaron como un agitador político (Hech 17, 6-7).

El mismo Pablo se hace eco de todas estas acusaciones y se defiende de ellas con vivacidad en la primera carta que escribió:

“Nunca hemos tenido palabras aduladoras (a diferencia de tantos otros charlatanes de toda especie), ni codicia disimulada (a diferencia de los sofistas que hacían pagar muy caras sus enseñanzas), bien lo sabe Dios, no buscamos honores humanos, ni vuestros ni de otros. Aunque por ser apóstoles del mesías podríamos reclamar autoridad, os tratamos con delicadeza” (1 Tes 2, 5-6).

Pueden compararse estas protestas de desinterés con la manera con que, unos decenios más tarde, el gran filósofo Epicteto legitimaba su misión como suscitada por Zeus. Según las diversas ocasiones, Epicteto se presenta como el mensajero (**aggelos**) de los dioses, como el pregonero público (**keryx**) que proclama el edicto del soberano, como el centinela (**kataskopós**) que monta guardia. Pablo, por su parte, utiliza un término específicamente cristiano, el de **apóstolos**, palabra relacionada con el ver-

bo **apostellein**, enviar. Si los Setenta utilizan constantemente este verbo para calificar el envío de los hombres por parte de Dios, como Moisés y los profetas, ignoran prácticamente el sustantivo **apóstolos**.² Al resaltar este término, los primeros cristianos se acordaron de la importancia concedida al “enviado” en el derecho palestino: “el enviado es como aquel que lo envía” (cf. Mt 10, 40 par.). Por su parte, Pablo subrayó el carácter específico de la función apostólica al presentarse como profeta de Cristo, ministro de la nueva alianza en el espíritu.³ El prefacio tan solemne de la carta a los romanos manifiesta muy bien el sentido pleno que concedía Pablo a la función de apóstol: *“Pablo, servidor del mesías Jesús, apóstol por llamamiento divino (klētos apóstolos), escogido para anunciar la buena noticia de Dios... A través de él (el mesías) hemos recibido el don de ser apóstol, para que en todos los pueblos haya una respuesta de fe en honor de su nombre”* (Rom 1, 15) Las dos palabras de llamado y de apóstol expresan perfectamente todo lo esencial. Lo mismo que los profetas de antaño y los doce de Galilea, Pablo ha sido objeto de una elección gratuita y ha gozado de una llamada con vistas a una misión cada vez más amplia.

Cuando escribía a las comunidades que él mismo había fundado, Pablo no tenía por qué repetir las circunstancias de esta llamada, teniendo además en cuenta que un legítimo pudor le obligaba a mostrarse muy discreto sobre las gracias místicas que había recibido (2 Cor 12, 1). Sin embargo, hubo circunstancias en que la necesidad de la predicación o de la polémica le obligaron a insistir en la originalidad de su misión. Podemos enumerar los textos esenciales antes de recoger en ellos las ideas principales:

— Pablo es apóstol porque ha visto al Señor (1 Cor 9, 1);

— él, el antiguo perseguidor, pertenece a los testigos oficiales de la resurrección de Cristo y proclama el mismo evangelio que Cefas y los doce, Santiago y los demás apóstoles (1 Cor 15, 1-11);

² La única excepción es el manuscrito Alexandrinus de los Setenta: el profeta Ajas se presenta a la reina como un mensajero (*apóstolos*) de palabras duras. Al contrario, el verbo *apostellein* se utiliza constantemente para indicar el envío de los profetas

³ Cf nuestro artículo *Prophétisme dans le N T* DBS, 8 1287 s

LA ENSEÑANZA FILOSOFICA: UNA VOCACION

Algo posterior a san Pablo, Epicteto representa muy bien el estilo y las ideas de los filósofos de su tiempo que

apelaban al sistema de Zenón, el fundador del estoicismo (cf. p. 53), y el ejemplo de Diógenes el Cínico.

Intérprete del dios

“Después de oír este discurso, dite a ti mismo en tu interior: Todo esto no ha sido Epicteto el que me lo ha dicho. ¿De dónde podría haberlo sacado él? Es que un dios por su boca... No, no ha sido Epicteto. Si un cuervo viene a darte un signo con sus graznidos, no es el cuervo el que da el signo, sino el dios por él; y si da un signo por medio de la voz humana, hace que el hombre te hable así para que tú conozcas el poder de la divinidad y para que sepas que da su signo a unos de una manera y a otros de otra; pero si se trata de problemas más graves e importantes, lo hace por medio del más noble de sus mensajeros (*ággelos*)” (*Coloquios*, III, 1, 36-37).

“No basta con ser sabio para ocuparse de la juventud. Hay que tener además cierta preparación y cualidades para ello; sí, por Zeus; y cierto porte exterior y, sobre todo, una vocación de Dios para cumplir con esta misión, lo mismo que Sócrates para cumplir con la de refutador y Diógenes para reprender de una manera régia y Zenón para enseñar y dogmatizar” (*Ibid.*, III, 21, 17-19).

La misión del filósofo

“Preparado de este modo, el verdadero Cínico... debe saber que ha sido enviado a los hombres por Zeus como mensajero (*ággelos*) para mostrarles que en cuestión de bienes y de males están completamente equivocados y para que busquen en otra parte la naturaleza del bien y del mal...; debe saber que, a ejemplo de Diógenes, enviado a Filipo tras la batalla de Queronea, tiene que ser un iluminador (*kataskopós*). En realidad, el Cínico es ciertamente para los hombres quien los ilumina sobre lo que les es favorable y sobre lo que les hace daño” (*Ibid.*, III, 22, 23-24).

El celibato para estar disponible

“En la actual situación, cuando nos encontramos por así decirlo en plena batalla, ¿no es conveniente que el Cínico esté libre de todo lo que podría distraerle, totalmente al servicio de Dios, dispuesto a mezclarse con los hombres sin estar atado por deberes privados ni comprometido por unas relaciones sociales de las que no podrá sustraerse si quiere mantener su papel de hombre honrado y que no podrá mantener sin destruir en sí mismo al mensajero, al iluminador, al heraldo de los dioses?” (*Ibid.*, III, 22, 69).

(Compárese este texto con 1 Cor 7, 29-34)

al revelarle a Jesús como Hijo, el Padre ha mostrado a Pablo cómo el plan de salvación encontraba en él su cumplimiento y le encargaba de proclamar el evangelio entre las naciones (Gál 1, 11-17);

— al hacerse con Pablo en el camino de Damasco, Cristo le enseñó a sacrificar los viejos valores para encontrar su salvación en la fe (Flp 3, 4-16);

— la llamada del antiguo perseguidor es un testimonio de la omnipotencia de la gracia de Dios (1 Tim 1, 12-14).

Cada uno de estos textos requiere su propio estudio, que tenga en cuenta la finalidad que pretende en cada caso el apóstol y la polémica que le sirve de trasfondo. No

obstante, es fácil poner de relieve unos cuantos puntos en común:

a) Pablo no describe nunca la visión que tuvo. Está seguro de que se encontró con el Señor, pero las palabras humanas no pueden expresar lo que fue aquel “apocalipsis” (Gál 1, 12). La gloria y la luz son las imágenes que le permiten evocar mejor aquel misterio (según 2 Cor 4, 6).

b) La iniciativa procede del Padre, como subraya con energía Gál 1, 15. En este aspecto, Pablo se siente en la línea de los profetas del Antiguo Testamento, recogiendo algunas expresiones relativas a la misión de Jeremías o a la del siervo del Señor.

c) Cristo se dio a ver a sí mismo, como se dice en 1 Cor 15, 5.7.8. La forma verbal que aquí se escoge subraya expresamente esta intervención activa que permitió el encuentro. De forma expresiva, Pablo escribe a los filipenses que fue cogido por Cristo Jesús (Flp 3, 12). ¿Cómo iba entonces a poder dar coques contra el aguijón, como se dice en Hech 26, 14?

La acción de Cristo no originó solamente una visión y un mensaje, sino una transformación íntima. Pablo fue constituido apóstol. Lo es por tanto con el mismo título que los doce y no depende más que de Cristo.

d) El envío de Pablo se dirige especialmente a las naciones. Se puede pensar sobre este punto que el apóstol fue tomando conciencia progresivamente de este objetivo; al principio sólo lo percibió con ciertos titubeos. Pero luego, durante toda su vida, se refirió a aquel encuentro inicial.

e) Ante su pasado de perseguidor, Pablo no siente una falsa vergüenza; puede atestiguar que actuó de buena fe (Flp 3, 4-6). Su conversión es un ejemplo palpable de la omnipotencia de la gracia divina. Pablo no lo olvidará en su teología.

2. La presentación de Lucas

Lucas nos ha conservado tres relatos de la conversión de Pablo, inserto uno de ellos en su lugar normal (Hech 9, 1-19) y los otros dos en forma de discursos apologéticos con los que Pablo se defiende ante los judíos de Jerusalén (Hech 22, 4-21) y ante el gobernador Festo y el rey Agripa (Hech 26, 9-18). Esto indica la importancia que Lucas concede a este acontecimiento. No retrocede sin embargo ante ciertas variantes en la presentación de las cosas, ya que cada texto tiene la finalidad de manifestar preferentemente uno de los aspectos de la vocación de Pablo. Así, en el c. 9 Lucas subraya el papel de Ananías, encargado de introducir al apóstol en la comunidad cristiana. En su apología a los judíos de Jerusalén, Pablo insiste en su pasado de buen judío y en su celo de perseguidor; distingue la visión de Damasco de otra visión en el templo en la que recibió la orden de predicar a las naciones paganas

(Hech 22, 21). Delante de Festo y Agripa, Pablo no habla de Ananías y desarrolla el mensaje recibido en el camino de Damasco (Hech 26, 15-18). Resulta especialmente extraño que Lucas evite de ordinario llamar a Pablo “apóstol”, a pesar de que éste insistía tanto en aquel título. Es que Lucas da una definición más estricta del apostolado (Hech 1, 21-22), que añade la “convivencia” con Jesús al testimonio de su resurrección.

Las numerosas variantes que se observan en los tres relatos de los Hechos hacen más impresionante todavía la insistencia de todos los textos en el corazón mismo de aquel acontecimiento: aquel a quien encuentra Pablo en su gloria es Jesús a quien persigue (Hech 9, 4-5; 22, 8; 26, 15). ¿Cómo dudar de que en esta frase encontramos el eco más directo de la revelación recibida por Pablo: la presencia de Cristo en su iglesia?

3. Pablo en Damasco

La "calle mayor" de que nos habla Hech 9, 11 ha quedado barrida por las urbanizaciones posteriores, de forma que apenas podemos imaginarnos hoy las proporciones de antaño: una avenida monumental de 2 kilómetros de larga, 30 metros de ancha, con pórticos corintios a ambos lados. Parcialmente destacado, un arco monumental de la época romana sigue atestiguando hoy esplendores pasados. En un barrio pobre en que siguen viviendo numerosos cristianos, se conserva una cripta que guarda el recuerdo de la casa de Ananías, el encargado de bautizar a Pablo y de introducirlo en la comunidad cristiana.

El perseguidor de ayer se manifiesta como un predicador combativo. "*Pablo se crecía y tenía confundidos a los judíos de Damasco, demostrando que Jesús es el mesías*" (Hech 9, 22). Por un motivo que ignoramos, Pablo se decidió entonces a marchar a Arabia (Gál 1, 17). No hemos de pensar en una peregrinación al Sinaí; la palabra Arabia designaba entonces a todos los territorios situados al este del Jordán, sometidos unos a la autoridad romana y dependientes otros de Aretas IV, rey de los nabateos (8 a. C. -40 p. C.), aquellos caravaneros del desierto que se refugiaban en el escondrijo casi impenetrable de Petra. Las comunidades judías eran numerosas en Transjordania y se cree que, durante unos dos años, Pablo intentó ganarlas para la nueva fe. ¿Con qué éxito? Pablo no nos dice nada de ello; tenemos la impresión de que su predicación causó cierta agitación que lo hizo poco deseable. Cuando volvió a Damasco, el etnarca del rey Aretas quiso

arrestarlo; no deja de resultar extraño este hecho, ya que la ciudad de Damasco dependía entonces de Roma; por eso hemos de pensar que el etnarca era el responsable de la colonia nabatea que se agrupaba en un barrio especial de Damasco.⁴ Para escapar de esta vigilancia, Pablo se hizo bajar de las murallas en un cesto (2 Cor 11, 30-33). Una pequeña iglesia, no lejos de la puerta Báb Charqui, conserva este recuerdo.

Entonces Pablo se decidió a volver a Jerusalén (Gál 1, 18), "*para conocer a Pedro*". El verbo que se usa aquí (**historein**) es el que se utiliza para hacer una investigación (de aquí procede la palabra "historia") o para la visita de un monumento. Pedro y Pablo de frente en Jerusalén: ¡cuántas cosas de qué hablar! ¡Imaginemos la confrontación de sus experiencias y los deseos de Pablo de conocer mejor las palabras de Jesús de Nazaret!

La comunidad cristiana de Jerusalén no se mostró al parecer muy cálida en su acogida del antiguo perseguidor. Afortunadamente Bernabé supo reconocer la autenticidad de su conversión y presentarlo a los hermanos (Hech 9, 26-30, donde no se menciona a Pedro). Se creyó conveniente, sin embargo, que se marchara a su patria (v. 30). Allí es donde Bernabé pudo encontrarlo más tarde oportunamente.

⁴ J. Starcky, art. *Petra: DBS*, 7, 915.

San Agustín se apoya constantemente en Hech 9, 4 para ilustrar la doctrina de la unidad de Cristo con su iglesia, que forma un solo cuerpo con él. Citemos el comentario al salmo 30:

"Este cuerpo, si no estuviera unido a su cabeza por el vínculo de la caridad de forma que la cabeza y el cuerpo hicieran un solo ser, ¿cómo podría decir amonestando desde lo alto del cielo a un perseguidor: "Saulo, Saulo,

¿por qué me persigues?" (Hech 9, 4). Si al estar ya sentado en los cielos, nadie puede hacerle daño, ¿cómo es que Saulo, al perseguir en la tierra a los cristianos, puede de alguna manera perjudicarle? No dice: '¿Por qué persigues a mis santos, a mis servidores?', sino: '¿Por qué me persigues, a mí, es decir a mis miembros?' La cabeza gritaba por sus miembros; la cabeza transfiguraba a los miembros en sí misma" (PL 36, 231).

UN MISIONERO TOMA LA PLUMA

Nuestra mejor fuente de información sobre san Pablo es el propio Pablo en sus cartas. Pero hemos de reconocerlo con toda claridad: las cartas son muy difíciles de comprender. Ya lo observaba un discípulo de Pedro (2 Pe 3, 15s). Esto se debe a la densidad teológica de ciertos pasajes en los que Pablo resume en unas cuantas palabras una doctrina que fue madurando lentamente en su pensamiento; y más aún se explica por el carácter circunstancial de toda correspondencia. ¿Qué es, efectivamente, una carta más que la prolongación de una conversación? Por eso muchas cosas se pueden decir solamente a media

voz, ya que el oyente o el corresponsal está al corriente de ellas y capta al vuelo las alusiones. Para los que tenemos que descifrar la correspondencia de Pablo diecinueve siglos después de su redacción, se necesita un enorme esfuerzo de interpretación, e incluso a veces de imaginación. Se trata de adivinar en ellas los acontecimientos que provocaron semejante ocurrencia del apóstol o que lo llevaron a tal desbordamiento de gozo o de gratitud; es preciso vislumbrar la naturaleza de los errores que combate con energía y el contexto siempre actual de aquellas controversias.

1. Un apasionado del evangelio

No convirtamos al apóstol en un escritor. El habría sido el primero en extrañarse de que se estudiaran sus obras lo mismo que las tesis de un teólogo de oficio que, en el silencio de su habitación, lima con paciencia las más pequeñas palabras. No, Pablo es un misionero: “¡Pobre

de mí si no anunciara el evangelio!” (1 Cor 9, 16), tal es el grito del corazón de un hombre tan bien captado por Cristo (Flp 3, 12), que no puede hacer otra cosa más que proclamarlo en todo lugar y celebrar ante todos los hombres su fe en el amor redentor (2 Cor 5, 14s).

Espoleado por el aguijón de Cristo (cf. 2 Cor 9, 16), Pablo anda en busca de oyentes a los que comunicar la palabra de salvación. Nos encontramos con él tanto en la sinagoga como en los pórticos de la ciudad o en la plaza pública, dirigiéndose unas veces a sus hermanos de raza y otras a los griegos, tanto a los hombres como a las mujeres, a los esclavos como a los hombres libres. Con cada uno de ellos se esfuerza en encontrar la palabra más oportuna, en hacer vibrar la cuerda más sensible. Su correspondencia no es sino la continuación de sus conversaciones con los fieles a los que ha ganado para Cristo; en ella podemos palpar aquella "solicitud por todas las iglesias" que le consumía interiormente: "*¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién cae sin que a mí me dé fiebre?*" (2 Cor 11, 28s).

Convertido en el camino de Damasco, Pablo sintió un **desgarrón en su vida**. En un instante se desvanecieron todos los valores en que había creído y se iluminaron otros nuevos: "*Todo eso que para mí era ganancia, lo tuve por pérdida comparado con el mesías; más aún, cualquier cosa tengo por pérdida al lado de lo grande que es haber conocido personalmente al mesías Jesús mi Señor*" (Flp 3, 7-8; compárese con Mt 16, 26).

La teología de Pablo está profundamente marcada por esta experiencia. No es una teología de lentas considera-

ciones, de ese camino "catecumenal" como hoy se dice, sino de rupturas que establecen nuevas conexiones. De ahí, en el plano literario, su afición a la paradoja, como puede verse frecuentemente en Gál. ¿Habrà que tomar al pie de la letra aquello de que la ley se dio para denunciar los delitos (Gál 3, 19)? Y cuando Pablo declara que no quiere conocer más que a Jesucristo crucificado (1 Cor 2, 2), ¿hemos de ver en ello una teología de la cruz que minimize el realismo de la resurrección (tendencia de Bultmann)? Le corresponde al lector completar cada una de esas fórmulas paradójicas por medio de otras que las equilibren: la ley es santa (Rom 7, 12); sin la resurrección de Cristo nuestra fe no tiene sentido (1 Cor 15, 14).

También hay que tener en cuenta el hecho de que en sus cartas Pablo recoge de rebote, por así decirlo, las expresiones de sus correspondientes antes de formular su propio juicio. Así, cuando Pablo escribe: "*Todo me está permitido*" (1 Cor 6, 12; 10, 23), lo que hace es citar un slogan de algunos corintios al que añadirá serias reservas. Cuando leemos: "*Está bien que uno no se case*" (1 Cor 7, 1), ¿se trata de un principio de Pablo o de la opinión de algunos corintios? La continuación del capítulo demuestra claramente que el punto de vista del apóstol es mucho más matizado. Si exalta la virginidad, no por ello desprecia el matrimonio.

2. El trajín del escritor

Nunca ha sido fácil escribir una carta. Mucho menos en la antigüedad, cuando no existían ninguna de las condiciones que hoy nos permiten comunicarnos rápidamente unos con otros. Las vitelas y los pergaminos eran bastante caros y se reservaban para los libros o los documentos oficiales. Para las necesidades ordinarias se utilizaba una hoja de papiro; los había de varia calidad, ciertamente, pero es posible calcular el precio de una hoja ordinaria por una jornada de trabajo. No se podía malgastar la mercancía. Además, era todo un arte escribir en aquellas hojas frágiles, compuestas de fibras de una especie de junco que crecía en las orillas del Nilo. Normalmente se recurría a escribas o secretarios de profesión. Las pobres gentes

acudían a casa del secretario de la aldea para dictarle su mensaje, como todavía sucede hoy en oriente. Los más cultos sabían firmar con su propio nombre. Las personas ricas disponían de esclavos o de libertos a los que dictaban cómodamente su correspondencia. ¿Tenían mucho que hacer? Le decían a su secretario el sentido general, encargándole que redactara él más despacio el texto del mensaje.

También Pablo dictaba sus cartas y, como suele suceder cuando se prolonga la frase, no siempre terminaba el párrafo. De ahí esas frases inacabadas, como en Gál 2, 4 y Rom 5, 12, que los traductores procuran disimular lo mejor posible. Afortunadamente, conocemos el nombre

de Tercio, el escriba de Rom (16, 22): tenía derecho ciertamente a añadir su propio saludo, después de haber consagrado gratuitamente (en el Señor) tantas horas de trabajo a su tarea (alguno ha hablado de cien horas, aunque este cálculo parece exagerado) En varias ocasiones, Pablo ha añadido con su propia mano algo inexperta las últimas palabras era una manera de dar autenticidad a la carta (Gál 6, 11, Flm 19), pues había falsarios capaces de abusar de la credulidad de las comunidades (2 Tes 2, 2 y 3, 17)

Una vez escrita la carta, si era corta, se doblaba la hoja y se la sellaba con un poco de pez o de cera; en la parte exterior se indicaba la dirección y el nombre del destinatario Si se trataba de una carta más larga, el rollo se introducía en una envoltura que se sellaba. Había que buscar entonces un portador, ya que el correo imperial transportaba únicamente la correspondencia oficial En varios casos podemos adivinar lo que ocurrió. Por ejemplo, cuando la asamblea de Jerusalén dio un decreto, envió a Judas y a Silas como portadores del mensaje, encargándoles al mismo tiempo que explicaran ellos su contenido (Hech 15, 27-32) Era lo que ocurría en las relaciones diplomáticas del Antiguo Oriente: el mensajero tenía que transmitir oralmente las palabras de su amo y luego entre-

gaba la carta debidamente sellada como prueba de lo que había dicho Cuando Pablo escribió 1 Cor, contó sin duda con Esteban, Fortunato y Acaico para transmitir su respuesta a las preguntas de la comunidad (1 Cor 16, 17) y se preocupó de prepararles debidamente para la explicación de la misión que tenían que cumplir (1 Cor 16, 18) Tíquico será portador de la carta a los colosenses (4, 7). Epafrodito de la de los filipenses (2, 25) .

A su llegada, el mensajero será recibido por toda la comunidad (1 Tes 5, 27) y leerá la carta en público, casi con la misma solemnidad que si se tratase de un pasaje de la escritura. Es lo que puede deducirse de Apoc 1, 3 que pone al lector ante un grupo de oyentes y de Apoc 22, 18-19 que promulga las más severas amenazas contra el que se atreva a añadir o mutilar algo en la profecía En varios casos, se prevé expresamente que ha de haber un intercambio entre las comunidades "Cuando hayáis leído vosotros esta carta, haced que se lea también en la iglesia de Laodicea, y la de allí leedla también vosotros" (Col 4, 16) Así es como se fue constituyendo progresivamente una colección de cartas de Pablo; se cree que la comunidad de Efeso desempeñó un papel importante en este sentido

Alistado como soldado en la escuadra imperial, Apión, un joven egipcio, escribe a su padre a su llegada a Miseno (cerca de Nápoles) Escrita en griego, en un papiro, esta carta está redactada en el siglo II de nuestra era

Apión a Epímaco, su padre y señor (*kyrios*), muchos saludos

Ante todo, expreso mis deseos de que te encuentres con buena salud y de que, yendo bien todas las cosas, te sientas feliz, lo mismo que mi hermana, su hija y mi hermano

Doy gracias al Señor (*kyrios*) Serapis de que, habiendo corrido un grave peligro en el mar, me haya salvado de él

Al llegar a Miseno, he recibido como viático (*in demnización por el viaje*) tres piezas de oro de parte del César Las cosas me van bien

Por otra parte, te pido, padre y señor mío, que me

escribas una pequeña nota, en primer lugar para decirme si te encuentras con buena salud, en segundo lugar, a propósito de la de mis hermanos, en tercer lugar, a fin de que pueda besarte la mano por haberme dado una buena educación, gracias a la cual espero poder hacer rápidos progresos si los dioses lo permiten

Muchos saludos a Capiton, a mi hermano y hermana, a Serenilla y a todos mis amigos Te he enviado un pequeño retrato mío por medio de Eutemón Mi nombre (*de soldado*) es Antonio Máximo

Hago votos para que te encuentres bien Centuria Atenonica Te saluda Séneco, hijo de Agatón-Demon y Turbón, hijo de Galonio

En la parte posterior se lee la dirección

En Filadelfia, a Epímaco, de parte de su hijo Apión

3. Transformación de las fórmulas habituales

El mundo antiguo conocía toda clase de cartas. Estaban en primer lugar las cartas familiares, como las que se han encontrado en muchos papiros egipcios. Las noticias que el joven marino Apión le da a su padre Epímaco (véase el texto en la p. 19) constituyen un modelo de este género; Apión no es ningún innovador y respeta las costumbres de la época, pero esto no le quita nada a la naturalidad y sinceridad de los sentimientos que expresa.

Cuando un escritor le envía una carta a un amigo, cuida su estilo porque sabe que aquella carta será leída a todo un grupo. Así ocurre con la carta de Plinio el joven a Sabiniano a propósito de un liberto que había huído (véase el cuadro adjunto). De un hecho concreto se pasa a una reflexión moral sobre lo que conviene o no conviene hacer.

Al lado de las cartas privadas están las cartas oficiales en las que el emperador o el gobernador daba su respuesta a una consulta o intervenía por su propia iniciativa. Estas cartas se caracterizaban por su largo encabezamiento y la solemnidad del estilo. Tenemos un buen ejemplo de ellas en la carta de Claudio a propósito de Delfos (p. 57).

Resulta difícil clasificar las cartas de Pablo, pues presentan numerosas variantes. La carta a Filemón es la que más se parece a una misiva ordinaria. Podemos compararla con la carta de Apión y encontraremos en ella la misma disposición. Sin embargo, en el plano literario, Pablo ha hecho un esfuerzo: utiliza fórmulas escogidas, como si quisiera cautivar a su corresponsal, antes de hacerle comprender con claridad que tiene que perdonar a su esclavo

INTERCESION POR UN LIBERTO HUIDO

Plinio a su querido Sabiniano, Salud.

Tu liberto, contra el que te muestras tan enfadado, ha venido a mí postrándose a mis pies como lo habría hecho a los tuyos y no quiere apartarse de ellos. Ha estado llorando largo tiempo, ha implorado perdón largo tiempo y durante largo tiempo ha guardado también silencio; en una palabra, me ha hecho creer en su arrepentimiento. La verdad es que lo creo arrepentido porque se da cuenta de que ha cometido una equivocación.

Sé muy bien que estás enfadado con él, y sé que tienes razón en tu enfado. Pero la mansedumbre es especialmente meritoria cuanto más justos son los motivos de enfado. Tú has apreciado a esta persona y espero que la seguirás estimando; para ello, lo único que se necesita es que te dejes doblegar. Si lo merece, podrás volver a enfadarte con él porque, después de haberte doblegado y haberle perdonado, tu enfado será más comprensible. Ten en cuenta su juventud, ten en cuenta sus lágrimas, ten en cuenta tu bondad natural. Deja ya de atormentarle y atormentarte a ti mismo por ello, puesto que la

cólera es realmente un tormento para ti, que eres tan comprensivo.

Tengo miedo de que creas que, en lugar de suplicarte, te lo exija, si uno mis súplicas a las tuyas; pero la verdad es que las uniré con tanta mayor abundancia y largueza cuanto que le he reprendido con energía y severidad y le he amenazado sin reservas con no volver a intervenir ya nunca en su favor. Lo he hecho para asustarle a él, pero no por ti, pues estoy seguro de que obtendré de ti todo cuanto te pida, ya que se tratará siempre de una súplica que será decoroso que yo haga y que tú escuches.

Adiós.

(Carta de Plinio el joven, Libro IX, 21)

{ Compárese esta carta con la de Pablo a Filemón: estructura de la carta, motivos que se invocan, dignidad que se le reconoce al esclavo o al liberto.

fugitivo. Incluso en esta nota tan personal, Pablo no pierde de vista su función apostólica. En el extremo opuesto está la carta a los romanos, que nos recuerda a la correspondencia oficial por la solemnidad de su encabezamiento y por su desarrollo dialéctico tan riguroso, propio de un tratado teológico; por el contrario, en los últimos capítulos vuelve a aparecer el tono epistolar sencillo, con su intercambio de noticias y de saludos.

Más concretamente podemos señalar las **principales formas literarias** utilizadas por Pablo en su correspondencia:

Encabezamiento. En su correspondencia privada, los antiguos solían utilizar fórmulas muy breves: *Fulano a Zutano, salud (alégrate, entre los griegos)*. Es el modelo que siguen Apión y Plinio el joven (véanse los cuadros respectivos).

Pablo conserva este modelo, pero desarrollando cada vez más el encabezamiento para indicar en él de forma resumida los temas que expondrá a continuación. El saludo tiene un valor litúrgico; ordinariamente se recogen en él la gracia y la paz. No se trata solamente de la "alegría", tal como la deseaban los griegos, sino del favor de Dios que nos viene por Jesucristo; el *shalom* semita se llena de nuevas resonancias, ya que, para un cristiano, la reconciliación nos viene por medio de Jesucristo, "*nuestra paz*" (Ef 2, 14).

Recoger las diversas fórmulas de los encabezamientos. ¿Qué es lo que nos enseñan sobre Pablo? ¿Sobre las comunidades? ¿Cuáles son los bienes esenciales que Pablo desea?

Final. También el final de las cartas adquiere una amplitud desacostumbrada: múltiples saludos que nos indican cómo están las comunidades asociadas entre sí, deseos litúrgicos como en 1 Cor 16, 22s; 2 Cor 13, 13... Estas observaciones refuerzan la idea señalada anteriormente de que las cartas de Pablo tuvieron ya desde su origen un carácter litúrgico.

Las cartas familiares de aquella época recogían frecuentemente una expresión de gratitud para con los dioses, por ejemplo la carta de Apión. Pablo generaliza esta costumbre, pero modificando profundamente la formulación bajo la influencia de la liturgia judía. A veces la **acción de gracias** va directamente unida a una plegaria de intercesión; otras veces toma la forma de una **bendición** litúrgica. Como ejemplo del primer caso, podemos citar a Flm: "*Doy siempre gracias a Dios cuando te enco-*

miendo en mis oraciones... Pido a Dios que la solidaridad propia de tu fe se active..." (Flm 4.6).

Estudiar los motivos de acción de gracias en 1 Tes, 1 Cor, Rom, Col: ¿qué nos enseñan estos pasajes sobre la vida de las iglesias?

El comienzo de 2 Cor y Ef se inspira en la bendición judía tradicional. El elemento nuevo es que Cristo está en el centro de las perspectivas de Pablo.

La ausencia de acción de gracias en la carta a los galatas manifiesta la tensión del apóstol: se enfrenta enseguida con el tema, en un tono polémico.

LAS CARTAS DE PABLO

Teniendo en cuenta la fecha probable en que se escribieron y la afinidad de su contenido, podemos agrupar de este modo las cartas de Pablo:

1. Cartas de tónica escatológica: 1 Tes, 2 Tes (+ 1 Cor 15).

2. Cartas que insisten en la actualidad de la salvación y la vida de las comunidades: 1 Cor, 2 Cor, Gál, Flp. Rom representa la síntesis de este periodo.

3. Cartas de la cautividad, que ponen de relieve el papel cósmico de Cristo: Col y, dependiendo de ella, Ef (que algunos especialistas atribuyen a un discípulo de Pablo).

De este mismo periodo es la breve nota a Filemón, muy personal.

4. Cartas centradas en la organización de las comunidades: 1 Tim, 2 Tim, Tit; son las cartas llamadas "pastorales". Se atribuyen a veces a un discípulo del apóstol.

Para su distribución cronológica, véase el cuadro de *Los hechos de los apóstoles* (Cuadernos bíblicos, 21) 6.

4. El estilo de Pablo

Es muy difícil caracterizar el estilo de Pablo debido a la enorme variedad de su manera de pensar y de escribir. Como ha dicho el padre Benoit, "hay como dos Pablos distintos, el discutiador y el contemplativo. El primero utiliza de buena gana el estilo vivo de la 'diatriba cínico-estoica'; el segundo desarrolla la trama de su reflexión interior o de su elevación a Dios, lo mismo que se desenrolla el hilo de una madeja, en una frase cargada y demasiado rica en la que los pensamientos se van añadiendo, completando, acumulando".

Nos vamos a limitar a señalar el parentesco del estilo de Pablo con el de los filósofos populares de su tiempo que cultivaban la **diatribé**. En su sentido etimológico, esta palabra no tiene el mismo sentido peyorativo que en nuestras lenguas modernas; sirve para designar los coloquios de los filósofos según el estilo de Sócrates, el incomparable educador de la juventud Diógenes el Cínico, cuya tumba conservaba Corinto, recogió este género

en un tono más agresivo, lo mismo que los filósofos estoicos. La diatriba "se presenta generalmente bajo el aspecto de un debate judicial en el que un interlocutor, ordinariamente ficticio, es atacado vivamente por el filósofo" (J. Souilhé). El adversario que figura en la sombra expresa la opinión vulgar que el conferenciante condena. Este recurre a todos los procedimientos retóricos, pero sobre todo da un giro vivo, brusco, vulgar a veces, a su exposición para mantener en vilo a su auditorio. El mejor representante de este género es Epicteto, aquel esclavo filósofo que enseñó en Nicópolis (Epiro), unos quince años después del martirio de Pablo (véase el recuadro).

Los procedimientos habituales de la diatriba aparecen principalmente en Rom, 1 Cor y 2 Cor. Señalemos algunos ejemplos: "Por eso tú, amigo, el que seas, que te eriges en juez, no tienes disculpa.." (Rom 2, 1) "¿Qué importa que algunos hayan sido infieles? ¿Es que la infidelidad de éstos va a anular la fidelidad de Dios? De nin-

EL SABIO SEGUN EPICTETO

El sabio ante la muerte

"El cuerpo miserable no significa nada para mí, sus miembros tampoco significan nada para mí. ¿La muerte? Que venga cuando quiera, la muerte del ser entero o la de alguna de sus partes. ¿El destierro? ¿Y adónde podrían expulsarme? No pueden hacerlo fuera del mundo. Y adonde quiera que me expulsen, tendré el sol, la luna, las estrellas, los sueños, los presagios, la conversación con los dioses" (*Coloquios*, III, 22, 21-22)

Compárese con Rom 8, 21-31

El desinterés del sabio

"Miradme, estoy sin abrigo, sin patria, sin recursos, sin esclavos. Duermo en el duro suelo. No tengo ni mujer, ni hijos, ni palacio de gobernador, sino sólo la tierra y el cielo y un viejo manto. ¿Y qué es lo que me falta? ¿No estoy libre de preocupaciones y de temores? ¿No soy libre? ¿Cuándo me ha visto alguno de vosotros frus-

trado en mis deseos o tropezando con lo que quería evitar? ¿Quién, al verme, no cree ver a su rey o a su amo?" (*Ibid*, III, 22, 47-49)

Compárese con 1 Cor 9

La paternidad espiritual del sabio

"Que nadie se extrañe de que el Cínico no contraiga matrimonio ni tenga hijos. Al ser hombre, ha engendrado a toda la humanidad, tiene a todos los hombres por hijos, a todas las mujeres por hijas. Con estos sentimientos se dirige hacia todos. ¿Crees que es un celo indiscreto lo que le hace reprender a todos con los que se encuentra? Lo hace como un padre, como un hermano, como un servidor del padre común, Zeus" (*Ibid*, III, 22, 81-82)

Compárese con 1 Cor 4, 15, 1 Tes 2, 11-12

En cada uno de estos textos puede señalarse la diferencia de los motivos aun cuando tenga una misión divina, el filósofo construye una moral racional apresado por Cristo, Pablo convierte a Cristo en el fundamento de toda la vida espiritual

guna manera (mè genoito)" (Rom 3, 3s). Ese "de ninguna manera" traduce una de las fórmulas más corrientes para refutar la objeción que se adivina en labios del oyente (cf. Rom 3, 6.31; 6, 2.15...). Las interrogaciones puramente retóricas, del tipo "¿tú qué dices?, ¿qué dice la escritura?, ¿cómo?, ¿dónde?", pertenecen a este mismo tipo de discusión simulada (por ejemplo, Rom 6, 16; 11, 2; 1 Cor 3, 16; 5, 6; etc.).

En su misma manera de desarrollar ciertas comparaciones, Pablo se acuerda de los lugares comunes de la filosofía popular. Por ejemplo, de la carrera del estadio (1 Cor 9, 24-27 y Epicteto, *Coloquios*, III, 22, 51-54) o del juego trágico de los gladiadores (2 Cor 4, 8s). No se trata de una verdadera dependencia literaria, sino de expresiones ligadas a la vida social de entonces.

El último rasgo, sin duda el más importante que seña-

lar, es la afición de Pablo a las **antítesis**. Diríamos de buena gana que Pablo piensa por contrastes. Aunque no las haya creado él, la verdad es que explota continuamente las grandes antítesis de muerte-vida, de carne y espíritu, de luz y tinieblas, de dormir y vigilar, de sabiduría y locura. Hay otras como letra y espíritu, ley y gracia, que llevan su propio cuño. Conviene observar detenidamente en sus exposiciones la serie de antítesis (por ejemplo, en 2 Cor 3, 1-4.6), buscar su origen y determinar su manera de funcionar, si no se quiere endurecer excesivamente su pensamiento, paradójico adrede, pero abierto siempre a nuevas precisiones.

En conclusión, podemos decir que Pablo supo combinar el juridicismo de su formación al lado de Gamaliel con las finuras del espíritu griego y su sentido de lo universal. Así es como con su pluma lo mismo que con sus palabras cumplió con su misión de "apóstol de las naciones".

5. La argumentación de Pablo a partir de la escritura

Pablo no se limita a proclamar la fe, sino que se preocupa de demostrar cómo el evangelio está en conformidad con las escrituras (1 Cor 15, 3 y 5). En el conjunto de sus 13 cartas encontramos 76 citas formales, introducidas por la fórmula "*está escrito*", "*dice la escritura*", "*había predicho Isaías*", etc. En otros 22 casos falta la fórmula de citación, pero no puede dudarse de la intención de Pablo de apoyarse en la escritura, por ejemplo en Rom 3, 20, donde afirma que "*nadie podrá justificarse ante él* (Sal 143, 2) *aduciendo que ha observado la ley*". En cuanto a las demás alusiones, resulta difícil señalar un número; Pablo puede utilizar espontáneamente una expresión "bíblica" sin recordar el pasaje de donde proviene.

Hemos de reconocer sin embargo que entre las citas hechas por Pablo hay más de una que resulta sorprendente. Por ejemplo, la utilización de la ley sobre el bozal al buey que trilla para justificar la retribución del predicador (Dt 25, 4, citado en 1 Cor 9,9) o la aplicación que Rom 10, 18 hace a los apóstoles de un versículo del Sal 19, 5 rela-

tivo al lenguaje de los astros: "*A toda la tierra alcanzó su pregón...*". Más grave es todavía el hecho de que ciertas utilizaciones de las escrituras parecen basarse en una deformación del texto original; por ejemplo, en Ef 4, 8 Pablo comprende "*dio dones a los hombres*", lo que en el Sal 68, 19, aquí citado, significa por el contrario: "*te dieron tributo de hombres*".

Para comprender la manera de actuar de Pablo, hemos de recordar que en la escuela de Gamaliel se formó, en el manejo de las siete reglas de interpretación que Hillel había codificado por primera vez. He aquí su enumeración escueta: "razonamiento a fortiori; razonamiento por analogía; inducción de un principio a partir de un pasaje de la escritura o a partir de dos pasajes; general y particular; particular y general (se pueden sacar consecuencias de un término general según que proceda o no); ilustración de un pasaje de la escritura a partir de otro pasaje análogo; deducción a partir del contexto".

En san Pablo son muy numerosos los *razonamientos a fortiori*. Por ejemplo, en Rom 5, 9: "Ahora que Dios nos ha rehabilitado por la sangre del mesías, con mayor razón nos salvará por él del castigo" (véase también Rom 5, 10 17; 11, 12; 1 Cor 9, 12; 2 Cor 3, 8.11).

Pablo procede por *asimilación jurídica* de un caso a otro cuando utiliza el texto sobre la igualdad de los hebreos en la recogida del maná para señalar las relaciones que deben establecerse entre los cristianos (2 Cor 8, 15, citando a Ex 16, 18 a propósito de la colecta). Con frecuencia, el apóstol establece su razonamiento a partir de *dos citas que tienen un mismo término en común*. Por ejemplo, en Rom 4 combina Gén 15, 6 ("eso le valió la rehabilitación") con Sal 32, 1-2 ("dichoso el hombre a quien el Señor no le cuenta el pecado") para sacar de allí su enseñanza sobre la justificación por la fe (Rom 4, 11s)

La *analogía* toma en Pablo la forma de *tipología*, esto es, la confrontación de los acontecimientos de la primera alianza con los de la nueva. El mejor ejemplo es el que nos ofrece 1 Cor 10, 1-11: "Todo esto sucedió para servirnos de ejemplo (*typoi*, de donde viene la palabra tipología), para que no estemos deseosos de lo malo, como ellos lo desearon" (1 Cor 10, 6). Sobre este mismo trasfondo, aunque con menor fortuna, Pablo desarrolla la alegoría de Saur y Agar (Gál 4, 21-31).

Por su interpretación tipológica, Pablo supera las reglas de Hillel. Se acerca más a la manera con que los esenios interpretaban las profecías, aplicándolas a la historia misma de su comunidad. El **Comentario de Habacuc (Pés-her)** ilustra muy bien esta tendencia.

No olvidemos finalmente que en las sinagogas la lectura del texto hebreo iba seguida de una paráfrasis aramea (*tárgum*) que servía de base a la predicación.¹ La cita del Sal 68 en Ef 4, 8, que nos parecía tan arbitraria, no hace más que adaptarse a la interpretación del *tárgum*: "Tú has subido al cielo..., has tomado la Torah y se la has dado en regalo a los hombres".² Podrían citarse otros muchos ejemplos: vgr. la idea de la persecución de Isaac por parte de Ismael (Gál 4, 29), la participación de los ángeles en la entrega de la ley en el Sinaí (Gál 3, 19), la roca que acompañaba a Moisés en el desierto (1 Cor 10, 4). Los trabajos que se realizan actualmente sobre el *tárgum* palestino

He aquí un extracto del Comentario o Pés-her del profeta Habacuc, encontrado en Qumrán. Cada uno de los versículos de la escritura va seguido de su interpretación, introducida por la fórmula: "Esto se interpreta a propósito de" (literalmente: *pishro* = el *pés-her* de esto es...).

"En cuanto a lo que se dijo: A fin de que corra allá el lector (Hab 2, 2), esto se interpreta (*pishro*) a propósito del Maestro de Justicia, a quien Dios ha dado a conocer todos los secretos de sus siervos los profetas.

"La visión tiene un plazo, jadea hacia la meta, no hablará" (Hab 2, 3) esto se interpreta del hecho de que el período siguiente se prolongará y superará todo cuanto han dicho los profetas, porque los secretos de Dios son maravillosos...

"El inocente, por fiarse, vivirá" (Hab 2, 4) esto se interpreta a propósito de todos los que practican la ley en la casa de Judá, a los que Dios librará de la casa del juicio por causa de su sufrimiento y de su fidelidad para con el maestro de Justicia".

Compárese con Gál 3, 11 y Rom 1, 17.

nos ayudarán a situar mejor la exégesis de Pablo en relación con la de sus compatriotas.

Para comprender la exégesis de Pablo, hay que recordar ante todo que no parte de la escritura para llegar a Cristo, sino que en su fe en Cristo resucitado busca los anuncios de su venida y los signos de su presencia oculta en el Antiguo Testamento. Por tanto, su interpretación es básicamente **crisológica**: la fe en el nuevo Adán es la que permite comprender el drama del primero (Rom 5, 12-21), la realidad del bautismo de Cristo es la que permite ver en el paso del mar Rojo un bautismo en Moisés (1 Cor 10, 2). El carácter crisológico de esta exégesis encierra en sí mismo un sentido **eclesial**: Sara, la mujer libre que da a luz en virtud de la promesa, el templo, Jerusalén..., son figuras de la iglesia, esposa del nuevo Adán (cf. Ef 5, 21-32).

¹ Cf. *Intertestamento* (Cuadernos bíblicos, 12) 26-34

² Cf. *Los Hechos de los apóstoles* (Cuadernos bíblicos, 21) 26

6. ¿Cita Pablo palabras de Jesús?

Cuando se leen las cartas de san Pablo, resulta sorprendente no encontrar en ellas casi ninguna referencia a la enseñanza de Cristo. ¿Indicará esto un desinterés por la vida terrena de Jesús? ¿Se referirá sólo Pablo al Cristo de Damasco? No podemos emprender aquí una investigación exhaustiva sobre este punto. Partiendo de los casos más claros, señalaremos otras alusiones probables a las palabras mismas del Señor y os invitaremos a que prosigáis vosotros la búsqueda...

Citas seguras: en 1 Cor 7, Pablo distingue formalmente los casos en que se impone una palabra del Señor (indisolubilidad del matrimonio) de los que él mismo da un consejo autorizado (v. 10.25). En 1 Cor 9, 14 (cf. 1 Tim 5, 18) se apoya en una palabra del Señor para legitimar el derecho de los ministros del evangelio a ser mantenidos por los fieles; Pablo no usa de este derecho, pues para conquistar al mayor número posible (v. 19; cf. Mt 20, 28) se aplica la exhortación a dar gratuitamente lo que se ha recibido gratuitamente (Mt 10, 8). Para inculcar a los corintios el respeto a la eucaristía, cita expresamente las palabras de la cena (1 Cor 11, 24s), para deducir luego todo su alcance en un comentario personal.

Las exhortaciones morales de Pablo ocupan un gran lugar en sus cartas. Resulta interesante compararlas con las enseñanzas de Jesús, especialmente en el sermón de la montaña. No podemos hablar de citas explícitas, pero se palpa que Pablo está empapado de la espiritualidad del maestro. Por ejemplo, Rom 12, 14.18 corresponde a Mt 5, 38s; 1 Cor 6, 7 a Mt 5, 39-42. Para Pablo, toda la ley se resume en el precepto positivo de la caridad (Rom 13, 10, en comparación con Mt 7, 12 y 22, 39s), mientras que Hillel resumía la ley en la abstención para con el prójimo de todo lo que nos resulta molesto a nosotros. El himno a la caridad (1 Cor 13) desarrolla líricamente esta enseñanza. En oposición a las ideas de los zelotes, el respeto que exige para con las autoridades, incluso paganas, en Rom 13, 1-7 es la aplicación de la respuesta dada por Jesús sobre el denario del César (Mt 22, 16-21)

A diferencia de Jesús que busca sus comparaciones en la vida campesina, Pablo es un hombre de ciudad que no entiende mucho de las cosas del campo (pensemos en

sus consideraciones sobre el olivo en Rom 11, 17); por eso podemos pensar con H. Riesenfeld que algunas de las comparaciones del apóstol dependen de las parábolas de Cristo.³ Tal sería el caso de sus consideraciones sobre la plantación y el crecimiento (1 Cor 3, 6s). Para señalar sus responsabilidades apostólicas, Pablo se aplica la parábola del administrador fiel y prudente (1 Cor 4, 1-2; cf. Lc 12, 42-46). Los ejemplos podrían multiplicarse.

Pablo conocía ciertamente las colecciones existentes de frases de Jesús.⁴ Según los casos, reconocía en ellas una regla estricta (caso de la insolubilidad del matrimonio) o una invitación a la superación y un principio de solución para los casos nuevos que se planteaban en las comunidades de origen pagano (por ejemplo, los matrimonios mixtos, los problemas de los idolotitos). Lo fundamental para Pablo es vivir "en Cristo" (Gál 2, 16-20), pero semejante vida no es posible más que por una participación en la cruz de Cristo: "*Con el mesías quedé crucificado*" (Gál 2, 19; cf. Gál 6, 14; Rom 6, 6). En varias ocasiones, Pablo invita a sus corresponsales a imitar a Cristo (1 Cor 11, 1; Tes 1, 6). Si menciona a veces la mansedumbre y la bondad de Cristo (2 Cor 10, 1), el apóstol tiene constantemente ante la vista el ejemplo de abnegación total y de entrega que Jesús nos dio en su muerte (Flp 2, 5s; Rom 15, 3). Así, por ejemplo, para exhortar a los corintios a la generosidad, Pablo se apoya en este ejemplo único: "*Ya sabéis lo generoso que fue nuestro Señor, Jesús el mesías: siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza*" (2 Cor 8, 9). Así, mientras que los evangelistas nos invitan a caminar detrás de Cristo y nos ofrecen numerosos ejemplos concretos, Pablo concentra toda su atención en el misterio pascual y pone de relieve su inagotable riqueza.

³ H. RIESENFELD *Le langage parabolique dans les épîtres de saint Paul en Littérature et théologie pauliniennes* (Recherches bibliques V) DDB Paris 1960 47-59

⁴ W. D. DAVIES *Pour comprendre le Sermon sur la montagne* Seuil Paris 1970, 104-111

UN GRAN VIAJERO

A diferencia de los doctores de la ley que tenían su escuela en Jerusalén, Jesús había practicado un ministerio itinerante a través de las ciudades y aldeas de Galilea. Después de pentecostés, los doce consagraron al principio todos sus esfuerzos a la ciudad santa de Jerusalén; el martirio de Esteban provocó una primera dispersión entre los helenistas (Hech 8, 4). Pero pronto se dispersaron también los doce, ya que en su primer viaje a Jerusalén Pablo no encontró allí más que a Pedro y a Santiago, hermano del Señor (Gál 1, 18), y durante el “concilio” a Santiago, a Pedro y a Juan (Gál 2, 9). Desgraciadamente no sabemos casi nada de las misiones de los doce, ya que en los Hechos Lucas centró todo su interés en las dos figuras principales, Pedro y Pablo.

A pesar de la abundancia de nuestra documentación, las cartas y los Hechos, no todo está aclarado en los itinerarios de Pablo. Por ejemplo, los Hechos mencionan tres viajes a Jerusalén (9, 26; 11, 30; 15, 2), mientras que Pablo sólo habla de dos (Gál 1, 18; 2, 1). Analizar todas las hipótesis que se han hecho ¹ nos llevaría demasiado

lejos. Con la mayor parte de los autores, admitiremos que el viaje del que habla Gál 2, 1-10 corresponde al núcleo de la narración de Hech 15. De este modo se puede determinar como sigue el esquema de las tres grandes correrías apostólicas de Pablo, que partieron todas ellas de la ciudad de Antioquía:

1.º viaje: Chipre, Panfilia, Licaonia (Hech 13-14). El problema de la circuncisión de los paganos convertidos: el concilio de Jerusalén (Hech 15, 1-29; Gál 2, 1-10).

2.º viaje: Licaonia, país gálata, Tróade, Macedonia (Filipos, Tesalónica), Atenas, Corinto, regreso a Antioquía por Efeso (Hech 15, 41-18, 22).

3.º viaje: Galacia, Efeso (más de dos años), Macedonia, invierno en Corinto. Regreso a Jerusalén por Macedonia, Mileto. Prisión en Jerusalén (Hech 18, 23-23).

La lectura atenta de las cartas, especialmente de 1 y 2 Cor, permite matizar y precisar más las cosas. Hablaremos de ello oportunamente.

Por lo que se refiere a la cronología, encontramos un dato fundamental en la comparecencia de Pablo ante el procónsul Galión en Corinto (en el año 51; cf. página 57). Teniendo esto en cuenta, se puede situar la primera misión entre el 46 y el 48; la segunda entre el 49 y el 52; la última entre el 53 y el 58.

¹ Puede verse el estado de la cuestión en *Introduction à la Bible Nouveau Testament*, vol 2 290-295 (C Perrot)

1. Las rutas de Pablo

Es preciso haber recorrido las vastas regiones de la planicie central de Turquía para apreciar en su justo valor los esfuerzos físicos sin hablar de la tensión espiritual que tuvo que desplegar Pablo para llevar el evangelio de provincia en provincia. A diferencia de Palestina de dimensiones modestas (dos o tres provincias de España), Siria y Anatolia sobre todo imponen a los viajeros largos recorridos. El relieve tan accidentado de Turquía, los cambios bruscos de temperatura entre la ribera suave del Mediterráneo y el clima continental del interior, con veranos cálidos e inviernos helados, añadían nuevas dificultades al camino.²

Rehaciendo sin duda alguna el trazado secular de las pistas de las antiguas caravanas, los romanos dieron una perfección igualada hasta entonces a la red de caminos de su vasto imperio. Las numerosas piedras miliarias que siguen jalando todavía las estepas de Transjordania, de Siria y de Turquía dan buena fe de ello. En tiempos de Augusto, Agripa recibió el encargo de inspeccionar las provincias y recorrió incansablemente el imperio de uno a otro cabo, al finalizar su misión, mandó dibujar en el Cam-

po de Marte, en Roma, el trazado de las grandes vías que ponían a la capital en comunicación con las provincias más remotas. De aquel cuadro se derivan los dos grandes planos de caminos que conservamos de la antigüedad: el **Itinerario de Antonio** y la **Tábula de Peutinger**.

Antioquía era un centro de primera importancia en los caminos, no es extraño que Pablo lo escogiera como base de partida. Entre los caminos célebres que recorrió el apóstol citemos la **Via Egnatia**, que unía Roma con Bizancio. En su segundo viaje, Pablo desembarcará en Neápolis y seguirá entonces la Via Egnatia en Macedonia con etapas en Filipos, Anfípolis, Apolonia y Tesalónica. Expulsado de esta ciudad, proseguirá su viaje hasta Pella, por una vía secundaria llegará a la pequeña ciudad de Berea. Al contrario, para ir a Atenas escogerá el viaje por mar (Hech. 17, 14).

Durante su cautividad, Pablo recorrerá la más antigua y prestigiosa de las vías romanas, la **Via Apia**. Los Hechos han conservado el recuerdo de algunas etapas: Foro de Apio y Tres Tabernas.

2. Condiciones de viaje

Con sus bártulos cargados sobre mulos o sobre asnos, los viajeros de a pie no podían recorrer diariamente más de 25 millas (la milla romana media casi un kilómetro y medio) era la distancia media entre los puestos de guardia que Augusto había ordenado situar a lo largo de los caminos. Unas instalaciones elementales permitían a los hombres y a las bestias dormir con seguridad, pero sin ningún confort. La institución de estos puestos de guardia representaba un notable progreso, ya que sobre todo en las regiones montañosas o semidesérticas no faltaban los bandidos. Por otra parte, habrá que contar con los propietarios poco escrupulosos que enviaban a sus ergástulos (cárceles de esclavos) a los viajeros a quienes habían dado albergue. Tiberio tuvo que renovar contra este abuso abominable las medidas que ya antes había dictado Augusto (Suetonio, **Augusto**, 32, 1, **Tiberio**, 8, 2). Ade-

más había que contar con "los perros salvajes de enorme tamaño y ferocidad, acostumbrados a alimentarse de la carroña abandonada en el campo y dispuestos a morder y a matar a los viajeros que iban por el camino" (Apuleyo **Metamorfosis**, IX, 36), y en invierno con las manadas de lobos que obligaban a los viajeros a cerrar filas (**Ibid.**, VIII, 15). Pablo nos presenta una lista impresionante de estos peligros en el pasaje en que enumera los signos del apotolado (2 Cor. 11, 22-27).

² Recomendamos una vez por todas el libro tan documentado y vivo de J. L. Vesco *En Méditerranée avec l'apôtre Paul*. Cerf, Paris, 1972. vease también R. Chevallier *Les voies romaines*. A. Colin, Paris, 1972. J. Siat *L'empire ses routes au premier siècle*. Le Monde de la Bible, n° 5 (1978), 16-22.

3. Los viajes por mar

La navegación era por entonces muy intensa en todo el Mediterráneo, unas veces de cabotaje a lo largo de las costas, otras navegación de alta mar en barcos que podían llevar hasta varios centenares de pasajeros (cf. Hech 27, 37: 276 personas). Basta visitar la plaza de las corporaciones de **Ostia antica** para hacerse una idea de la importancia del tráfico marítimo: hay 70 oficinas de representantes comerciales del mundo entero que tienen como símbolos mosaicos que representan naves de carga venidas de todas partes: Alejandría, Sabratha, Cartago, Narbona, Cagliari..., con los productos específicos de cada una de estas regiones.³

Resulta difícil calcular el tiempo medio de las travesías, pues dependían sobre todo de los caprichos del viento. "De Ostia o de Pozzuoli a Alejandría, la travesía duraba de 8 a 9 días, pero en caso de mal tiempo llegaba a veces a 50 días...; de Ostia a Africa, unos 3 días; a Tarragona, 4 días...; de Egipto a Creta, 3 días y 3 noches. La media era de 4 a 6 nudos por hora".⁴

Había que contar sobre todo con los peligros del mar. Durante el invierno, se evitaban las grandes travesías. Se

decía que el mar estaba cerrado (**mare clausum**). Cuando llegaba la primavera, se celebraba una gran fiesta en honor de Isis, patrona de la navegación (**navigatio Isidis**): en Alejandría se lanzaba al mar un barco totalmente nuevo, cargado de regalos en honor de la diosa.

En opinión de todos los especialistas, el c. 27 de los Hechos, que nos refiere la tempestad sufrida por el barco de Pablo entre Creta y Malta, ofrece una descripción muy concreta de los peligros de entonces⁵. Con el naufragio de Pablo puede compararse el relato hecho por Flavio Josefo del suyo, en un viaje similar a Roma: "Habiéndose hundido nuestro barco en pleno Adriático, tuvimos que nadar unas 600 personas durante toda la noche, hasta que al amanecer apareció providencialmente a nuestros ojos un barco de Cirene. Entonces, con unos 80 compañeros en total, me adelanté a los demás y fuimos izados a bordo..." (**Autobiografía**, 15).

En total, fueron miles de kilómetros los que recorrió Pablo por tierra y por mar. Ricciotti señala unos 1.000 kilómetros en el primer viaje, 1.400 en el segundo y 1.700 en el tercero.

4. El equipo de colaboradores de Pablo

Cuando Jesús envió por primera vez a misionar a sus discípulos, los envió de dos en dos (Mc 6, 7 y par). Por su parte, en sus correrías apostólicas Pablo se preocupó siempre de rodearse de colaboradores; con el tiempo se fue modificando la composición del equipo. Señalemos los nombres principales que figuran en los Hechos y en las cartas⁶.

³ Pueden verse estos mosaicos en Bible et Terre Sainte, n° 95

⁴ A. J. Festugière - P. Fabre *Le monde gréco-romain au temps de N. S., t. I Le cadre temporel* Paris 1935 20, n° 1

⁵ Véase Bible et Terre Sainte, n° 89 (febrero 1967)

⁶ Cf. A. Jaubert, *Le ministère et les ministères selon le Nouveau Testament* Seuil, Paris 1974, 16-33, E. Earle Ellis, *Paul and his Co-Workers* New Testament Studies 17 (1970-1971) 437-452

Al comienzo de la vida apostólica de Pablo, **Bernabé** desempeñó una función de primer orden. Hombre de confianza de la comunidad de Jerusalén, dotado de carisma profético, Bernabé presentó a Pablo a la iglesia-madre y fue a buscarlo a Tarso para la evangelización de Antioquía. Cuando parten para la primera misión, Bernabé figura como jefe de la expedición (Hech 13, 4), pero pronto se invirtieron los papeles (Hech 13, 13: Pablo y sus compañeros). Volveremos a encontrar a Bernabé en el concilio de Jerusalén para apoyar a Pablo (Gál 2, 1), y luego en Antioquía donde el apóstol de las naciones sintió profundamente su cambio de actitud (Gál 2, 13; cf. p. 36).

En la primera misión, Bernabé se había llevado a su primo **Juan-Marcos**. Pablo le acusará de haber retrocedido ante los peligros del viaje (Hech 13, 13) y se negará a que

le acompañe en la segunda misión (Hech 15, 39). Bernabé y Marcos se volvieron entonces a Chipre, mientras que Pablo buscó la compañía de **Silas** (o Silvano), un profeta llegado de Jerusalén, que participó activamente en la evangelización de Tesalónica, como vemos por el encabezamiento de 1 y 2 Tes.

En Listra, Pablo llamó a **Timoteo**, cuya abuela Loide y cuya madre Eunice se habían convertido durante la primera estancia de Pablo en la ciudad (2 Tim 1, 16). Hijo de padre pagano y madre judía, Timoteo estaba sin circuncidar. Según la ley judía, debería haberse circuncidado, ya que en aquellos casos contaba la ascendencia materna. Para evitar los problemas con los judíos del contorno, Pablo aceptó la circuncisión de su discípulo (Hech 16, 3), mientras que en otras ocasiones se opuso decididamente a la de Tito (Gál 2, 3). Timoteo se nos presenta como el colaborador más abnegado del apóstol. Recibió misiones delicadas, tanto en Tesalónica (1 Tes 3, 2), como en Corinto (1 Cor 4, 17; 16, 10). En ausencia de su “hijo” (cf. 1 Tim 1, 18), Pablo se preocupa de él (1 Tes 3, 6; 2 Tim 1, 4). Pablo lo asocia a las cartas que dirige a las comunidades (2 Cor, Flp, Col, 1 y 2 Tes). Hombre dócil, como había de ser para trabajar con Pablo, Timoteo carecía quizá de espíritu de iniciativa y por eso Pablo tuvo que invitarlo a ser audaz (2 Tim 1, 6s).

Junto con Timoteo, Pablo podía contar también con **Tito**, uno de sus convertidos (cf. Tit 1, 4: “*hijo legítimo en la fe común*”). Pertenecía a una familia pagana y Pablo se negó a que se circuncidara (Gál 2, 3). Cuando la crisis corintia, después de un fracaso de Timoteo, Pablo envió allí a Tito que alcanzó pleno éxito (2 Cor 7, 6s). Desde Macedonia, adonde había llevado a Pablo la noticia del arrepentimiento de los corintios, Pablo lo enviará de nuevo a Corinto para organizar la colecta (2 Cor 8, 6s). Al final de su vida, encargó a Tito la organización de las comunidades cristianas de Creta, tarea muy difícil si se tiene en cuenta la reputación que tenían los cretenses (Tit 1, 12).

Lucas, el médico fiel (Col 4, 14; Flm 24; 2 Tim 4, 11), acompañó a Pablo durante parte de sus viajes, como puede deducirse de los trozos de los Hechos escritos en primera persona del plural, “nosotros”. Su narración nos resulta preciosa para fijar el marco de la misión de Pablo, pero no hemos de pedirle demasiadas precisiones sobre las doctrinas típicamente paulinas.

Vale la pena citar a otros compañeros de Pablo: **Epafrdito** de Filipos (Flp 2, 25), **Epafras** de Colosas (Col 1, 7; 4, 12), **Tíquico**, su fiel ayudante y su delegado ante la iglesia de Efeso (Ef 6, 21s; 2 Tim 4, 12)...

Los datos de los Hechos están de acuerdo con las cartas para señalar el lugar tan importante que tuvieron las **mujeres** en la misión. Lucas se complace en observar que había señoras distinguidas entre las convertidas de Tesalónica (Hech 17, 4) y de Berea (17, 12); nos ha conservado el nombre de una ateniense, **Damaris** (17, 34). Y sobre todo realiza el papel que desempeñó **Lidia**, una comerciante en púrpura de Filipos (Hech 16, 14) y **Priscila**, esposa de Aquila, el fabricante de tiendas (Hech 18, 2s; cf. 1 Cor 16, 19; Rom 16, 3-5; 2 Tim 4, 19).

Por su parte, Pablo no se contenta con citar a muchas mujeres en sus cartas, sino que califica gustosamente su acción apostólica. Así **Febe** es diaconisa de la iglesia de Cencreas (Rom 16, 1); por lo visto fue ella la encargada de llevar la carta de Pablo a los romanos. “**María**, que ha trabajado tanto por vosotros” (Rom 16, 6), recibe también los saludos de Pablo; también **Trifosa** y **Trifene** “trabajan duro por el Señor” (Rom 16, 12); en la terminología paulina, este verbo “trabajar”, que designa de suyo las labores manuales fatigosas (1 Cor 4, 12), significa también la tarea apostólica (1 Cor 15, 10; 16, 16; Gál 4, 11; Flp 2, 16; 1 Tes 5, 12...). En Colosas, **Ninfa** acoge a la iglesia en su casa (Col 4, 15); si **Evodia** y **Síntique** reciben una recomendación especial en Flp 4, 2, no es sin duda por alguna rencilla entre ellas, sino en relación con su función en la comunidad.

Señalemos finalmente la preocupación de Pablo por unir a sus colaboradores a su acción; esto nos parece tanto más meritorio si tenemos en cuenta su temperamento tan recio y algo suspicaz. No solamente el apóstol asocia a sus compañeros al envío de sus cartas, sino que los llama “colaboradores” (**synergos**) suyos (Rom 16, 3.9.21; Flp 2, 25; 4, 3; Flm 1.24; etc.); Dios los emplea a todos en la misma tarea y juzgará de la acción de unos y de otros. Lo que Pablo espera de ellos es sobre todo su espíritu de unidad; por eso condena severamente las discordias que han surgido en Corinto (1 Cor 1, 11s). Por encima de las divergencias secundarias entre las personas, el gran principio es que hay que proclamar a Cristo (Flp 1, 18), pero no puede ser auténtico el mensaje si no está en conformidad con el kerigma de los apóstoles (cf. 1 Cor 3, 10s).

EL PRIMER VIAJE MISIONERO

En la vida de san Pablo ocupa un lugar muy importante la ciudad de Antioquía. Fue allí donde descubrió una comunidad bilingüe, formada de judíos y de paganos convertidos, y donde tomó conciencia plena de la urgencia de la misión en el país griego. Gracias a las ayudas de la

comunidad, pudo poner allí su base de operaciones para emprender sus grandes correrías apostólicas y allí volvió siempre al final de las mismas para asociar a sus hermanos a la acción de gracias por el progreso del evangelio.

1. Antioquía, una gran metrópoli a orillas del Orontes

Para el viajero de hoy resulta difícil imaginarse la riqueza de la antigua Antioquía, ya que los terremotos y las inundaciones del Orontes se han conjugado para borrar casi todas las huellas del pasado esplendor.¹

Fundada en el año 301 antes de nuestra era por Seleuco de Siria, Antioquía se convirtió en la tercera ciudad del mundo, detrás de Roma y Alejandría. Según dice Estrabón, contaba con 500.000 habitantes. Sus murallas encierran un área redonda de 15 kilómetros de circuito.

La importancia de Antioquía se debe a su posición. El Orontes la ponía en comunicación con la Celesiria (la Bekaa actual), uno de los graneros de trigo del mundo

antiguo. El mar no quedaba lejos. Allí llegaban las caravanas de Mesopotamia y hasta de más lejos; por las Puertas Sirias, un camino conducía hasta Tarso y la Anatolia. Por todo ello, la ciudad se encontraba en la encrucijada de dos universos culturales: el mundo semítico del interior y el mundo griego de la parte oriental del Mediterráneo. Su santuario más célebre estaba dedicado a Apolo, en el maravilloso marco vegetal de Dafne (cf. 2 Mac 4, 33); el culto iba acompañado de experiencias sensuales que escandalizaron a los antiguos romanos: el soldado al que se sorprendía en los bosques sagrados era arrestado y despedido del servicio.

Con el fin de convertir a Antioquía en rival de Alejandría, los seléucidas habían sabido atraer a ella a una numerosa colonia judía. Flavio Josefo nos habla de su

¹ Sobre Antioquía, véase Bible et Terre Sainte, n. 128 (febrero 1971)

dinamismo y de su espíritu proselitista; los sucesores de Antíoco Epifanes “restituyeron a los judíos de Antioquía todos los objetos votivos de bronce y rindieron homenaje a su sinagoga; además, les autorizaron a gozar del derecho de ciudadanía por el mismo título que a los griegos... (Los judíos de Antioquía) fueron atrayendo a su culto a un gran número de griegos que formaron desde entonces parte de su comunidad” (**Guerra judía**, VII, 44-45).

Para extender su prestigio y para favorecer al mismo tiempo el desarrollo de la comunidad judía, Herodes el grande costeó suntuosas obras en Antioquía: “A los habitantes de Antioquía, la ciudad principal de Siria que está atravesada por una ancha avenida a todo lo largo de la misma, les ofreció pórticos que adornaban ambos lados y pavimentó la parte cubierta de la calle con piedras pulimentadas, contribuyendo de este modo singularmente a la belleza de la ciudad y a la comodidad de sus habitantes” (**Antigüedades judías**, 16, 148).

A mediados del siglo IV, el retor Libanio no ahorra alabanzas a propósito del encanto y la comodidad de aquellos pórticos: “En mi opinión, de todos los deleites de la ciudad, esos lugares de esparcimiento en donde podemos encontrarnos son de lo más agradable y añadiré que de lo más útil... Resulta muy placentero tener allí una buena conversación, dar un buen consejo, escuchar otro mejor, ofrecer a los amigos en su buena o mala fortuna el justo premio de unas palabras de felicitación o de compasión, recibir de ellos en pago las mismas muestras de simpatía... Cuando no hay ante las casas esos mismos pórticos, el mal tiempo separa a la gente; en teoría todos viven en la misma ciudad, pero de hecho no hay entre ellos menos divisiones que entre los que habitan en ciudades diferentes... Porque, lo mismo que los prisioneros, se ven encerrados en sus casas por la lluvia, el granizo, la nieve o el viento. Pero entre nosotros no ocurre eso... La lluvia sólo cae en los techos; nosotros nos paseamos tranquilamente al abrigo y nos sentamos a charlar juntos en cualquier rincón... Entre los demás, en la medida en que están separados, la vida de sociedad se embota; pero entre nosotros el contacto permanente hace florecer la amistad que, si en otras partes declina, aquí progresa cada vez más”.

Aunque algo largo, este párrafo de Libanio tiene el mérito de caracterizar un elemento esencial de la vida urbana: el hombre del Mediterráneo vive fuera de su casa, excepto por la noche. Es un hombre de relaciones. El urbanismo está al servicio de la comunicación entre los

hombres —hombres libres se entiende—, ya que los esclavos se encargan de otros menesteres. Resulta fácil imaginarse a Pablo escuchando a los filósofos populares de la época, bajo los pórticos de Antioquía, como en el ágora de Atenas o de Corinto o de Efeso, tomando a veces parte en la discusión (cf. Hech 17, 17s).

FUNDACION DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Tal como indicamos al comienzo de este capítulo, la llegada a Antioquía de los helenistas señala una fecha importante en la evangelización: “*Por primera vez se anunció a los griegos el evangelio*”. Preocupada por lo que allí ocurría, la comunidad de Jerusalén envió a Bernabé, que supo reconocer en aquel hecho la mano de Dios (Hech 11, 23) y se fue enseguida a buscar a Pablo para reforzar la obra. La importancia de la nueva comunidad impresionó a los paganos que le dieron el epíteto de “**christianos**”, partidarios de Cristo (Hech 11, 26).

Pronto se manifiestará el espíritu de comunión entre los grupos de discípulos. Un profeta de Jerusalén, Agabo, anuncia la llegada del hambre. Los hermanos hacen una colecta y confían sus ofrendas a Bernabé y a Pablo (Hech 11, 30).

El hambre en tiempos del emperador Claudio (41-45) está atestiguada por Flavio Josefo, que no señala sin embargo ninguna fecha concreta. He aquí el texto, muy interesante, para la historia del proselitismo judío:

“La llegada de Helena (reina de Adiabene) fue muy provechosa a los habitantes de Jerusalén, pues por aquellos días el hambre azotaba a la ciudad y muchas personas morían por falta de recursos. La reina Helena envió a sus servidores, unos a Alejandría para comprar trigo por una gran cantidad de dinero, otros a Chipre para que trajeran un cargamento de higos. Volvieron cuanto antes y ella distribuyó a los necesitados aquellos alimentos, dejando con aquel beneficio un recuerdo inmortal en todo el pueblo. Su hijo Izates, apenas se enteró de aquel hambre, envió mucho dinero a los primeros habitantes de Jerusalén” (**Antigüedades judías**, XX, 50-52).

2. Misión de Bernabé y Pablo

Natural también de Antioquía, Lucas nos ha conservado la lista de los responsables de aquella comunidad. Durante una reunión litúrgica, uno de los profetas hizo oír la llamada a la misión: *“Apartadme a Bernabé y a Saulo para la tarea a que los he llamado”* (Hech 13, 2).

El ayuno de la comunidad da nuevas fuerzas a la oración. La ceremonia de despedida está señalada por una

imposición colectiva de manos. Todos se sentían solidarios de los misioneros, tanto en el plano espiritual como en el material. Los viajeros necesitaban ciertamente víveres y dinero para pagar su travesía. Pablo tendrá ocasión más tarde de exhortar a las comunidades para que provean a los misioneros de lo indispensable (1 Cor 16, 11 para Timoteo). Y él mismo contaba también con la ayuda de los romanos (Rom 15, 24).

3. Misión en la isla de Chipre

La isla de Chipre, de donde era natural Bernabé (Hech 4, 36), contaba con una importante comunidad judía². Tenía activas relaciones comerciales con Palestina. Augusto había incluso concedido a Herodes “la mitad de las rentas de las minas de cobre de la isla de Chipre y la administración de la otra mitad” (**Antigüedades judías**, 16, IV, 5). Lo que le interesa a Lucas es el primer contacto del apóstol Pablo con un magistrado romano bien dispuesto, el procónsul Sergio Paulo. Pero Pablo tuvo que enfrentarse además con un mago de origen judío, Elimas (Hech 13, 8), en buena consideración ante el procónsul. Aquella época conocía una gran afición por las ciencias ocultas. El racionalismo griego iba en declive; los cultos tradicionales habían perdido su credibilidad con el ocaso de las ciudades y el culto imperial era demasiado político

para entusiasmar los corazones. Según su temperamento, los hombres de espíritu inquieto se entregaban a los cultos de los misterios, a los magos de oriente o a los astrólogos. Muchos judíos, despreciando la ortodoxia oficial, parece ser que cayeron en la magia. Flavio Josefo nos habla de un tal Eleazar que exorcizó a los demonios en presencia de Vespasiano, haciendo respirar a los posesos el olor nauseabundo de unas raíces indicadas por Salomón (**Antigüedades judías**, VIII, 46s). El mismo Flavio Josefo nos habla de un judío chipriota, llamado Simón, que pretendía ser mago y ejercía un papel poco recomendable de rufián para convencer a Drusila de que abandonase a su marido, el rey de Emesa, y se casara con Félix, el procurador de Judea (*Ibid.*, XX, 142).

4. Misión en Panfilia y en Pisidia

La provincia de Panfilia, de clima subtropical, estaba llena de ciudades importantes, cuyas ruinas llenan de admiración a los turistas de hoy. La ciudad de Perge, en la que desembarcó Pablo con Bernabé y Juan Marcos, poseía un teatro de 15.000 plazas; esto indica la importancia de la ciudad. Sin embargo, el apóstol decidió pene-

trar en el interior, metiéndose por los duros desfiladeros del Tauro, célebres por sus bandidos (cf. 2 Cor 11, 26). El joven Marcos sintió desfallecer su ánimo; Pablo y Bernabé marcharon solos a Pisidia y a Licaonia, donde había numerosas colonias judías. En los Hechos, la narración relativa a Antioquía de Pisidia (13, 16-41) tiene un sentido típico. Nos permite comprender cómo predicaba Pablo, qué acogida solía tener, qué divisiones provocaba su mensaje.

² Sobre Chipre, véase Bible et Terre Sainte, n. 175.

EN ANTIOQUIA DE PISIDIA

(Hech 13, 16-41)

Una predicación típica de Pablo en la sinagoga. En toda su obra (el evangelio y los Hechos) Lucas concede gran importancia a las sinagogas. Es en la de Nazaret donde Jesús pronuncia en cierto modo su discurso programático (Lc 4, 18-27), lo mismo que es en la sinagoga de Antioquía de Pisidia donde vemos la manera con que Pablo anunciaba a Jesús como mesías partiendo de las esperanzas del pueblo escogido. En Nazaret, Jesús se dirigía a un público puramente judío; en cada una de las sinagogas que visite, Pablo se encontrará con un auditorio mixto,

formado de judíos y de prosélitos, con un elemento femenino más importante que en Palestina. El mismo Pablo nos ofrece el fundamento teológico de su práctica misionera: *"No me acobardo de anunciar la buena noticia, fuerza de Dios para salvar a todo el que cree, primero al judío, pero también al griego"* (Rom 1, 16).

El éxito de Pablo entre los prosélitos desencadenó la oposición violenta de los judíos (v. 45). Pablo ve en ello la señal indicada por Dios para la evangelización de los paganos (v. 46) y no tiene reparos en apropiarse aquellas palabras que definen la misión del siervo de Dios (Is 49, 6): *"Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra"*.

LA SINAGOGA

Lugar de oración y de enseñanza al mismo tiempo, la sinagoga tenía en el judaísmo de la diáspora un papel todavía más importante que en Palestina. Sin la atracción que ejercía este lugar de oración, en donde el recogimiento no se sentía turbado por la pompa exterior de los templos paganos, nunca habría conseguido el judaísmo tantos prosélitos.

Generalmente rectangular, el edificio estaba orientado hacia Jerusalén. Los rollos de la ley, tesoro de la sinagoga, se conservaban en un arca y eran conducidos en procesión durante el oficio. Las mujeres se sentaban aparte, bien en tribunas, bien en un rincón de la sala principal. Junto a la sinagoga, había una habitación reservada para los huéspedes de paso. El responsable (*archisynagógos*) era ayudado por un *hazzan* (¿bedel?), que se encargaba también muchas veces de enseñar a los niños a leer las santas escrituras y de administrar los 39 golpes de vara previstos contra los delincuentes (cf. 2 Cor 11, 24).

Aunque no esté todavía rígidamente estructurada, es posible reconstruir en sus líneas generales la liturgia sabática en tiempos de Pablo. Empezaba el oficio con la recitación del *Shema Israel* y de las 18 bendiciones

(*Shemoné Esré*) (sobre estos textos, cf. más arriba, p. 8). El centro de la liturgia consistía en la lectura de un pasaje de la Torah, en hebreo y luego en traducción aramea (*tárgum*) en Palestina, y según la traducción de los Setenta en las sinagogas de la diáspora griega. No existía todavía un ciclo bien definido para las lecturas; todo lo más, ciertas fiestas del año exigían la lectura de determinados pasajes. El culto comprendía además el cántico de un salmo. Según los casos, se leía o no un pasaje de los profetas (los libros proféticos comienzan con el libro de Josué en el canon hebreo) y empezaban a establecerse ciertas asociaciones tradicionales entre tal pasaje de la ley (*seder*) y tal pericopa profética (*haphtarah*). El presidente invitaba a uno de los miembros de la asamblea a pronunciar la homilía; se comenzaba con la cita de un versículo sacado de los profetas o de los escritos y escogido expresamente para poner de relieve uno de los temas del *Seder* y de la *Haphtarah*. San Pablo se acordará de esta manera de asociar las tres partes de la escritura; así, en su demostración de Rom 1-4 se apoya en un texto de la Torah (Gén 15, 6 citado en Rom 4, 3), en un texto de los profetas (Hab 2, 4 LXX citado en Rom 1, 17) y en una serie de versículos de salmos en Rom 3, 10-18. El sábado se leían también las Diez Palabras (o mandamientos) y el oficio acababa con la bendición que daba normalmente un sacerdote (cf. Núm 6, 24-27).

PREDICACION A LOS PAGANOS DE LISTRA

Expulsados de Antioquía de Pisidia, Pablo y Bernabé conocieron las mismas dificultades en las ciudades de Licaonia que recorrieron. Sin embargo, en Listra tuvieron una aventura singular, que nos revela la credulidad de las gentes sencillas de aquella región. Después de la curación de un cojo, consideraron a Bernabé y a Pablo como dioses que habían bajado del cielo y tomado aspecto humano: Zeus el dios de Olimpo y Hermes su portavoz. Recuérdese la historia de Filemón y Baucis (*La Fontaine, Fábulas*, XII, 28) que tiene lugar en esta misma región: en su visita a los humanos, el señor de los dioses y su mensajero son maltratados por todos los habitantes, excepto por una pareja de ancianos que los acogen con solicitud. Mientras la inundación destruye la aldea, la cabaña de Filemón y de Baucis se ve transformada en un templo magnífico, del que se convierten en sacerdotes los dos ancianos.

Cuando Pablo se da cuenta del sacrificio que están preparando en su honor, desgarrar sus vestidos con indignación y se esfuerza por llevar a sus oyentes al reconocimiento del Dios único, creador del universo. Para ello pone de relieve, como los filósofos estoicos de la época, los beneficios de la providencia, el orden de las estaciones, el gozo de la existencia... En Atenas, con un lenguaje más filosófico, Pablo recogerá este tipo de argumentación. A pesar del milagro y aprovechándose del desencanto de la gente después de las manifestaciones del apóstol, los judíos provocan un motín contra él. Pablo es linchado y dado por muerto (Hech 14, 19). Dura prueba que le tocará padecer más de una vez (2 Cor 11, 25).

De regreso, Pablo y Bernabé se preocupan de animar a las jóvenes comunidades a la perseverancia, designando unos cuantos “ancianos” para su atención espiritual. En las cartas pastorales encontraremos más detalles sobre la organización de las comunidades (vgr., en 1 Tim 3, 1-7; Tit 1, 5-9). Pablo no se limita a plantar la iglesia, sino que intenta asegurar su crecimiento.

5. La asamblea de Jerusalén

Esta primera misión señala una penetración interesante del evangelio. Desbordando los confines de Palestina, la buena nueva llega a las islas (Chipre) y penetra hasta la planicie de Anatolia. No se trataba ya de conversiones individuales de algún que otro pagano (como en el caso del eunuco de Etiopía: Hech 8, 26-40), o del centurión Cornelio: Hech 10-11, 18), sino de saber cuál era el sitio que había que dar en la iglesia a comunidades enteras.

Con el correr del tiempo, hemos perdido la perspectiva y nos cuesta medir la gravedad del problema que entonces se planteaba; tachamos de espíritus cobardes a los fieles que seguían considerando válida la ley de la circuncisión. En realidad, ha de comprenderse toda la seriedad de sus dificultades para apreciar en todo su valor la postura de Pablo. En el momento de establecer su alianza con Abrahán y su descendencia “para siempre”, Dios había

hecho de la circuncisión el “signo de la alianza” (Gén 17, 11). La ley no valía solamente para los descendientes directos del patriarca, sino también para los esclavos nacidos en su casa o adquiridos por dinero. Por analogía se aplicaba también a los prosélitos; de esta forma, la circuncisión se presentaba como la señal de entrada en el pueblo de la promesa. ¿Cómo dudar de la validez perpetua de semejante ley, teniendo además en cuenta que Jesús no había dicho nada sobre este asunto?

El debate, apasionado como en todas las cuestiones que afectan a la identidad profunda de las personas, conoció diversas fases en Antioquía y en Jerusalén (Hech 15, 1-29; Gál 2, 1-10). Los partidarios de la circuncisión parecían estar divididos: para unos, era indispensable antes del bautismo; para otros, era un perfeccionamiento del mismo. Lucas nos ofrece unos datos en Hech 15; Pablo

presenta su punto de vista en el trozo polémico de Gál 2, 1-10 Siguiendo su plan general, Lucas nos muestra cómo fue madurando en la iglesia una solución conciliadora; Pablo nos ha conservado mejor la atmósfera de tensión que rodeó a aquella asamblea decisiva para el porvenir de la iglesia A los gálatas que sentían la tentación de ver en el judaísmo un grado superior de vida religiosa, Pablo les recuerda que "las columnas de la iglesia" (Santiago, Pedro y Juan) han reconocido plenamente la libertad de los gentiles frente a la ley y no les han impuesto nada más que su solicitud por los pobres de Jerusalén Más adelante (p 69) veremos cómo Pablo intentó responder a esta llamada.

La historia de Izates (véase el recuadro) resulta muy ilustrativa para el problema que se planteó en la naciente iglesia El judaísmo conocía dos clases de prosélitos. Los que se quedaban en el umbral, los "temerosos de Dios", reconocían al Dios único que había hablado a Israel, comprometiéndose a seguir las prescripciones morales de la ley, pero sin entrar verdaderamente en el pueblo escogido. Sólo los que aceptaban la circuncisión eran considerados como "prosélitos de la justicia", pertenecían entonces al pueblo santo, aunque sin gozar de todos los privilegios de los descendientes de Abrahán Por eso un judío de raza podía contar con los méritos de los patriarcas para salvarse, mientras que un prosélito de la justicia no podía contar más que con los suyos propios.

A los ojos de los judeocristianos de Jerusalén, los paganos convertidos al cristianismo, pero no circuncidados, corrían el peligro de parecer cristianos de segundo orden Obligarles a la circuncisión era oponer a la evangelización un obstáculo considerable, ya que para los no judíos la circuncisión era considerada como una mutilación degradante. Pero por encima de las razones de oportunidad pastoral, fue un mérito de san Pablo haber descubierto el verdadero alcance teológico de la cuestión: ¿guarda la ley su validez?, ¿qué novedad han aportado la muerte y la resurrección de Cristo?, ¿sobre qué principio se basa la justificación del cristiano: la observancia de la ley o la fe en Cristo? Todas estas grandes cuestiones son las que se tocarán en las cartas a los **gálatas** y a los **romanos** Constituyen el corazón de toda la teología de Pablo

CONVERSION AL JUDAISMO DE IZATES, REY DE ADIABENE

El reino de Adiabene está situado en Mesopotamia, al este del Tigris Flavio Josefo nos ha narrado detalladamente la conversión de la reina Helena y de su hijo Izates, bajo la influencia de los mercaderes judíos

Habiendo sabido que su madre estaba muy satisfecha de las costumbres judías, Izates se apresuró también a abrazarlas y creyendo que no sería definitivamente judío más que después de circuncidarse, estaba dispuesto a recibir la circuncisión "

La reina madre teme las consecuencias de este gesto que corría el peligro de provocar la rebelión de sus súbditos Por ello manda decir a Izates, por medio de Ananías, el judío que había influido en su conversión.

' que podía adorar a Dios, aun sin estar circuncidado, si había decidido observar por completo las leyes tradicionales de los judíos, lo cual era más importante que la circuncisión '

Pero llega un nuevo misionero, Eleazar, que le reprocha al rey haberse quedado a medio camino de la conversión Le dice

No te das cuenta de que estás cometiendo la mayor injuria contra las leyes y por tanto contra Dios, no basta con profesarlas, sino que hay que hacer ante todo lo que ordenan ¿Hasta cuándo vas a seguir incircunciso? Si no has leído todavía la ley sobre la circuncisión, léela cuanto antes para que sepas cuán grande es tu impiedad "

El rey se hace entonces circuncidar y goza de la protección divina

(Segun *Antigüedades judias*, XX, 38 49)

Sobre la peregrinación de la reina Helena a Jerusalén, véase anteriormente, p 31

6. El incidente de Antioquía

Es muy probable que Lucas haya reunido en el c. 15 de los Hechos dos acontecimientos distintos:³ la decisión de no circuncidar a los paganos convertidos y una norma práctica destinada a facilitar la comunidad de mesa entre los cristianos de origen judío y los cristianos de origen pagano (Hech 15, 19-29). Efectivamente, lo que se ha llamado el incidente de Antioquía no se comprende a no ser que no se hubieran tomado antes estas decisiones prácticas.

La escena tiene lugar en Antioquía, en donde Pablo está preparando su segunda gira apostólica. Llega también Pedro que al principio no tiene dificultad en compartir la mesa con los paganos (convertidos); pero, después de llegar algunos de parte de Santiago, *“empezó a retraerse y ponerse aparte, temiendo a los partidarios de la circuncisión. Los demás judíos se asociaron a su ficción y hasta el mismo Bernabé se dejó arrastrar con ellos a aquella farsa”* (Gál 2, 12s). Sin entrar en comentarios pormenorizados, vamos a intentar comprender el trasfondo de la escena y los móviles de los diversos partidos.

Las leyes de pureza en su conjunto fueron conociendo en el judaísmo una interpretación cada vez más rigorista⁴. Era una reacción contra el tremendo peligro de asimilación que hacía correr a la fe la penetración del helenismo hasta el corazón mismo de Palestina. Por eso los diversos movimientos espirituales rivalizaban entre sí en esta materia: los esenios trataban incluso a los fariseos de “condescendientes” (*Himnos*, II, 16). A pesar de que la ley de Moisés no decía nada sobre ello, se introdujo la costumbre de prohibir las comidas con los paganos, por miedo a verse manchados con su presencia o con sus alimentos no **kasher**. Ya conocemos las reticencias de Pedro cuando la visión celestial le invitó a acudir a casa de Cornelio (Hech 10, 10-16). Al venir sobre Cornelio, el Espíritu Santo venció sus últimas vacilaciones (Hech 10, 47); pero la partida no estaba aún ganada del todo. Hubo

que convencer a los hermanos de Jerusalén y el irénico Lucas nos deja vislumbrar que la cosa no fue fácil (Hech 11, 1-18). Las mentalidades no cambian en un día y por su parte la comunidad de Jerusalén permanecerá fiel a las observancias judías. Pablo no se lo reprochará (cf. 1 Cor 9, 20; Rom 14: la actitud que hay que mantener con los “débiles”), pero no podrá admitir que se convierta una observancia libre en una cuestión de principio, dividiendo con ello a la iglesia: *“Cuando yo vi que no andaban a derechas con la verdad del evangelio, le dije a Pedro delante de todos: si tú, siendo judío, estás viviendo como un pagano y en nada como un judío, ¿cómo intentas forzar a los paganos a las prácticas judías?”* (Gál 2, 14). Lo que Pablo le reprocha a Pedro no es un error doctrinal, sino una falta de coherencia en la práctica, su pusilanimidad ante el grupo de presión judeo-cristiano.

“Nosotros éramos judíos de nacimiento, no de esos paganos pecadores, pero comprendimos que ningún hombre es rehabilitado por observar la ley, sino por la fe en Jesús mesías...”. El comienzo de este discurso contiene en germen toda la doctrina desarrollada en la carta a los romanos. Los privilegios de que han gozado los judíos (tienen la adopción, las alianzas, la ley, el culto...: Rom 9, 4) no pueden salvarles; la ley a la que consideran como “camino de vida” no hace más que aumentar su culpabilidad, ya que pecan con todo conocimiento de causa; el sentimiento de superioridad que tienen los judíos frente a los paganos les lleva derecho a la hipocresía... ¡Menuda acusación! ¡Sin matices ni componendas, como suele hacer Pablo! Los nubarrones del cuadro hacen resaltar el principio fundamental: sólo Jesucristo nos salva por la fe. ¿Cómo no evocar aquí aquellas numerosas intervenciones salvíficas de Jesús, marcadas todas ellas por la declaración: *“Vete, tu fe te ha salvado”*? Pablo condensa en términos generales lo que se formula de manera concreta en la tradición evangélica.

Se impone una conclusión: la comunidad en la mesa tiene que ser un signo de la unidad en la fe, de la unidad en una sola iglesia. Como dirá Pablo en su primera carta a los corintios: *“aun siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos y cada uno participamos de ese único pan”* (10, 17).

³ Véase *Los Hechos de los apóstoles* (Cuadernos bíblicos, 21) 45-47

⁴ Véase nuestro artículo *Pureté et impureté*: DBS, 9 508-528

Para continuar el estudio de este cuaderno...

Es considerable la literatura sobre Pablo. Nos limitamos a mencionar algunas obras más inmediatamente accesibles.

Hay muchas VIDAS DE SAN PABLO. Podemos citar las de J. HOLZNER **San Pablo, heraldo de Cristo** Herder Barcelona 1971 538 p ya antigua pero que tiene todavía actualidad. J. CANTINAT **Vie de saint Paul apôtre** Apostolat des Editions Paris 1964 366 p nos da lo esencial. G. BORNKAMM **Paul, apôtre de Jesus Christ** Labor et Fides Gêneve 1971 340 p es bastante crítica y nos ofrece el punto de vista de un teólogo luterano.

Para el CONTEXTO POLITICO SOCIAL ECONOMICO Y RELIGIOSO puede verse el excelente volumen I de la **Introduction a la Bible, N. T.**, t III *Au seuil de l'ère chrétienne* Desclée Paris 1976 con lo esencial y abundante bibliografía. J. L. VESCO **En Mediterranee avec l'apôtre Paul** Cerf Paris 1972 239 p libro precio

so que situa al apóstol en su contexto histórico. El n° 5 de *Le Monde de la Bible* (antiguamente *Bible et Terre Sainte*) Bayard Presse está dedicado al primer viaje de san Pablo hay anunciados más números.

Sobre los ESCRITOS DE PABLO Y SU PENSAMIENTO puede leerse el vol 3 de la **Introduction a la Bible, N. T.**, t III *Les lettres apostoliques* Desclée Paris 1977 336 p un poco austero. A. GEORGE **L'Evangile de Paul** (col

Foi vivante) Cerf Paris 1952 307 p algo antiguo pero con buenos planes de trabajo sobre las diferentes cartas. A. BRUNOT **Letres aux jeunes communautés** Centurion Paris 1972 307 p que se lee bien y hace querer a Pablo. El libro de L. CERFAUX **Itinerario espiritual de san Pablo** Herder Barcelona 1968 276 p constituye un buen resumen de las tres obras fundamentales que el autor ha dedicado a la iglesia: a Cristo y al cristiano en la teología paulina.

NOTA IMPORTANTE

Las páginas centrales del cuaderno original francés contienen recensiones de obras bíblicas e información local de escaso interés para el destinatario de lengua castellana. Por eso hemos decidido suprimirlas. Con todo hemos conservado la correlación original de páginas ade-

cuando incluso lo más posible, página en francés con página en castellano, para facilitar así el control de las citas de estos cuadernos indispensables ya en las publicaciones bíblicas españolas.

EL SEGUNDO VIAJE MISIONERO

Si Pablo se nos presenta como un intrépido aventurero, anhelando siempre plantar más lejos la cruz de Cristo, no deja de ser a su vez un prudente jefe de comunidad, deseoso de la perseverancia de los fieles. Por eso, después de pasar un período de descanso en Antioquía, propuso a Bernabé que lo acompañara *“a ver cómo están los hermanos en todas aquellas ciudades donde anunciamos*

el mensaje del Señor” (Hech 15, 36). A Bernabé le gustaba que les acompañara su primo Juan Marcos; Pablo no le perdonaba a aquel joven que hubiera retrocedido ante el peligro. De allí surgió una seria disensión (Hech 15, 39): Bernabé y Marcos partieron para Chipre, mientras que Pablo se hizo acompañar por Silas (o Silvano; véase p. 29).

1. Travesía del Asia Menor

Es evidente que a Lucas no le interesa mucho la primera parte del viaje por sus prisas en hacer a nuestros misioneros desembarcar en Europa. Por consiguiente, sólo podemos reconstruir el itinerario en sus líneas más generales. Para ir de Antioquía a Listra había que pasar por Tarso y por las “Puertas cilicias”, garganta salvaje cortada a pico a través de elevadas montañas.

“Todavía hoy —escribía E. Baumann en 1925— las rutas del Tauro conservan un salvajismo inquietante, cortadas en zigzags rápidos, precipitándose por encima del

abismo, estrechándose entre murallas perpendiculares que en ocasiones parecen tocarse. Detrás de unos picachos, se vislumbran nuevos picos de formas cónicas y caprichosas”. Todo ello era un buen refugio para los bandidos; los montañeros, por su parte, soportaban de mala gana la dominación de los romanos, como nos indica Tácito en este período (*Anales*, XII, 55).

En Listra, Pablo fue acogido en la familia de Timoteo e invitó a aquel joven a seguirle (Hech 16, 1-3). Será uno de sus más fieles colaboradores (cf. p. 29).

ESTANCIA IMPREVISTA ENTRE LOS GALATAS

La intención del apóstol era ir directamente a Efeso por la gran ruta del interior que sigue el valle del Meandro, pero, movido por el Espíritu Santo, Pablo recorrió la Frigia y la región gálata (Hech 16, 7), habitada por un pueblo hermano de los antiguos galos. En efecto, en el siglo III a. C., unas tribus celtas, después de haber despojado a Delfos, pasaron el Bósforo y se instalaron en la altiplanicie del Asia Menor, en la región de Ankara (la antigua Ancira). Su último rey Amintas legó sus estados a Roma que engrandeció la provincia de Galacia con las regiones limítrofes de Pisidia, Frigia y Licaonia... Como en su carta Pablo se dirige a los fieles con el nombre de "gálatas" (3, 1), podemos estar seguros de que recorrió el corazón del país y no sólo la Pisidia y la Licaonia, a las que había evangelizado en su primer viaje.

Deseoso de predicar el evangelio en las grandes ciuda-

des, desde donde pudiera irradiar alrededor (cf. 1 Tes 1, 8), Pablo no tenía seguramente la intención de detenerse en las aldeas del país gálata. Pero una grave enfermedad impidió sus proyectos. Con palabras conmovedoras, el apóstol recordará más tarde las delicadas atenciones que recibió (Gál 4, 14).

La enfermedad de Pablo no apartó a quienes le hospedaban de prestarle todos sus cuidados. Sin embargo, en el mundo antiguo la enfermedad se creía muchas veces que estaba provocada por los demonios, de los que había que preservarse; con esta intención escupían en tierra ante el enfermo (Gál 4, 14). Lejos de realizar aquel gesto de desaire, los gálatas se conmovieron por la predicación de Cristo en la cruz (3, 1) y su conversión entusiasmada fue seguida de múltiples intervenciones del espíritu (Gál 3, 2). Pablo conservará un grato recuerdo de esta misión imprevista y por eso sentirá mayor sorpresa del cambio de sus convertidos cuando pasaron por allí los predicadores judaizantes (Gál 3, 1-5; véase p. 67).

2. La misión en Macedonia

Las indicaciones zigzagueantes de Hech 16, 6-10 parecen reflejar las incertidumbres de Pablo sobre el camino que tenía que tomar. El grupo paulino, al que se había añadido Lucas (cf. el "nosotros" de Hech 16, 10), se embarca en Tróade y después de dos días de travesía desembarca en Neápolis y sigue la vía Egnatia hasta Filipos.

FILIPPOS

En Filipos, Pablo penetraba por primera vez en una colonia romana, fundada para acoger a los veteranos de Octavio. Fue en sus alrededores, en el año 42 a. C., donde el futuro Augusto y Antonio habían vencido a las tropas republicanas de Casio y de Bruto.

Por ser colonia romana, Filipos gozaba de considerables ventajas administrativas. Por disfrutar de los mismos estatutos que una ciudad de Italia, elegía sus propios magistrados. Los ciudadanos estaban orgullosos de ello y

Pablo parece aludir a este hecho cuando habla de que "somos ciudadanos del cielo" (Flp 3, 20).

Reflejo de la historia de la ciudad, cohabitaban pacíficamente en ella los cultos más variados, como atestiguan los 150 relieves grabados en las paredes de su acrópolis. Se veneraba a los antiguos dioses de la región, especialmente a Dionisos, el dios del vino, y a Bentis (= Artemisa), la diosa de la caza, pero también a todos los dioses del panteón grecorromano, sin olvidar a Roma y a Augusto, y a las divinidades egipcias, como Isis y Serapis. La creencia en la supervivencia después de la muerte parece haber estado más extendida en Filipos que en otras ciudades.

Al llegar a Filipos, Pablo se puso en contacto con sus correligionarios. Eran por lo visto poco numerosos. Como no tenían derecho a construir una sinagoga dentro del recinto de la colonia, sólo disponían de un modesto lugar de oración, cerca de una acequia para realizar las abluciones, más allá del Arco Triunfal que, en una colonia, simbolizaba los privilegios municipales. Una rica propietaria, comerciante de púrpura, Lidia, natural de Tiatira (Asia Menor), se mostró especialmente atenta a la predicación de Pablo e insistió en darle hospedaje (Hech 16, 11-15).

No tenemos muchos datos sobre la duración de la misión de Pablo; el dinamismo de la comunidad de Filipos nos hace pensar en una estancia de varios meses por lo menos. La mención de los “episcopos y diáconos” en Flp 1,1 demuestra el espíritu de organización de los fieles: ¿no habrá que reconocer en ello el espíritu romano? Por otra parte, los filipenses demostraron siempre al apóstol una fidelidad y un afecto que le obligaron, a pesar de sus habituales escrúpulos, a aceptar en varias ocasiones su ayuda económica (Flp 4, 10-16).

No obstante, la tempestad estalló pronto, como nos indica Lucas con la curiosa historia de la esclava pitonisa, que echaba a la gente la buena ventura. Después de que Pablo exorcizó al demonio de que estaba poseída, sus amos se irritaron por la pérdida de sus ganancias y denunciaron al apóstol ante los magistrados locales (*strategoí*), con el desdén acostumbrado entre los romanos en sus relaciones con los judíos: “*Estos hombres están alborotando nuestra ciudad. Judíos como son, predicando enseñando costumbres que nosotros no podemos aceptar ni practicar siendo como somos romanos*” (Hech 16, 20s). Si la religión judía estaba autorizada en el imperio y era tolerado el proselitismo, estaba sin embargo prohibido a los judíos propagar su religión entre los romanos. Los magistrados tomaron la cosa en serio, mandaron azotar a los acusados y los metieron en la cárcel. En un relato denso de colorido, Lucas evoca los cánticos de los prisioneros, el terremoto que les abrió las puertas, el temor del carcelero y su conversión. Pablo no quiso salir de la ciudad sin haber recibido antes las excusas de las autoridades. Al parecer, Lucas se quedó en Filipos donde lo volveremos a encontrar en el tercer viaje (cf. Hech 20, 5-15).

TESALONICA

Siguiendo por la vía Egnatia, Pablo, Silas y Timoteo llegaron a Tesalónica, la ciudad más importante de Macedonia, construida como un teatro griego sobre los contrafuertes del monte Khortiatis encima del golfo termáico. Conquistada por los romanos el año 168 a. C., Tesalónica recibió la autonomía interna el año 42. Ciudad libre, estaba administrada por un consejo (*boulè*), elegido por la asamblea del pueblo; el consejo estaba presidido por los *politarcas* (Hech 17, 5s), en número de cinco o seis. Era una población muy abigarrada: a los macedonios de origen se habían añadido griegos y romanos, judíos y orientales. La comunidad judía era importante, ya que los

Hechos nos hablan de una sinagoga, mientras que en Filipos se habla solamente de una casa de oración.

Al cosmopolitismo de la ciudad correspondía la multiplicidad de religiones. Lo mismo que en Filipos, los dioses indígenas tenían buenas relaciones de vecindad con los dioses grecolatinos y las divinidades orientales. Señalemos que el culto a Dionisos era original de Macedonia; fue allí donde Eurípides escribió su última tragedia, las *Bacantes*, en donde celebra la omnipotencia del dios. Culto a las fuerzas de la naturaleza, la religión dionisiaca presentaba en sus orígenes rasgos sorprendentes: “los seguidores del dios... salen de sí mismos, son poseídos por la divinidad. De noche, dejando sus hogares, se lanzan hacia la montaña al esplendor de las antorchas, al sonido de flautas y tambores, danzan en corro, olvidándose de todo, hasta que la locura se apodera de ellos. Se imaginan que ven correr fuentes de leche y miel” (*Bacantes*, 699-711).

La Grecia clásica sólo aceptó este culto después de haberlo humanizado, pero le dejó su carácter de éxtasis colectivo y despersonalizante. Para representar la felicidad de ultratumba, los escultores multiplicaban las escenas dionisiacas en las estelas y los sarcófagos. Una inscripción de Macedonia nos da algunos datos sobre la esperanza ligada a aquellas prácticas: “Vuelto a la vida, vives en medio de prados floridos, donde te acoge la tropa de los sátiros, los mystas (= iniciados) de Baco marcados con el sello sagrado y las náyades portadoras de cestos, para que detrás de las antorchas puedas unirte al cortejo festivo”.¹

Fundación de la comunidad

Según su costumbre, Pablo se dirigió a la sinagoga; lo mismo que en Antioquía de Pisidia, demostró por las escrituras que Jesús el crucificado es ciertamente el mesías (Hech 17, 1-3). Le dejaron hablar durante tres sábados seguidos, pero luego lo expulsaron. Los prosélitos le acogieron con agrado y en aquella naciente comunidad Pablo reclutó algunas personas de la alta sociedad, entre ellas algunas damas y Jasón, lo suficientemente conocido por los politarcas para que le dejaran en libertad bajo fianza suya (Hech 17, 8).

En adelante, Pablo se consagró al apostolado en ambiente pagano; trabajaba con sus propias manos (1 Tes 2, 9), aunque recibió también una ayuda de los hermanos

¹ F. Cumont, *Lux Perpetua* Paris 1949, 255

de Filipos (Flp 4, 16). En esta ciudad idólatra predica ante todo “al Dios vivo y verdadero” (1 Tes 1, 9), al Dios único, a ese Dios al que hay que “servir” y no solamente “honrar”, como pensaban los griegos. Una vez asentado el fundamento monoteísta, Pablo llega al contenido específico de la fe cristiana, con un acento escatológico que caracteriza a aquel primer período de la teología del apóstol. Se trata de “aguardar la vuelta desde el cielo de su Hijo al que resucitó de la muerte, de Jesús, el que nos libra del castigo que viene” (1 Tes 1, 10). Ya Juan bautista había amenazado a sus oyentes con la cólera venidera (Lc 3, 7). Pablo se apoya en las amenazas apocalípticas tradicionales para subrayar el papel salvador de Jesús. Es él el que intervendrá en favor de los suyos en el momento del juicio. Se adivina también con qué ardor espera Pablo la vuelta del maestro. Lo mismo que en Jerusalén, se invita a los fieles a cantar el *Maranatha!* ¡Ven, Señor Jesús! La predicación escatológica de Pablo tendrá sin embargo un efecto que él no se esperaba: si la parusía está ya tan cerca, ¿para qué trabajar? Pablo tendrá que llamar enérgicamente al orden a los holgazanes (1 Tes 4, 11; 2 Tes 3, 6-12). Enseñado por la experiencia, evitará a continuación el riesgo de provocar ese desorden.

En aquel puerto tan animado por donde desfilaban tantos charlatanes, Pablo tuvo interés en dejar bien sentado el carácter específico de su apostolado (1 Tes 2, 1-12). Desinterés, pureza doctrinal, afecto tierno y delicado: éstos son los signos para reconocer el verdadero enviado de

Dios. Vale la pena comparar este cuadro con el que trazará poco más tarde Epicteto (recuadro de la p. 22). No es posible infravalorar la nobleza de ánimo del esclavo filósofo; sin embargo, la doctrina de la *apatheia* (indiferencia), tan cara a los estoicos, ¿no confiere a su austera virtud una nota de inhumanidad, mientras que Pablo se nos entrega con toda la espontaneidad de un alma apasionada que se da por entero a los que él mismo ha engendrado a la vida de Cristo? (cf. 1 Cor 4, 15).

El éxito de la predicación de Pablo provocó una viva oposición entre los judíos (cf. 1 Tes 2, 14-16). Acusaron ante los politarcas a Pablo y a sus compañeros de actuar en contra de los edictos imperiales, pretendiendo que había otro rey, Jesús (Hech 17, 6s). Se trataba de una acusación muy hábil, ya que presentaba al apóstol como perturbador del orden público, como partidario de un rey enemigo del pueblo romano. Bajo el mando de un emperador tan suspicaz como Claudio, los politarcas no podían permanecer indiferentes; se contentaron sin embargo con una fianza para dejar en libertad a Jasón y a los demás inculpados, mientras que Pablo, Silas y Timoteo se marchaban cuanto antes, preocupados por el cariz que tomaban los acontecimientos. Se comprende que a partir de entonces el apóstol se mostrara discreto sobre el tema de la realeza de Jesús y que no dejara de insistir a continuación en la obediencia debida al poder establecido (Rom 13, 1-7).

3. La predicación en Atenas

En Berea, ciudad del interior, Pablo encontró una acogida favorable, pero pronto le persiguieron también allí los judíos de Tesalónica. Los hermanos consideraron prudente enviar a Pablo a Atenas, mientras que Silas y Timoteo se quedaban en el lugar (Hech 17, 10-15).

Pablo menciona una vez solamente el nombre de Atenas en sus cartas (1 Tes 3, 1). Lucas, por el contrario, nos ha dejado en los Hechos un cuadro muy estudiado de la actividad de Pablo en aquella ciudad tan renombrada. No cabe duda de que escogió este teatro para la confrontación entre el mensaje evangélico y la sabiduría pagana.

Cuando Pablo desembarcó en Atenas, la ciudad había decaído no poco en su importancia política. Sometida a Roma desde el año 168 a. C., gozaba del estatuto de ciudad aliada (*civitas foederata*). Era en el terreno de las artes y de la filosofía donde Atenas conservaba su preeminencia.

Entre las escuelas filosóficas que se repartían el prestigio intelectual de la época, Lucas nos recuerda a los epicúreos y a los estoicos (Hech 17, 18). Como Pablo tuvo que enfrentarse con frecuencia con sus teorías, conviene presentarlos brevemente.

EPICUREOS

Epicuro había nacido en Atenas en el momento en que Grecia se veía sometida a la autoridad de Macedonia. Cuando las conquistas de Alejandro pusieron fin al sistema social y político de la ciudad, el hombre se encontró solo ante un horizonte que se había ampliado bruscamente. Ante el fracaso de las instituciones tradicionales, Epicuro buscó la felicidad del sabio en la ausencia de preocupaciones (*ataraxia*) y en el placer. Para ello había que disipar todos los falsos temores que pesan sobre el hombre: miedo al destino, miedo a la muerte, miedo a los dioses. Sin embargo, Epicuro no era un ateo; para él, los dioses existen en los espacios etéreos, aunque se cuidan mucho de intervenir en el curso de este mundo tan bajo, regido por las leyes implacables del azar y de la necesidad. Según una concepción física que Lucrecio se encargó de divulgar en el mundo latino, el universo se explica a partir de unos átomos que caen en el vacío y se unen fortuitamente por algún tiempo unos con otros. Seméjante representación del mundo no impedía a Epicuro practicar con piedad los cultos tradicionales y pensar incluso que los dioses aceptaban la amistad de los sabios que compartían su desprendimiento (*ataraxia*) frente al mundo.

Formada de átomos sutiles, el alma se disipa en el momento de morir, de forma que no hay nada que temer después de la vida. *“La muerte que se presenta como el más terrible de todos los males no es más que una quimera, ya que no es nada mientras existe la vida y, cuando se presenta, el alma ya no existe; por eso no tiene ningún poder ni sobre los vivos ni sobre los muertos; aquéllos no sienten todavía sus golpes y éstos, como no existen, están también al abrigo de sus amenazas”* (Epicuro, **Carta a Meneceas**).

Por haber invitado a los hombres al “placer”, se le ha convertido en patrono de los libertinos. Se trata de un grave contrasentido, ya que el placer que predica Epicuro es el fruto austero de una vida desprendida, en la que el hombre procura contentarse con lo estrictamente necesario, en compañía de unos cuantos amigos. Esto no impide que, en tiempos del poeta Horacio, lo mismo que en tiempos de san Pablo, no faltaran los “cerdos de Epicuro”, para quienes la vida no tiene más finalidad que disfrutar de los placeres y los amores sensuales. Es esta conducta la que tiene en cuenta Pablo en 1 Cor 15, 32: “Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos”.

ESTOICOS

Contemporáneo de Epicuro, Zenón, fundador del estoicismo, tiene una actitud diametralmente opuesta². Mientras que el primero es un ateniense de vieja estirpe, Zenón es un extranjero, nacido en Kitión (Chipre). Predica claramente un sistema filosófico que pone al hombre en armonía con el cosmos y lo convierte en ciudadano del mundo. *“No hemos de vivir aquí abajo distribuidos en ciudades y en demos (= pueblos), separándonos unos de otros y utilizando cada uno su propio derecho, sino que debemos considerar a todos los hombres compañeros nuestros y paisanos de nuestra ciudad; que sea único el género de vida, ya que el mundo es único, lo mismo que un rebaño que padece juntamente en los mismos pastos, regido por una misma ley”*.

El estoicismo representa un sistema fuertemente ligado: la lógica, la física, la moral, la metafísica, se relacionan con la concepción del logos divino que penetra todo el universo y asegura la cohesión del conjunto. Este logos es concebido como un “soplo de fuego” que es la fuente del dinamismo de los seres. La moral consiste para el hombre en “vivir según la naturaleza”, en conformarse con la ley suprema del cosmos. El padre Festugière ha hablado a este propósito de una “mística del consentimiento”³. En sus orígenes, el estoicismo es panteísta, ya que el logos divino se confunde con el mundo al que anima. Sin embargo, el estoicismo fue evolucionando y es preciso reconocer en Cleantes un auténtico sentimiento religioso.

En contra de Aristóteles que juzgaba la esclavitud como situación natural y veía en el esclavo un simple instrumento animado, Zenón sostiene la dignidad de cada individuo, en virtud de esa chispa del logos divino que está presente en él. El verdadero esclavo no es el que piensa la gente, sino el que se hace cautivo de sus propios deseos y acepta las cadenas de las necesidades exteriores. Para adquirir la libertad, hay que desprenderse no solamente de lo que es malo, sino de todo lo que es indiferente. A los estoicos les gusta repetir que sólo el sabio es rey. Su doctrina contribuirá a cierta mitigación de las

² E des Places, *La religion grecque*, 262-268

³ A J Festugière *La révélation d'Hermès Trismégiste*, t II *Le Dieu cosmique* Paris 1949, 325s. Es muy elocuente una oración de Cleantes: *Guíame oh Zeus, y tú, Destino mio, elocua el lugar que vuestros decretos me asignan. Yo seguiré sin murmurar. Si me niego seré un malvado, y tendré que seguir a pesar de todo*

condiciones de la esclavitud en el mundo grecorromano, pero no a su supresión. Al menos, este amplio sentido de la solidaridad humana que anima al estoicismo, en cuanto filosofía del cosmos, preparaba los caminos al universalismo del evangelio. Por eso en su exposición sobre los miembros del cuerpo (1 Cor 12, 14-26) Pablo se inspiró en una fábula muy conocida por los estoicos.

Esta moral del esfuerzo, del dominio de sí mismo, encontró abundantes ecos entre los latinos, más dispuestos a la reflexión moral que a la especulación metafísica. Por eso Séneca, preceptor de Nerón y contemporáneo de Pablo,⁴ desarrolló esta tesis en sus **Cartas a Lucilio** y en otros tratados que tuvieron mucha influencia sobre su época y sobre el renacimiento. Citemos un extracto muy significativo: *“La libertad no consiste en no soportar nada, no nos engañemos. La libertad consiste en situar nuestro ánimo por encima de las injurias, en portarnos de tal manera que las razones de alegrarnos vengan de nosotros solos, en apartar de nosotros las cosas exteriores para no tener que llevar esa vida preocupada de los hombres que temen las burlas y las críticas de todo el mundo... No verse vencido, ser alguien contra el que la fortuna no puede nada, es pertenecer a la república del género humano”* (**De la constancia del sabio**, 19).

Sobre la muerte y la supervivencia fue evolucionando la doctrina de los estoicos. El marco general de su pensamiento es que nuestro mundo no tiene más que una duración limitada. Al cabo de cierto tiempo, el cosmos se disolverá en medio de una conflagración universal (cf. 2 Pe 3, 7s), para emprender a continuación un ciclo rigurosamente semejante al anterior. No puede haber entonces supervivencia del alma individual más que hasta el momento de la conflagración universal. Para algunos estoicos, el alma del sabio podrá perdurar hasta esa fecha gracias a su tonalidad especial que mantendrá la coherencia de sus elementos. Para otros, la supervivencia es más limitada; para la gente común, el alma se disipa en la atmósfera en el momento de morir.⁵ La felicidad del sabio consiste en la contemplación de los astros. Bajo la influencia también del neopitagorismo, la religión astral se convertirá en la forma más elevada del sentimiento religioso al comienzo de la era cristiana.

Filosofía de la providencia, del orden y del esfuerzo, el estoicismo ofreció el marco dentro del cual muchos santos padres expresaron de buena gana su fe. Hay sin embargo una diferencia fundamental que separa al cristianismo de la más elevada de las filosofías antiguas: al culto de la razón y del esfuerzo humano se opone la religión de la gracia⁶.

EL DISCURSO DE PABLO EN EL AREOPAGO

(Hech 17, 22-31)

Según Lucas, Pablo no mostró mucho aprecio de aquellas obras maestras que convertían a Atenas en una ciudad museo, ya que en todas las estatuas no veía más que ídolos ignominiosos. Al contrario, ¿cómo no iba a sentirse atraído por el encanto de aquella población acogedora, ávida de novedades y amiga de los buenos discursos? Al predicar la resurrección, Pablo se presentó como un predicador de divinidades extranjeras. Al utilizar esta expresión, ¿no insinuará Lucas que para Pablo se trataba de renovar el mismo proceso que llevó a Sócrates a beber la cicuta? En todo caso, los tiempos habían cambiado mucho; en la Atenas del siglo I, que había visto cómo se sucedían tantos sistemas bajo la mirada impassiblemente joven de Atena, las pasiones se habían ido calmando. Pablo recibe la invitación de explicarse ante el consejo del Areópago. Formada por ancianos arcontes, esta asamblea estaba encargada de velar por el mantenimiento de las tradiciones y el buen orden de las “escuelas”, o de la universidad, como diríamos nosotros. El episodio debió tener lugar, no ya en la colina del Areópago, sino más cómodamente en el pórtico real del Agora.⁷

Pablo se puso en plan elocuente, como hará más tarde delante de Festo y de Agripa (Hech 26). Con una certera *captatio benevolentiae*, felicita a los atenienses por ser “en todo extremadamente religiosos” (Hech 17, 22); se apoya a continuación en una dedicatoria “a los dioses desconocidos”, transformada hábilmente en dedicatoria “al Dios desconocido”, para introducir su mensaje.

⁴ P. Benoit, *Sénèque et saint Paul* Revue Biblique (1946) 7-35 en *Exégèse et Théologie*, t II, 383-414

⁵ R. Hoven, *Stoicisme et Stoiciens face au problème de l'au-delà* Paris 1971

⁶ M. Spanneut, *Permanence du Stoicisme De Zénon a Malraux* Gembloux 1973 135-138

⁷ Para el trasfondo griego, cf. E. des Places o. c., 329-361, para el trasfondo bíblico A. M. Dubarle, *La manifestation naturelle de Dieu d'après l'Écriture* Cerf, Paris 1976, 155-200

Cabe una doble lectura de este texto. Se puede subrayar especialmente la cita de los poetas griegos, Epiménides y Arato,⁸ y pensar que el apóstol intenta dar una lección de filosofía religiosa dentro del marco del pensamiento estoico. En sentido contrario, se señala que varias expresiones, como la descendencia de la humanidad a partir de un solo hombre (v. 26) y la crítica de los ídolos hechos por mano de hombre, son típicamente bíblicas.

¿Es preciso escoger entre estos dos tipos de explicación? Parece más bien que en esta “búsqueda” de Dios, que caracteriza a tantas filosofías antiguas, Pablo descubrió un “pre-sentimiento” de la búsqueda a la que el Dios de la revelación invita a todos los hombres para comuni-

carles su vida (por ejemplo, Am 5, 15; Is 55, 6; Jer 29, 13; Sab 1, 1-2; 6, 12-14...). Por consiguiente, este discurso debe leerse sobre ambos registros, en el de la sabiduría griega en lo que tiene de válido para el creyente, y en el del mensaje bíblico. Sin embargo, esta apologética sabia, en la que se inspirarán los padres del siglo II y especialmente san Justino, fracasará lamentablemente. La idea de la resurrección se interpretó como un contrasentido, como una negación del orden del cosmos.⁹ “*De esto te oiremos hablar en otra ocasión*”.

Así, pues, Pablo fracasó ante los sabios de Atenas, incapaces de sondear hasta el fondo de la miseria humana y de comprender el amor de Dios a sus criaturas.

4. Corinto

Deprimido por su fracaso en Atenas (cf. 1 Cor 2, 3), Pablo decidió dirigirse a Corinto, capital de la provincia senatorial de Acaya¹⁰. Pasó por el istmo, en donde todos los años tenían lugar los célebres juegos en honor de Poseidón, el dios del mar. Se acordará de ellos cuando en la carta 1 Cor evoque los esfuerzos de los corredores del estadio o de los pugilistas (9, 24-27).

LA CIUDAD

¿Cómo no iba a sentirse atraída su atención por aquel admirable tráfico del *diolkos*, aquella hendidura de 6 km. de larga que permitía a los barcos pasar del golfo Sarónico al golfo de Corinto, sin tener que dar una vuelta peli-

grosa al Peloponeso? Las barcas eran levantadas sobre entarimados especiales; descargados de su peso, los navíos más importantes se deslizaban sobre troncos de árboles. Puede imaginarse la agitación que reinaba por doquier, con decenas de hombres tirando de las cuerdas para hacer avanzar sus pesadas cargas.

El istmo está dominado por el Acrocorinto, el “cerrojo de Grecia”, como dice Estrabón. Ciudadela inexpugnable en tiempos de guerra, era habitualmente un lugar de peregrinación para los fieles de Afrodita, esa extraña diosa de la guerra invocada antiguamente por las mujeres para que sus esposos se mostraran valientes frente al enemigo, y que pasó a ser luego la diosa del amor, de la que se espe-

⁸ Arato es un poeta del siglo III a C. natural de Cilicia. En una perspectiva estoica escribió un poema sobre los *Fenómenos del cielo*, como prueba de la providencia divina. Citemos los primeros versos en los que pudo inspirarse Pablo: “Que todo canto comience por Zeus! No dejemos nunca mortales su nombre sin alabanza. Todo está lleno de Zeus: las calles y plazas donde se reúnen los hombres, el vasto mar y los puertos, a cualquier sitio adonde vayamos, todos necesitamos de Zeus. Por eso *somos de su raza*” (cf. A. J. Festugiére *o. c.*, 338s).

⁹ Dios no puede hacer nada vergonzoso ni quiere nada contrario a la naturaleza. Puede ciertamente conceder al alma una vida inmortal, pero, como dice Heráclito, los cadáveres deben rechazarse más que el estiércol. Por tanto, Dios no puede querer una carne llena de eso que no puede nombrarse decorosamente ni puede hacerla inmortal contra toda razón. El mismo es la razón de todo cuanto existe: por tanto, no puede hacer nada contra la razón ni contra el mismo. (Celso citado por Orígenes, *Contra Celsum*, V 14)

¹⁰ Sobre las excavaciones y la historia de Corinto, véase F. J. de Waele *Corinthe* (col. *Les hauts lieux de l'histoire*) Paris 1961

raba la fecundidad por medio de ritos sexuales, comunes en el próximo oriente, pero no en Grecia. Su templo estaba atendido por innumerables hieródulas (se habla de mil), que vendían sus encantos por la gloria de la diosa y el mantenimiento de su templo. No se trataba de vulgares prostitutas, como las que habría seguramente en buen número en los barrios bajos de ambos puertos. Eran personajes oficiales, con derecho a un sitio reservado en los teatros, como atestiguan las inscripciones grabadas en algunos asientos. ¿Cómo dar a comprender en este ambiente la enseñanza cristiana sobre la castidad?

De la célebre ciudad de Corinto de los tiempos clásicos no queda ya más que el templo de Apolo con sus admirables columnas dóricas; hay todavía siete que se elevan hasta el cielo, las únicas que han respetado los numerosos terremotos que ha padecido aquella región. Otro cataclismo, más terrible todavía, se había abatido sobre ella el año 146 antes de nuestra era. Celoso de la prosperidad económica de Corinto, el senado de Roma había ordenado destruir por completo la ciudad y prohibido su reconstrucción. Por tanto, cuando el año 44 a. C., Julio César decidió erigir allí una colonia (*Laus Julia Corinthus*), sólo había un campo de ruinas. A los colonos latinos se unieron rápidamente habitantes de todos los rincones, griegos y orientales. La cifra de 500.000 habitantes que se suele dar para la época de que hablamos parece algo exagerada, pero lo cierto es que Corinto era una gran ciudad con una fuerte proporción de esclavos. La inscripción funeraria de Junia Teodora (véase el recuadro) nos permite conocer la organización de la colonia, con sus arcontes, su consejo y su asamblea del pueblo (*ekklésia*). Al mismo tiempo, nos informa sobre las relaciones comerciales de Corinto con el Asia Menor.

Gracias a la descripción de Pausanias (siglo II de nuestra era), podemos también conocer a los pretendidos dioses y señores a los que alude irónicamente Pablo en 1 Cor 8, 5. Además de los grandes templos dedicados a Apolo y a Afrodita, la ciudad contaba con seis santuarios dedicados a otras divinidades griegas —entre ellas a Esculapio, el dios de la salud—, veinte estatuas levantadas en las plazas, cinco templos o espacios sagrados dedicados a los “señores” de las religiones de misterios; en esos recintos era donde se celebraban los banquetes sagrados en honor de los dioses (de ahí el caso de conciencia que se presenta en 1 Cor 10, 20-22).

En esta ciudad medio romana y medio griega fue a evangelizar Pablo, consiguiendo un fructuoso apostolado.

DURACION DE LA ESTANCIA DE PABLO

Para establecer la fecha y la duración de la estancia del apóstol disponemos en los Hechos de dos datos muy valiosos.

SOBRE LA TUMBA DE UNA ROMANA

Junia Teodora, romana residente en Corinto, era allí la representante comercial de las ciudades de Licia (provincia del suroeste del Asia Menor). Por este título se le concedieron en el año 43 p. C. cinco decretos honoríficos que quedaron grabados sobre su tumba en Corinto. He aquí algunos extractos del cuarto

La confederación de licios y sus arcontes a los arcontes de Corinto, al consejo y a la asamblea del pueblo Salud

Del decreto honorífico dado en favor de Junia Teodora, residente entre vosotros, decreto que le concede poder ser coronada con una corona de oro y la ofrenda de un retrato para su apoteosis después de su muerte, os hemos enviado una copia legítima da por el sello público, a fin de ponerlos al corriente del mismo

Se enumeran a continuación las obras realizadas por Junia en favor de los licios:

Teniendo además en cuenta que muchos de nosotros, desterrados, han sido acogidos por ella con magnificencia y que por el testamento que ella ha redactado manifiesta su solicitud. .

Por todo ello la confederación licia decide conceder la aprobación y el elogio . , enviarle una corona de oro y cinco minas de azafrán para el momento en que llegue a presencia de los dioses , así como un retrato pintado sobre fondo de oro, y hacer grabar la siguiente inscripción ..

En “**Bulletin de correspondance hellénique**” (1959) 496-508

} (Sobre la importancia del **elogio** público en la vida antigua, cf. Rom 13, 3).

a) **A su llegada a Corinto**, Pablo trabaja en casa de Aquila y Priscila, un matrimonio de comerciantes judíos, expulsados de Roma después de una decisión del emperador Claudio, que Suetonio nos refiere con estos términos: *Judaeos impulsore Chresto assidue tumultuantes Roma expulit* (*Vida de Claudio*, 25 = Como los judíos se sublevaban continuamente, instigados por cierto Crestos, los echó de Roma). Dado que en aquella época la *e* se pronunciaba como *i*, se suele reconocer detrás de ese Cresto a **Cristo**, a propósito del cual habían surgido discusiones clamorosas en las sinagogas de Roma: un dato precioso sobre la primera penetración de la fe en la ciudad eterna, mucho antes de la llegada de los apóstoles Pedro y Pablo.¹¹ Las medidas de expulsión tomadas por Claudio no parece que tuvieran repercusiones duraderas; cuando llegó Pablo prisionero, se encontró allí con numerosos compatriotas.

b) **Al final de su estancia en Corinto**, Pablo fue llevado por los judíos ante el tribunal del procónsul Galión (Hech 18, 12). Hermano de Séneca, el filósofo preceptor de Nerón, Galión nos es muy conocido por los textos profanos que elogian la afabilidad de su carácter. Sin embargo, no hay ningún texto literario que señale la fecha de su proconsulado; su nombre se conserva, no obstante, en una inscripción monumental encontrada en Delfos, aunque la mutilación del documento hace su interpretación bastante delicada. Durante mucho tiempo se creyó que se trataba de una carta del emperador Claudio al mismo Galión, a propósito de la ciudad de Delfos; estudiando algunos pequeños fragmentos preteridos hasta ahora, A. Plassart¹² ha llegado a conclusiones diferentes: se trata de una carta de Claudio a un sucesor de Galión, sin duda para contestar a una pregunta o consulta del mismo. Como se trata de un documento clave para determinar la cronología paulina, damos la traducción tal como nos la ofrece A. Plassart: *“Tiberio Claudio César Augusto Germánico, sumo pontífice, en su 12ª (o 11ª) función tribalicia, saludado emperador por 26 veces, cónsul por quinta vez, padre de la patria, censor..., largo tiempo lleno de*

benevolencia y desde el principio lleno de afecto con la ciudad de Delfos, he promovido siempre el culto a Apolo pitico... Se dice ahora que hasta las quejas de los ciudadanos... Junio Galión, mi amigo y procónsul de Acaya... Te ordeno que...”

Según la titulación imperial, la carta de Claudio está fechada en la primera mitad del año 52. Pues bien, en una provincia senatorial como Acaya los gobernadores eran nombrados normalmente para un año y tenían que dejar Roma en abril para marchar a su puesto. Como en la primavera del año 52 Galión no era ya procónsul de Acaya, ha de fijarse su llegada en abril del año 50 o en abril del año 51, y la acusación de los judíos contra Pablo poco tiempo después de su llegada. Como la estancia de Pablo duró más de dieciocho meses (Hech 18, 11), podemos indicar para la misma, con un margen de error de un año, el invierno del 49 o del 50 al verano del 51 o del 52.

LAS FASES DEL APOSTOLADO DE PABLO EN CORINTO¹³

a) **Entre los judíos**: según su costumbre, Pablo se dirigió primero a la sinagoga; conocemos su emplazamiento gracias a una inscripción encontrada cerca del arco de triunfo, en la vía del Lecaión, en pleno centro de la ciudad. Signo de la importancia de la comunidad judía.

Pablo se encontraba solo, deprimido después de su fracaso en Atenas (1 Cor 2, 1-3). Encontró trabajo como tejedor en casa de Aquila y Priscila. Llega entonces Timoteo, portador de buenas noticias de Tesalónica: *“En medio de todos nuestros aprietos y dificultades, vosotros con vuestra fe nos animáis; ahora me siento vivir, sabiendo que os mantenéis fieles al Señor”* (1 Tes 3, 7-8).

Las pruebas a las que aquí alude Pablo provienen de la oposición cada vez más viva que encuentra en la sinagoga (Hech 18, 6-7). En estas circunstancias es cuando escribe a los tesalonicenses una carta de gratitud y de estímulo, que encierra también un pasaje de los más duros contra los judíos que se oponen por todas partes a la predicación a los paganos (1 Tes 2, 14-16).

b) **Entre los paganos**: expulsado de la sinagoga, Pablo se instala en casa de Ticio Justo y se entrega a un apostolado fructuoso entre los paganos. Lucas nos habla de una

¹¹ Véase *Origine de l'église de Rome*: Bible et Terre Sainte, n.º 94 (julio-agosto 1967).

¹² A. Plassart, *L'inscription de Delphes mentionnant le proconsul Gallion*: Rev. des Etudes Grecques 80 (1967) 372-378.

¹³ Para más detalles, ver *Las cartas a los corintios* (Cuadernos Bíblicos, 22). Estella 1978.

visión alentadora: *"No temas, sigue hablando y no te calles..., porque muchos de esta ciudad pertenecen a mi pueblo"* (Hech 18, 9-10). Pablo se mostró siempre reticente a la hora de hablar de las gracias místicas que había recibido y nunca las puso en el mismo plano que a la aparición de Cristo en el camino de Damasco. Sin embargo, descurre a veces el velo, como en 2 Cor 12: *"¿Hay que presumir? No se saca nada, pero pasaré a las visiones y revelaciones del Señor"*. Arrebató al tercer cielo, catorce años antes de la redacción de 1 Cor, esto es, alrededor del 42-43, antes de partir para el primer viaje. Revelación sobre todo de que la debilidad humana no constituye ningún obstáculo para la obra de Dios. Como Pablo pedía con insistencia que se alejara de su carne el aguijón de Satanás, el Señor le respondió: *"Te basta con mi gracia, la fuerza se realiza en la debilidad"* (2 Cor 12, 9).

La comparecencia de Pablo ante Galión se desarrolló en la plaza pública en donde se levantaba el estrado (*bèma*) del procónsul. Se ha encontrado su emplazamiento. Se trata de una construcción monumental en piedra, decorada de columnas rostrales como en Roma. Galión se negó a escuchar la acusación de los judíos: *"Judíos, si se tratara de un crimen o de una fechoría grave, sería razón escucharos con paciencia; pero si son cuestiones de doctrinas y de esa ley vuestra, allá veréis vosotros. Yo no quiero meterme a juez de esos asuntos"* (Hech 18, 15).

Algunos autores han visto en esta respuesta una señal del profundo desprecio de los romanos por los judíos. ¿No declara también Séneca, hermano de Galión: *"Las costumbres de esa nación tan criminal (sceleratissimae gentis) han tomado tanta fuerza que actualmente las acogen todos los países; los vencidos han impuesto sus leyes a los vencedores"*? (citado por san Agustín, **Ciudad de Dios**, VI, 11). Por su parte, Lucas no se interesa por los sentimientos personales de Galión, sino por el tenor de su declaración; reflejando el punto de vista de una persona ajena, piensa que la comunidad cristiana está relacionada con el judaísmo y que puede por ese título gozar del estatus de religión autorizada (*religio licita*).

La actitud de Galión se comprende perfectamente si se piensa que, en la Grecia helenista, las asociaciones ocupaban un lugar importante y que Roma tenía como norma respetar las costumbres regionales con tal de que no pusieran en peligro la seguridad del estado. Para comprender la organización de la iglesia primitiva y también ciertas dificultades propias de la comunidad de Corinto,

conviene por tanto señalar la naturaleza de la vida asociativa en la sociedad de entonces.

LAS COFRADIAS RELIGIOSAS EN EL MUNDO GRIEGO

En tiempos de san Pablo, todas las ciudades griegas o helenizadas contaban con numerosas asociaciones.¹⁴ Unas tenían carácter profesional (vgr. la de orfebres en Efeso: Hech 19, 25), pero se ponían bajo la protección de alguna divinidad, lo mismo que hacían con sus patronos nuestras corporaciones medievales; otras eran de carácter deportivo (como las de los éfebos que asistían al gimnasio) o artístico (agrupación de la gente de teatro bajo la protección de Dionisos); otras, finalmente, tenían un carácter más directamente religioso, lo cual no excluía ni mucho menos el aspecto recreativo, ya que los sacrificios ofrecidos a un dios eran ocasión de festejos y expansiones de gozo.

Es distintivo de estas asociaciones su carácter voluntario. Se entraba en ellas por propio deseo, para encontrarse con un pequeño círculo de amigos. Las asociaciones religiosas más antiguas de Atica agrupaban a miembros de un mismo demo (= fracción de una tribu), para honrar a una misma divinidad. A partir del siglo IV a. C., aparecen en el Pireo asociaciones de extranjeros agrupados para honrar a su dios nacional, por ejemplo Cibeles, la Madre de los dioses (de origen frigio), o la Bendis tracia. Las cofradías más populares eran llamadas *eranoi*, una palabra griega que significa comida frugal a la que cada uno aportaba su porción¹⁵. Los miembros se reunían con una finalidad social y recreativa. Se hacían colectas para ayudar a la liberación de un esclavo miembro, para ayudar a otro a levantar su casa, para redimir a un cautivo, pero también para pagar los festejos que acompañaban al sacrificio anual.

¹⁴ L Cerfaux, *Une eglise charismatique Corinthe* Cerf Paris 1946, 11-22 reeditado en Foi Vivante n° 164 A J Festugière, en M Gorce R Mortier (eds) *Histoire Générale des Religions* Paris 1944, t. IV, 139-147

¹⁵ Parece haber asociaciones formadas solo para sacrificar como las de los *thiasotes* y *erantistes*, donde se reúnen solo para sacrificar en común y gozar de la compañía de los demás, combinando, con ocasión de los sacrificios y de los festejos consiguientes los honores que se deben a los dioses y el esparcimiento agradable con los amigos (Aristoteles *Etica a Nicómaco*, VIII 9)

Mezcolanza social

Gracias a las numerosas inscripciones que nos conservan la lista de los miembros, podemos hacer varias observaciones. En la época helenista y romana se hizo corriente la mezcla de ciudadanos y de extranjeros. Hasta los esclavos, que estaban excluidos del culto de la ciudad, hacen su aparición en los *eranoi*. Se juntan hombres y mujeres, mientras que en la Grecia clásica la mujer libre no salía nunca del gineceo. Ciertas asociaciones, como las de la Madre de los dioses y la Afrodita siria, estaban dirigidas por sacerdotisas. Hasta los niños podían ser admitidos en ellas pagando la mitad de la cuota. Sobre todo hay que señalar el pequeño número de miembros. Ninguna asociación pasa del centenar. La más importante que se conoce cuenta con 93 asociados, 59 hombres y 34 mujeres. Algunas no superan ni la quincena.

Esta peculiaridad favorecía ciertamente la armonía de los miembros, pero no hay que exagerar la influencia de estas asociaciones sobre la vida, ya que cada uno seguía estando libre para adherirse a otros cultos. Como indica Luciano en su novela satírica *El asno o Lucio*, los devotos corrían de iniciación en iniciación para estar más seguros de alcanzar la protección de los dioses. Sólo la comunidad judía exigía de sus miembros una adhesión exclusiva y una relación muy estrecha entre cada una de las sinagogas. La dispersión religiosa que favorecían las cofradías griegas explica que los convertidos de Corinto sucumbieran tan fácilmente al espíritu de división (1 Cor 1, 10s).

Cultos extáticos

Algunos convertidos de Corinto parecen haber pertenecido a cofradías "extáticas". En 1 Cor 12, 2, Pablo alude al impulso irresistible que empujaba a los fieles hacia los ídolos mudos. En 1 Cor 13, 1, las palabras imitan con su asonancia los gongs y los címbalos que acompañaban a las procesiones tumultuosas de Dionisos, de Cibeles y de Atis.

El culto de Dionisos no estaba reservado a los bebedores. Contaba con numerosas mujeres.¹⁶ Cada dos años, en pleno invierno, sus adeptos se reunían en el Parnaso y en mitad de la noche emprendían una carrera alocada para imitar a las Ménades que habían acompañado en otro tiempo a Dionisos. En estos cultos se buscaba la unión con el dios mediante la pérdida de la conciencia; los participantes proseguían en sus danzas frenéticas hasta el agotamiento total. Platón, que quiso desterrar tales prác-

ticas, reconocía sin embargo su intención religiosa: "Toda danza de carácter báquico, así como las que con el nombre de Ninfas, de Panes, de Silenos o de Sátiros emprenden ciertas gentes cumpliendo ciertos ritos de purificación o de iniciación e imitando con sus Mimos, según dicen, a los personajes en estado de embriaguez, todas esas danzas... no son convenientes en un estado debidamente organizado" (Leyes, VII, 814c).

En sus arrebatos extáticos, las mujeres soltaban sus cabellos y agitaban convulsivamente la cabeza de adelante hacia atrás. Si Pablo insiste tanto en que las mujeres lleven la cabeza modestamente cubierta por un velo (1 Cor 11, 5s), es porque no quiere que la asamblea cristiana se parezca a una reunión báquica.

LA COMPOSICION SOCIAL DE LA COMUNIDAD DE CORINTO

No pueden comprenderse los problemas que se plantearon en la iglesia de Corinto si no se tiene en cuenta la enorme diversidad de su reclutamiento.¹⁷

Como en la mayor parte de las fundaciones paulinas, estaban unidos los **judíos** y los **paganos**. Lucas nos ha conservado el recuerdo de Crispo, jefe de la sinagoga, que se convirtió con toda su familia (Hech 18, 8). Los elementos judíos sin embargo eran la minoría; se comprenden sus escrúpulos en la cuestión de los idolotitos (1 Cor 8); una vez que las carnes han sido ofrecidas a los ídolos, han entrado en contacto con los demonios (cf. 1 Cor 10, 20) y tienen que quedar absolutamente prohibidas. La actitud del apóstol será mucho más matizada.

La mayor parte de los convertidos son de origen pagano; aun cuando no eran devotos de Afrodita, consideraban con la mayoría de sus contemporáneos que carecía de importancia el trato con las prostitutas. A diferencia de algunos filósofos estoicos más exigentes en la materia, el pseudo-Demóstenes expresa en estos términos la opinión más general: "Tenemos amigos para nuestro placer, concubinas para el cuidado cotidiano de nuestros cuerpos y

¹⁶ E. R. Dodds, *Les grecs et l'irrationnel*. Flammarion, Paris 1977, 265-278: *Le Ménadisme*.

¹⁷ G. Theissen, *Soziale Schichtung in der Korinthischen Gemeinde*: ZNW 65 (1974) 232-272, artículo muy documentado que pone en tela de juicio muchos clichés aceptados sin examen

esposas para tener hijos legítimos y saber que está en buenas manos la administración de nuestra casa” (59, 122). Para los cristianos de origen pagano, también la enseñanza de la resurrección constituía una dificultad, mientras que encajaba normalmente dentro de la perspectiva de los judíos de formación farisea.

En el aspecto **étnico**, era también considerable la variedad. Colonia romana, Corinto era una ciudad cosmopolita. Los latinos ocupaban los puestos de importancia en torno al procónsul, como atestiguan las inscripciones, latinas en su mayoría durante el período que va de Augusto a Trajano. Varios de los cristianos de Corinto llevan nombres romanos, como Ticio Justo, Aquila, Priscila, Fortunato...; pero el nombre no es suficiente para señalar el origen étnico, como se ve en el caso de Aquila, oriundo del Ponto (Hech 18, 1). Los griegos eran sin duda muy numerosos, lo mismo que los comerciantes y esclavos procedentes de oriente. La mayor parte de las provincias orientales del imperio estarían seguramente representadas en la comunidad cristiana. En esta perspectiva adquiere mayor sentido la proclamación de Pablo: “A todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, nos bautizaron con el único espíritu para formar un solo cuerpo” (1 Cor 12, 13).

En el **plano social**, las diferencias no eran menos acusadas. 1 Cor 1, 26-29 indica que la mayor parte de la comunidad estaba formada de gente humilde, cargadores del puerto o esclavos, “*lo plebeyo del mundo*”, como se dice en el v. 28. “*La gente de Cloé*” (1, 11) son sin duda esclavos o libertos empleados por aquel rico comerciante. Los corintios que llegan tarde para “*la cena del Señor*” no son gente rica que disponen de tiempo suficiente, sino trabajadores que han estado bregando todo el día y no encuentran nada para comer cuando llegan (1 Cor 11, 21). La predicación de Pablo sobre la “libertad cristiana” conmocionó a los esclavos y Pablo tuvo que invitarles a que aceptasen su suerte (7, 21-22; cf. más abajo, p. 78).

Pero la comunidad cuenta también con **personas acaudaladas**, que se meten en procesos escandalosos (1 Cor 6, 1-8). Si los pobres se muestran más receptivos ante el mensaje de la cruz, los intelectuales se precian de “sabios” y le piden al apóstol enseñanzas más elevadas (1 Cor 3, 1s). Entre las familias acomodadas hay también algunas con las que puede contar el apóstol. Por ejemplo, aquel matrimonio de comerciantes, Aquila y Priscila, que tienen negocios en Roma, Efeso y Corinto. Cloé pertenece a este mismo ambiente. Antiguo jefe de la sinagoga, bautizado por el propio Pablo, Crispo (1 Cor 1, 14) debía ser hombre de dinero; si no, no lo habrían escogido sus compatriotas para un cargo tan importante. Cayo, bautizado también por san Pablo, recibió a la iglesia en su casa (Rom 16, 21): por tanto, no habitaba en un chamizo encima de su tienda, como se ve en tantas ínsulas de Ostia antigua o de otras partes, sino que disponía de una casa independiente, con un patio rodeado de galerías. Y Erasto, el tesorero de la ciudad (Rom 16, 23); ¿se trataría de la misma persona que mandó hacer un enlosado a su cargo y cuyo nombre recoge una inscripción en el teatro de Corinto? En ese caso, nuestro Erasto habría ejercido las funciones de edil. Su identificación es discutida, pero de todas formas el Erasto cristiano pertenece al ambiente acomodado de la ciudad.

La convivencia de unos convertidos tan diversos constituye la originalidad de la comunidad de Corinto, asegura su dinamismo, pero explica también sus dolorosas tensiones. Pablo tendrá que apelar a toda su convicción de que Cristo es “uno” y no puede ser dividido (1 Cor 1, 13s), para llevar a sus hijos de Corinto a la práctica de la *agapè* como virtud suprema del cristiano (1 Cor 13).

Poco tiempo después de comparecer ante Galión, Pablo decidió volver a Antioquía. Tomó un barco, hizo una rápida visita a Efeso adonde les prometió volver más despacio y se dirigió a la iglesia madre de Jerusalén. Finalmente, fue a pasar el invierno a Antioquía (Hech 18, 18-22).

LA CONDICION DE LA MUJER SEGUN SAN PABLO

¡Cuestión explosiva como la que más! No sólo se le acusa a san Pablo de misoginia, sino que se le hace responsable de la devaluación de la sexualidad y del antifeminismo en la iglesia.

Hemos de ser breves y por eso no presentaremos más que algunos jalones para una reflexión ulterior. 1) Ante todo, hay que conocer la condición concreta de la mujer en el mundo judío y en el ambiente grecorromano de la época; frente a estos dos mundos, Pablo da unas enseñanzas que responden a unas situaciones concretas. 2) El exegeta debe esforzarse en distinguir entre las normas exigidas por el tiempo y los principios doctrinales; tiene que separar además los textos de los comentarios ulteriores que han podido endurecerlos. 3) A pesar de ser indispensable, la exégesis "histórica" no puede por sí misma resolver todos los problemas de hoy; se impone una reflexión interdisciplinaria, en la que el teólogo, el exegeta, el sociólogo ...confronten sus puntos de vista con el sentido de la iglesia universal.

Por lo que se refiere a los **principios**, Pablo se muestra muy firme. Proclama la igualdad fundamental del hombre y la mujer en Cristo, lo mismo que la del hombre libre y el esclavo, la del judío y el griego, la del bárbaro y el hombre civilizado (Gál 3, 28; Col 3, 11). Semejante proclamación no era ni mucho menos evidente, aun cuando las declaraciones de los estoicos habían preparado el terreno. Pablo aplica estos principios al matrimonio: hay una reciprocidad perfecta de derechos y de deberes entre los esposos (1 Cor 7, 3-5. 10-16). No ocurre así entre los rabinos. En el mundo grecorromano la emancipación de la mujer (en la alta sociedad) iba más bien en el sentido de una disgregación de la familia (con la multiplicación del divorcio), mientras que Pablo, como discípulo de Cristo, proclama la indisolubilidad del matrimonio.

Sin embargo, Pablo no llevó hasta el fondo los principios que proclamaba. ¿No prescribe la "sumisión" de la mujer al marido (Ef 5, 22; Col 3, 18), con el argumento de que el hombre es cabeza de la mujer? Se impone una exégesis matizada: en el verbo *hypotassein* (literalmente: colocar debajo) predomina la idea de *orden*, no la de subordinación. La sumisión puede ser humillante, si se trata del esclavo que ha de soportar el despotismo del

amo; pero puede ser ennoblecedora si se trata de las relaciones de la iglesia con Cristo (Ef 5, 24). El régimen de amor en que se vive, transforma su naturaleza. En donde el mundo antiguo recomendaba al marido que dirigiera bien su casa, Pablo invita al marido a que ame a su esposa como Cristo ama a su iglesia (Ef 5, 25). Es algo muy distinto. El "velo en la cabeza" (1 Cor 11, 2-16) no es signo de subordinación, como suele interpretarse, sino señal del "poder" que tiene la mujer de rezar o de profetizar en la asamblea; esto no quita que el desarrollo de esta idea sea muy oscuro y que se resienta de las concepciones de la época.

En el plano de la **sexualidad**, se le reprocha a Pablo que mantenga los antiguos tabúes. No es así; Pablo salva al acto sexual de la vulgaridad insignificante y de la degradación, viendo en él un don de la persona (1 Cor 6, 12-20). En oposición a los corintios que consideraban la unión con una prostituta como un acto tan indiferente como el comer o el beber, Pablo ve en la unión de los cuerpos un compromiso personal. A la mujer-objeto opone la mujer-persona. ¿Habrá perdido este lenguaje su actualidad?

Se dirá que Pablo infravalora la sexualidad al predicar el celibato de forma inconsiderada (1 Cor 7). Para comprender este capítulo tan difícil, hay que tener en cuenta las dos tendencias opuestas que se enfrentaban en Corinto: la que exaltaba la virginidad despreciando el matrimonio y la que creía que todo estaba permitido. Es sorprendente para el historiador comprobar en el Corinto afrodisiaco este repentino entusiasmo por la castidad. Se trata de una reacción suscitada por el espíritu de la nueva alianza contra la esclavitud de los sentidos. Esperando próxima la parusía y con su experiencia de vida totalmente consagrada al evangelio, Pablo habla con fervor de la virginidad, pero reconoce plenamente la legitimidad del matrimonio, que luego condenarán los herejes (1 Tim 4, 3). Es una pena que parezca ignorar la posibilidad para una pareja cristiana de vivir su amor como consagración para el reino (1 Cor 7, 33s). La carta a los efesios aportará una corrección: la unión del hombre y la mujer es imagen de la unión de Cristo con su iglesia.

En el plano **eclesial**, es un hecho ilustrado por las car-

tas y por san Lucas que Pablo gozó de la ayuda abnegada de muchas mujeres y que les otorgó funciones importantes (cf. *supra*, p. 29). Se trata de una base sólida para investigaciones ulteriores. Las consignas restrictivas deben situarse en su contexto: la regla sobre el velo se explica fácilmente si se sabe que las cortesanas exhibían sus cabellos para atraerse la clientela y que las bacantes se entregaban a sus excesos con la cabellera suelta. Pablo no quiere ni mucho menos que la asamblea cristiana adopte ese estilo.

El silencio prescrito a las mujeres plantea más problemas: la prohibición de 1 Cor 14, 34s parece estar poco en consonancia con el derecho que se les reconoce formalmente a las mujeres de rezar o profetizar en público (1 Cor 11, 5s). En 1 Tim 2, 11, la norma no sólo es formal, sino que está motivada por la falta de Eva al seducir a Adán. Hay que ver aquí un regreso al nivel de la exégesis judía y una pérdida de la idea de que con Cristo todo se ha hecho nuevo (cf. Gál 6, 15). Pero hay que tener en cuenta la circunstancia: los falsos doctores encuentran fervientes partidarios entre las mujeres ricas y desocupadas de la comunidad (cf. 1 Tim 5, 13).

Por otra parte, el punto de vista de las cartas pastorales no es puramente negativo; parece muy probable la existencia de "diaconisas" (1 Tim 3, 11); las "viudas" ocupan un lugar especial y tienen derecho a que les socorra la comunidad (1 Tim 5, 3-16); las mujeres de experiencia ocupan un papel insustituible en el apostolado familiar (Tit 2, 3-5).

En conclusión, la cuestión ha de estudiarse a la doble luz de la teología y de la historia: si hay que reconocer en Pablo una tensión entre los principios y las aplicaciones prácticas, no hay que minimizar los grandes ejes de su pensamiento sobre el tema: restauración de las relaciones humanas por medio de la recreación bautismal, primacía del amor de entrega sobre el deseo, sentido religioso del matrimonio, valor carismático del celibato por el reino.

A Jaubert, *Le voile des femmes* (1 Cor 11, 2-6) *New Testament Studies* 18 (1971/1972) 419-430, A Feuillet, *L'homme 'gloire de Dieu' et la femme 'gloire de l'homme'* (1 Cor 11, 7b) *Revue Biblique* 81 (1974) 161-182, A. M. Dubarle, *S. Paul et l'antiféminisme* *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* 60 (1976) 261-280, J. M. Aubert, *Paul et les femmes* *Le Monde de la Bible*, n° 5, 48s

EL TERCER VIAJE MISIONERO

Al llegar la primavera, Pablo emprendió de nuevo el camino siguiendo el mismo itinerario de su segundo viaje. Era la ocasión de visitar de nuevo a las jóvenes comunidades que había fundado anteriormente. La carta a los galatas no nos detalla las circunstancias de esta segunda visita (que se deduce de la indicación de Gál 4, 13). Para llegar a Efeso, Pablo atravesó la Frigia, una región célebre por su culto frenético a Cibele, la madre de los dioses, y a Atis, su amante desvirilizado. La leyenda conoce varias versiones. Podemos esquematizarla de este modo: expuesto al nacer a las orillas del gran río de Frigia el Sangario, Atis es recogido por Cibele, después de varias aventuras amorosas, el joven dios se despoja a sí mismo de su virilidad, muere y luego resucitado, vuelve al lado de la madre de los dioses que lo convierte en su insepara-

ble compañero y lo coloca a su lado en su cuadriga llevada por leones ¹

Estos cultos se celebraban en primavera, por lo que se les reconoce como ritos agrarios destinados a despertar el espíritu de la vegetación. De Pesinonte, capital de Frigia, el culto se había extendido por todas partes. El año 204, el senado de Roma había ordenado traer la piedra negra de la diosa, pero tomó prudentes medidas para impedir a los ciudadanos, e incluso a sus esclavos que se unieran a la procesión de los galos que, en sus danzas turbulentas al sonido de cimbales, crotalos y castañuelas, invitaban a la turba a unirse a ellos por la castración en honor de Atis. Pablo hará una alusión sarcástica a estos ritos violentos cuando invite a los judaizantes que perturban a los galatas, a castrarse lo mismo que hacen los galos (Gál 5, 12)

1. Efeso

En la vida de san Pablo, Efeso representa una etapa importante, no solo fundó allí una comunidad floreciente, de donde irradió la fe a las ciudades vecinas, sino que escribió allí varias de sus cartas enfrentándose con la crisis judaizante. Desgraciadamente no disponemos, para reconstruir este periodo, de todos los datos que desearíamos. Las indicaciones de los Hechos se refieren única-

mente a unos cuantos episodios de una estancia que duró más de dos años, siguiendo las alusiones contenidas en 1 y 2 Cor y Flp, tenemos que esforzarnos en reconstruir las pruebas que no faltaron sin duda en este periodo ²

¹ Cf K Prumm art *Mystères* DBS

² Sobre Efeso véase Bible et Terre Sainte n° 144

LA CIUDAD

En el cuadro de ciudades prestigiosas de la Jonia, colonizada ya en el siglo IX antes de nuestra era, Efeso ocupa un lugar distinguido, en el centro de las rutas comerciales que ponían al occidente en relación con el oriente próximo y lejano. La ciudad antigua se construyó a las orillas del Caistro; pero este río caprichoso, de terribles inundaciones, fue lentamente llenando la bahía que se extendía hasta los pies del monte Pión, de manera que fue necesario en la época helenista abrir un nuevo puerto al pie del monte Coressos. El año 61, Roma hizo llevar a cabo considerables obras de dragado; se abrió un doble canal que conducía allá a los barcos de toda el área mediterránea. Hoy el mar se ha retirado a 6 kilómetros del antiguo Efeso; un amplio manto de arena y de aluviones recubre todo el suelo hasta la época de las excavaciones, que se emprendieron hace ya un siglo.

Como todas las ciudades de Jonia, Efeso conoció un destino tormentoso. Sufrió sucesivamente el dominio de Cresos, rey de Lidia, el de los persas, el de Alejandro y sus sucesores, los diádocos. Finalmente, en el año 133 fue entregada a Roma por Atalo III, el último rey de Pérgamo. Un senatusconsulto regulaba la situación de las ciudades libres, incorporadas de esa forma al imperio. En el plano local, la ciudad conservaba su administración y sus asambleas: la del pueblo (*ecclesia*), constituida por todos los hombres libres, y el consejo (*boulè*), reclutado entre las familias más distinguidas y presidido por los *arcontes*, verdaderos responsables de la ciudad. El secretario (*grammateus*) desempeñaba un papel esencial, como vemos en Hech 19, 35. Si Roma respetaba la autonomía interna, era con la condición de que se mantuviera el orden y se pagaran los impuestos. En la época republicana, Efeso pasó por apuros; la administración imperial, más equitativa, permitió el renacimiento de la ciudad, como el de todas las de oriente.

Gracias a las excavaciones, es bastante fácil reconstruir el espectáculo que se ofrecía a la vista del viajero que, como Pablo, desembarcaba en el puerto de Coressos. Una larga avenida rectilínea, llamada más tarde vía Arcadia (en honor del emperador Arcadio), llevaba del puerto a la ciudad. Una puerta monumental con tres arcadas abría el acceso a ella, mientras que un pórtico de dos pisos enmarcaba una plaza rectangular. Subiendo por la avenida, se encontraba a la izquierda el ágora romana; luego se llegaba al teatro, uno de los más bellos del mundo helenista: asentado en la ladera del monte Pión, podía acoger

a 24.000 espectadores que se sentaban en los 66 escalones de la cavea, dividida en tres pisos; la escena tenía vastas proporciones: una sala rectangular de 40 por 17 metros; entre la escena y el público estaba el óvalo de la orquesta y el proscenio. Desde el teatro, una calle pavimentada en mármol conducía al ágora griega y al barrio residencial, cuyas casas se empinaban por la ladera del monte Pión. El puerto de Magnesia se extendía a lo largo de varios kilómetros, con unas defensas construidas por Lisímaco, antiguo general de Alejandro.

LOS CULTOS

La fama de Efeso se debía sobre todo al *Artemision* o templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. Reconstruido varias veces en el curso de los años, el templo de Artemisa en tiempos de san Pablo se imponía principalmente por sus dimensiones: en medio de una amplia explanada sagrada se elevaba una plataforma de 109 metros por 55; el templo como tal medía 44,5 metros por 26 y contaba con 127 columnas, erigidas cada una por un rey. Los más ilustres artistas habían contribuido a su ornamentación, concretamente Praxiteles.

La diosa que se veneraba en Efeso era mucho más una diosa oriental de la fecundidad que la diosa cazadora de los griegos (Artemisa, hermana de Apolo, la Diana de los romanos). No había nada en común entre la esbeltez y la gracia de Artemisa y la diosa informe de múltiples pechos (*polymasta*, decían los antiguos). La estatua era de madera de cedro, ennegrecida por el tiempo. La recubría una capa de oro, excepto la cabeza y el cuello, las manos y los pies. Múltiples cabezas de animales evocaban la función de la diosa, madre de los seres vivos.

Un clero muy numeroso aseguraba el culto a Artemisa. Las principales ceremonias se realizaban en el mes de Artemision (abril). Una inscripción fechada en el año 104 de nuestra era describe con detenimiento la procesión que conducía a la imagen de la diosa a su querida ciudad, escoltada por todas las demás estatuas divinas. Los dioses asistían también a los juegos que se celebraban en el teatro en honor suyo. En la procesión figuraban también los *himnodas*, encargados de ejecutar los cánticos sagrados. Eran numerosos los títulos que se le daban a Artemisa: "soberana, reina, señora, grande o muy grande, guía y protectora de la ciudad y de los jonios, la que se sienta en el primer lugar". Durante las representaciones teatrales, el pueblo cantaba incansablemente estas invocaciones

(Hech 19, 34). En la montaña, al sur de la ciudad, otra fiesta conmemoraba el nacimiento de la diosa y terminaba con un gran festín.

Ciudad de peregrinaciones, Efeso atraía a una población de las más abigarradas. Avidos de llevarse exvotos y amuletos, los devotos no eran los únicos que rondaban por el Artemision. El santuario se sentía orgulloso de su derecho de asilo, que confirmaría Augusto. Hemos de pensar, por tanto, en una fauna bastante sospechosa por los alrededores del templo. Por otra parte, el culto a la diosa de la fecundidad se celebraba de forma muy realista (¡prostitución sagrada!). También la magia tenía allí su lugar, como demuestra la fama de que gozaban los hechiceros de Efeso (cf. Hech 19, 19). Jenofonte de Efeso (siglo III a. C.) indica la presencia en los alrededores del santuario de adivinos (*manteis*) que, con la ayuda de fórmulas en lengua bárbara, se jactaban de echar los malos espíritus; se nos ha conservado una de esas fórmulas: *askion kataskion lix tétrax damnaméneus*. ¡No nos extrañemos de que Pablo se encontrara también con exorcistas judíos (Hech 19, 11-17)!

Al lado del santuario de Artemisa, no faltaban tampoco otros templos dedicados a las divinidades tradicionales del mundo griego. En la era imperial, Efeso demostrará su lealtad elevando un templo a Roma y a César dentro mismo del recinto del Artemision. El culto imperial tomó pronto forma oficial: los delegados de las ciudades de la provincia de Asia se reunían todos los años para elegir allí al asiarca, encargado de presidir las fiestas y de organizar los juegos³. ¡Honor bastante costoso! Los que habían ejercido aquel cargo conservaban el título y vemos por Hech 19, 31 que Pablo se había granjeado la simpatía de algunos de ellos. Signo evidente de la penetración rápida del cristianismo en todos los ambientes.

En Efeso, como en las demás ciudades, había una importante colonia judía. No siempre fueron fáciles las relaciones entre los judíos y los efesios, como vemos por el decreto que Agripa, yerno de Augusto, tuvo que dar en favor de los judíos el año 14 antes de nuestra era: "Agripa a los magistrados (*arcontes*), al consejo (*boulè*) y al pueblo (*dèmos*) de Efeso. Salud. Quiero que la administración y la conservación de las contribuciones sagradas reunidas

para el templo de Jerusalén⁴ queden aseguradas por los judíos del Asia Menor según sus leyes nacionales. Quiero que los que hayan robado el dinero sagrado de los judíos sean sacados incluso de los lugares de asilo en donde se hayan refugiado (¡imaginemos las protestas del clero de Artemisa!) y entregados a los judíos por la misma razón que los autores de robos sacrílegos. También le he escrito al pretor Silano que nadie obligue a los judíos a dar fianza en día de sábado" (**Antigüedades judías**, XVI, 167s).

Este es el contexto social y religioso en el que hemos de situar la actividad misionera de Pablo.

EVANGELIZACION DE EFESO

Quando Pablo llegó a Efeso, ya había allí algunos discípulos (Hech 18, 27). Aquila y Priscila, a quienes encontramos ya en Corinto, tenían allí una sucursal; fueron ellos los que se encargaron de ultimar la formación de Apolo, un neófito entusiasta que parece haberse quedado a medio camino entre la predicación de Juan bautista y la plena fe cristiana (Hech 18, 24-28). Nacido en Alejandría, era experto en el arte de bien decir. En Corinto obtendrá tanto éxito entre los espíritus cultos que se formará en torno a él una camarilla (1 Cor 1, 12), sin que él mismo lo pretendiera (1 Cor 16, 12).

Por ser uno de los puertos más activos del Mediterráneo oriental, Efeso recibía huéspedes de todas partes. Pablo se encontró allí con doce discípulos de Juan bautista (Hech 19, 1-7) a los que confirió el bautismo y la imposición de manos. La profecía y el don de lenguas manifestaron la bajada del Espíritu Santo sobre aquel grupo de hombres.

Sobre la misión de Pablo en Efeso, disponemos de dos fuentes de datos que sin embargo no siempre están de acuerdo entre sí. Empecemos por presentar la documentación más fácil, la de los Hechos:

a) La predicación de Pablo en Efeso (Hech 19, 8-10)

Lucas distingue dos períodos:

- predicación en la sinagoga durante tres meses (19, 8); como en los demás sitios, surge la división entre los judíos; sólo una minoría acoge el mensaje;
- predicación entre los paganos, durante más de dos años (19, 9-10). Pablo alcanza tanto éxito que tiene que

³ El problema del culto al emperador se presentará con toda su seriedad en tiempos del Apocalipsis. Ver *El Apocalipsis* (Cuadernos Bíblicos, 9) 27s.

⁴ Se trata del didracma que pagaban todos los judíos como contribución al culto del templo de Jerusalén (cf. Mt 17, 24).

alquilar la sala donde Tirannos, sin duda un profesor de retórica, enseñaba por la mañana. El texto occidental indica que Pablo enseñaba desde la hora quinta a la décima, o sea, la hora de la siesta (entre las 11 y las 16, poco más o menos).

En su discurso a los ancianos de Efeso, Pablo subrayará el desprendimiento total del que había dado prueba (Hech 20, 33s).

A través de varias anécdotas, Lucas nos da una idea del éxito alcanzado por Pablo: algunos exorcistas judíos que añadían el nombre de Jesús a sus fórmulas habituales son acogotados por los posesos (Hech 19, 11-18); los convertidos queman sus libros de magia (Hech 19, 18-20).

El motín de los orfebres (19, 23-40). Puede observarse concretamente: el prestigio religioso y comercial del templo de Artemisa; la organización de la vida municipal y la preocupación por el orden público; la hostilidad entre paganos y judíos; la actitud de Pablo a quien le gustaría enfrentarse personalmente con la asamblea, pero se deja guiar por sus amigos.

Proyectos de Pablo (Hech 19, 21s; 20, 1). Lucas nos indica que el apóstol preparaba su próximo viaje a Macedonia, enviando por delante a Timoteo y Erasto, pero no nos dice nada de sus relaciones con la turbulenta comunidad de Corinto.

b) Relaciones de Pablo con los corintios

Son fáciles las comunicaciones entre el puerto de Cencreas y Efeso; Pablo podía seguir de cerca la vida de la comunidad movediza de Corinto. El estudio atento de las dos cartas a los corintios nos permite reconstruir la historia borrascosa de las relaciones entre Pablo y la iglesia a la que había desposado con Cristo (2 Cor 11, 2) (véase *Las cartas a los corintios* (Cuadernos bíblicos, 22), 13-16).

c) Pablo a punto de morir

Pablo conoció por entonces pruebas muy duras de las que nos habla en términos misteriosos: *"No queremos que ignoréis, hermanos, las dificultades que pasé en Asia. Me vi abrumado tan por encima de mis fuerzas, que perdí toda esperanza de vivir"* (2 Cor 1, 8).

Descartemos de antemano una falsa hipótesis. No puede tratarse aquí de un combate contra las bestias, al que haría alusión en 1 Cor 15, 32. Es muy probable que esta expresión sea metafórica. De todas formas, el comienzo de 2 Cor alude a un hecho nuevo y distinto de lo que se dijo en 1 Cor 15.

Se siente uno tentado a relacionar esta grave prueba

de 2 Cor 1 con el motín de Efeso referido por Lucas en Hech 19, 21s. Sin embargo, entonces Pablo se vio protegido de la venganza de los orfebres por sus amigos y, sea cual fuere la agitación de aquellos momentos, no parece que la situación haya sido tan negra como se dice en 2 Cor.

d) ¿Una cautividad en Efeso?

Esta es la razón por la que los autores suelen admitir muchas veces que Pablo estuvo encarcelado en Efeso y que esa cautividad constituye el marco de la carta a los filipenses. Se arguye que la mención del pretorio (Flp 1, 13) localiza la redacción de esta carta en Roma; pero realmente esta objeción no vale, ya que en el lenguaje de la época la palabra pretorio podía aplicarse a la residencia de un gobernador de provincia (cf. Mt 27, 27 par.). El argumento más fuerte para poner a Flp cerca temporalmente de Gál y de 2 Cor es la relación de los temas que se tratan y la semejanza de la polémica contra los judíos en todas estas cartas.

Cuando Pablo escribe a los fieles de Filipos, se sabe claramente que había sido por Cristo por quien había padecido las cadenas (Flp 1, 13). La policía siempre ha intentado hacer pasar por prisioneros de derecho común a los que se oponen al régimen. Pablo tuvo que ser acusado de crímenes análogos a los que los paganos imaginarían más tarde contra los cristianos.⁵ Pero ahora está claro que está en la cárcel por Cristo (cf. Flp 5, 11; 1 Pe 4, 14) y esta clarificación de las circunstancias da nuevo coraje a los hermanos (Flp 1, 14).

Las cadenas de Pablo contribuyen al progreso del evangelio: ésta es la fuente de gozo para Pablo (Flp 1, 18). Es verdad que no son totalmente puras las intenciones de algunos y que se siente preparar la crisis judaizante que pronto se pondrá de manifiesto, pero de momento Pablo se pregunta qué es lo que resultará más útil: morir ahora para unirse con Cristo o vivir por sus hermanos (Flp 1, 21-24).

e) Reconciliación con los corintios

A finales de la estancia de Pablo en Efeso hemos de colocar aquella carta escrita "con muchas lágrimas" (cf. 2 Cor 2, 3-4) que se puede identificar con 2 Cor 10-13. Pablo denuncia en ella sin reticencias a los promotores de la confusión, a esos "superapóstoles" que se hacen pasar

⁵ Véase *2000 ans de christianisme*, t. I, 108-119.

por ministros de Cristo, a pesar de que no son más que agentes de Satanás (2 Cor 11, 13). Al mismo tiempo, Pablo les envía a Tito, con la esperanza de que podrá arreglar la situación gracias a su temperamento más condescendiente.

De hecho, la comunidad reflexionó y tomó medidas contra el ofensor (2 Cor 2, 6). Tito volvió con noticias tranquilizantes y se encontró con Pablo en Macedonia (2 Cor 6, 6s). Desde allí, Pablo envió otra carta más pacífica, invi-

tando conmovedoramente a los corintios a la reconciliación con el apóstol, que tenía su corazón siempre abierto (2 Cor 6, 11s).

Durante este tiempo, había explotado otra crisis, de la que hablaremos más detalladamente: la crisis judaizante, que provocó en Pablo una rápida maduración de su teología hasta llegar, después del bosquejo de la carta a los gálatas, a la síntesis de la carta a los romanos.

2. La crisis judaizante

Ya hemos hablado varias veces de los choques que Pablo tuvo con los judaizantes a propósito de la circuncisión (en el concilio de Jerusalén, p. 34) y de las comidas en común (incidente de Antioquía, p. 36). Estos problemas vuelven a surgir ahora, pero esta vez tenemos la impresión de que hay unos predicadores judaizantes que siguen al apóstol paso a paso, sembrando la confusión entre las comunidades que iba fundando y esforzándose en recuperar para Israel a los gentiles convertidos.

Es ante todo en la carta a los **gálatas** donde Pablo replica a los judaizantes; lo hace con todo el fuego de la polémica y escribirá en ese mismo tono en la advertencia a los filipenses (3, 2): *“jojo con esos perros, ojo con esos malos obreros, ojo con la mutilación!”*. En la carta a los romanos, recogerá la misma argumentación con mayor amplitud y en un tono más conciliador.

La gravedad de la crisis en Galacia obedece a varios motivos. Si creemos a Julio César, los galos eran poco constantes (**De bello gallico**, II, 1; III, 10); en este aspecto los gálatas son hermanos suyos. La misma prontitud y entrega que pusieron antes de acoger al apóstol, la pondrán ahora en su credulidad con esos predicadores que pretenden introducirlos en un grado más perfecto de santidad.

Su pasado religioso les predestinaba a buscar su seguridad en los ritos y ceremonias (cf. Gál 4, 10). La circuncisión, que les parecía un rito bárbaro a los griegos y romanos, no resultaba tan sospechosa en aquellos países entregados al culto de Cibeles y de Atis (véase p. 63).

Pablo asemeja desdeñosamente todas las prácticas judías predicadas por los judíos a aquellos ritos paganos; adoptarlos sería someterse al culto de “los elementos del mundo” (Gál 4, 9) y adoptar una actitud de esclavos, siendo así que Dios nos llama a la libertad (Gál 5, 1).

Por parte de los judeo-cristianos, intervinieron sin duda **motivos político-religiosos**. Es la época en que crece en Palestina la tensión contra el poder de los ocupantes, en que se desarrolla el movimiento zelote. El celo por la ley se confundía con la fiebre patriótica. En vísperas del conflicto, no se podía tolerar desertión alguna; era preciso reunir a todos los judíos de la diáspora en favor de la causa. ¿Cómo tenían que actuar los cristianos de origen judío ante semejante drama de conciencia? No era raro que aparecieran divisiones en este aspecto. Apóstol de los gentiles, Pablo comprende que es necesario disociar la fe en Cristo del apego a Israel según la carne.

La oposición entre Pablo y los judaizantes se sitúa en un nivel más profundo todavía: se trata del **lugar de Cristo en la historia de la salvación**, del significado del evangelio respecto a la ley. Aunque no tienen clara conciencia de ello, los judaizantes reducen a Cristo al rango de un profeta que predicó la conversión y quiso guiar al pueblo a una más estricta observancia. Para Pablo, Cristo es el Hijo de Dios, enviado a este mundo para *“rescatar a los que estaban sometidos a la ley, para que recibiéramos la condición de hijos”* (Gál 4, 5). Con él todo es nuevo. Lo que importa en adelante no es ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la nueva creación (Gál 6, 15). La Jerusalén

hacia donde todos nos encaminamos no es la Jerusalén de esta tierra, sino la Jerusalén celestial, la que es libre (Gál 4, 26).

Para obtener mejor lo que deseaban, los judaizantes se entregaron a una campaña de descrédito; hicieron de Pablo un apóstol de segundo orden, ya que no había seguido a Jesús en su ministerio itinerante y hasta había seguido a la iglesia madre. En sus lejanas expediciones, ¿no se porta como un francotirador, sin el aval de las "columnas" de la iglesia? La respuesta a estas acusaciones nos han valido una admirable autobiografía (Gál 1, 2) en la que Pablo defiende la autenticidad de su misión, pero queriendo ante todo defender la autenticidad de la salvación evangélica (Gál 1, 6-9).

LOS ADVERSARIOS DE CORINTO

Conviene por lo visto distinguir entre los adversarios a los que Pablo alude en 2 Cor y los opositores de los que trata en 1 Cor. Fue ciertamente sin culpa alguna de su parte como Apolo se convirtió en abanderado de una corriente en Corinto; por eso Pablo no se mostró tan riguroso en aquel caso (1 Cor 16, 12). En su conjunto, las dificultades que entonces se presentaban procedían del ambiente socio-cultural en el que se había reclutado a los fieles. No puede hablarse de "gnosis" (cf. 1 Cor 8, 1.7; 12, 8; 13, 2; etc.) más que en el sentido amplio en que la palabra significa la primacía concedida al conocimiento para la salvación. Sería un anacronismo hablar de "gnosticismo"; en sentido estricto, esta palabra designa los sistemas dualistas que oponen radicalmente el espíritu a la materia y se imaginan una serie en degradación de seres intermedios entre el Dios supremo incognoscible y el universo. Los primeros pasos del "gnosticismo" se manifiestan sin duda en las cartas pastorales (Tim y Tit), pero ninguno de los textos conocidos hasta ahora permite afirmar la existencia del "gnosticismo" a mitad del siglo I.

En la segunda carta a los corintios, Pablo se enfrenta con unos adversarios venidos de fuera. Tiene palabras muy duras contra ellos (2 Cor 11, 13-14). Pablo les acusa de introducirse como intrusos, mientras que él se ha fijado la norma de predicar el evangelio en donde nadie lo había hecho (2 Cor 10, 13-16). Ellos ostentan orgullosamente sus títulos judíos (2 Cor 11, 22; cf. Flp 3, 4s), pero Pablo no se deja impresionar por ello. Ellos apelan a Cristo (2 Cor 11, 23); es ésta la ocasión para Pablo de enumerar con satisfacción los signos auténticos del apostolado, como veremos más adelante (2 Cor 11, 23-12, 13).

Los falsos hermanos de Corinto no hablan de circuncisión, a diferencia de los judaizantes de Galacia. ¿Se tratará solamente de una táctica de oposición por su parte? Parece ser que Pablo habría denunciado entonces sus planes disimulados. Más vale pensar que los pseudo-apóstoles de Corinto juzgaban secundaria la cuestión de la circuncisión, tal como creía aquel Ananías que había convertido a Izates (cf. más arriba, p. 35). Pero se muestran admiradores apasionados de Moisés, al que no sólo presentan como legislador, sino como el mayor místico de todos los tiempos: ¿no contempló acaso en la santa montaña el misterio de Dios y no quedó su rostro plenamente radiante? Ese es el trasfondo de la exposición tan oscura de Pablo sobre el "velo de Moisés" (2 Cor 3, 13-16), en la que ataca a los adversarios en su propio terreno. Podemos situarlos en la línea de Filón de Alejandría, que nos ha trazado este retrato tan extraordinario de Moisés:

"Dicen algunos, no sin razón, que las ciudades sólo pueden prosperar con una condición: que los reyes sean filósofos o que los filósofos sean reyes. Se verá abundantemente que Moisés manifestó al mismo tiempo estas cualidades de rey y de filósofo, pero además otras tres, una de ellas relacionada con la legislación, otra con el sumo sacerdocio y otra con la profecía" (Filón, **Vida de Moisés**, II, 2).

Filón es para nosotros un testigo de esa exaltación mística de Moisés, de la que se encuentran otras muchas huellas en el judaísmo palestino. Semejante presentación contribuía a hacer que palidciera la figura del crucificado de Nazaret. Se comprende entonces que Pablo se empeñara en dejar las cosas en su sitio con aquel terrible paralelismo entre el ministerio de muerte de Moisés y el don de la vida por el Espíritu Santo que nos concede Jesús el Señor (2 Cor 3, 6-4, 6).

Exaltando la gloria de Moisés, los falsos profetas presentaban sin duda como signo de su misión las visiones y los éxtasis de que estaban orgullosos. Tal es la interpretación más natural de aquel pasaje en que Pablo alude a sus propias visiones: *"¿Hay que presumir? No se saca nada, pero pasaré a las visiones y revelaciones del Señor"* (2 Cor 12, 1). El objeto de esta exposición es demostrar que el criterio del apostolado no reside en los fenómenos exteriores debidos al espíritu, ni en los consuelos espirituales, sino solamente en la conformidad con la pasión de Cristo. En este punto Pablo se muestra imbatible (2 Cor 11, 23; cf. 6, 4-10; 12, 10).

Si la polémica lo arrastra a frases tan vivas contra los

enemigos de la cruz de Cristo , Pablo nos expone aquí su experiencia espiritual más profunda y nos muestra cómo

se sintió llevado a vivir el mensaje de la cruz que está encargado de proclamar (2 Cor 4, 10-12) ⁶

3. La colecta por los santos de Jerusalén

Podría empezarse el estudio de este tema con la lectura de los textos que nos hablan de esta colecta (Gál 2, 10, 1 Cor 16, 1-3, 2 Cor 8-9, Rom 15, 25-27).⁷

En el concilio de Jerusalén, Pablo había recibido el encargo de no olvidarse de los pobres de la ciudad ¿Se refiere esta expresión sólo a los necesitados? ¿No se referirá, lo mismo que la antigua expresión "pobres de Yavé", a toda la santa comunidad de Sión? Parece imponerse este último sentido. Pero esto no impide que en su conjunto la iglesia fuera muy pobre, ya que los galileos que habían venido a Jerusalén habían perdido su empleo y, además, al finalizar los trabajos de construcción del templo había mucho paro en la ciudad santa.

El envío de ofrendas a Jerusalén podía interpretarse como el reconocimiento de la superioridad de la iglesia madre como un tributo, tal era el sentido del didracma que los judíos de la diáspora pagaban todos los años para el templo (cf Mt 17 24). Pablo se cuida además de dar un motivo específico a la colecta que organiza: "*La prestación de este servicio no sólo cubre las necesidades de los consagrados, sino que redundará además en las muchas gracias que se dan a Dios*" (2 Cor 9, 12-14).

La organización de la colecta dio muchos quebraderos de cabeza al apóstol. Invita a los fieles a preparar su ofrenda cada semana, el primer día (precioso testimonio sobre el domingo 1 Cor 16, 2). Si admira la generosidad de sus queridos filipenses (2 Cor 8, 1-5), debe reprender a los corintios más generosos de palabra que de hechos (2 Cor 9 5-9).

Por miedo a parecer que dependía de las iglesias que había fundado, Pablo toma las precauciones posibles para que nadie le acuse de malversación. Escoge a hombres probados para recoger los fondos. Y no fue a Jeru-

salén hasta que la suma recogida valió la pena. Lo hizo entonces rodeado de colaboradores (2 Cor 8, 20-24).

EL INVIERNO EN CORINTO

Pablo pasó en Corinto el invierno 57-58, alojado en casa de Cayo (Rom 16, 23). Fue entonces cuando sacó sus lecciones de las crisis anteriores y expuso en la carta a los romanos las grandes líneas de la historia de la salvación. Es imposible resumir aquí las ideas maestras de esta síntesis. El justo vive de la fe. No podemos hacer más que señalar algunos datos sobre su estado de ánimo y sobre sus proyectos para el futuro.

Aquel que se nos había mostrado tan duro contra los judaizantes nos demuestra ahora que aquella severidad es el reverso del gran sufrimiento que los hechos le habían producido: *Siento una gran pena y un dolor íntimo e incesante* (Rom 9, 2).

Aquel que ha acusado a los judíos de oponerse a la conversión de los paganos (1 Tes 2, 14s), reconoce su celo por la ley (Rom 10 1-2).

Esta cerca la fecha del regreso del Señor (Rom 13, 12). Hay que darse prisa para predicar el evangelio en todas partes y preparar así su venida. Ya entonces Pablo tiene el proyecto de dirigirse a España después de una parada en Roma (Rom 15 24). De momento tendrá que ir a Jerusalén a llevar la colecta, como signo de la unidad de la iglesia. Pero ¿cómo lo acogerán? Las reflexiones de Rom 15, 30s nos hacen vislumbrar aprensiones sombrías, diríamos que Pablo presiente su cautividad.

⁶ Véase *Au seuil de l'ère chrétienne* 47 53

⁷ A Hamman *Vie liturgique et vie sociale* Desclée Paris 1968 241 246

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE SAN PABLO

1. El último viaje a Jerusalén

Sobre este período de la vida de san Pablo, no tenemos ninguna información en las cartas del apóstol, pero disponemos en los Hechos de un relato muy vivo. Si atendemos a los trozos en primera persona del plural, “nosotros”, Lucas, que se había quedado en Filipos, se une ahora al grupo de discípulos que escoltan a Pablo: Sopatros, hijo de Pirro, de Berea, Aristarco y Segundo de Tesalónica, Cayo de Derbe y Timoteo, así como Tíquico y Trófimo, de la provincia de Asia (Hech 20, 4s).

Desde el punto de vista **cronológico**, el dato esencial nos lo ofrece la sucesión de los procuradores Félix y Festo, ante los que compareció Pablo en Cesarea. Desgraciadamente, los historiadores no se ponen de acuerdo en la fecha. Sin embargo, se considera como muy probable la del año 60 para la llegada de Festo, lo cual permite fechar el arresto de Pablo en pentecostés del año 58, en el templo de Jerusalén.

a) BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ

La lectura de Hech 20 puede hacerse desde diversos puntos de vista. El viajero se interesará por la enumeración de las etapas; el historiador, por las indicaciones relativas a las comunidades cristianas que se hablan ido multiplicando por todo el litoral; el liturgista, por la evocación de la velada de Tróade que acabó con la fracción del pan (Hech 20, 7-11) y por el discurso de Pablo a los presbíteros de Efeso. Por su parte, Lucas ha hecho de esta subida de Pablo a Jerusalén una secuencia análoga a la de la gran ascensión de Jesús a la ciudad santa (Lc 9, 51s),¹ que mata a los profetas y lapida a los que le son enviados (Lc 13, 34). Si el mismo Jesús había predicho varias veces su pasión, también a Pablo se le va advirtiendo de ciudad en ciudad de la suerte que le espera (Hech 20, 22s). A veces los gestos acompañan y rubrican las palabras. Así, al estilo de los antiguos profetas, Agabo en Cesarea se ató los pies y las manos con la faja del apóstol y dijo: *“Esto dice el Espíritu Santo: Al dueño de esta faja lo atarán así los judíos en Jerusalén y lo entregarán a los*

¹ *Los Hechos de los apóstoles* (Cuadernos bíblicos, 21) 56.

paganos" (Hech 21, 11). En medio de este panorama, la vuelta a la vida del joven Eutico, caído de una ventana mientras Pablo prolongaba su homilía, ¿no tiene valor de símbolo? (Hech 20, 7-12). Las fuerzas de la muerte no lograrán prevalecer sobre las de la vida.

b) DESPEDIDA DE LOS RESPONSABLES DE EFESO

Con sus prisas por llegar a Jerusalén, Pablo no hizo escala en Efeso, sino en Mileto; desde allí, mandó a los "ancianos" (*presbyteroi*) o "episcopos" de la comunidad de Efeso que vinieran a verlo. Lucas, después de mostrarnos cómo Pablo predicaba en una sinagoga (discurso de Antioquía de Pisidia: Hech 13, 16-41; cf. más arriba, p. 33), cómo se dirigía a los intelectuales de la época (dis-

curso de Atenas: Hech 17, 22-31; cf. p. 52), nos hace oír ahora el "testamento pastoral" de Pablo². Encontramos en él las líneas fundamentales de un género muy conocido en el judaísmo, el de las últimas recomendaciones de un patriarca a sus descendientes o de un jefe religioso a sus discípulos³. Pero el desarrollo de Hech 20 es muy específico; se reconocen en él los rasgos característicos de Pablo, así como las preocupaciones que se manifestarán luego en las cartas pastorales (1 y 2 Tim, Tit): ante las herejías que amenazan, es preciso aferrarse a la tradición apostólica. Al mismo tiempo, el texto nos ofrece una indicación muy preciosa sobre la naturaleza del ministerio cristiano: "*Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes, siendo así pastores de la iglesia de Dios, que él adquirió con la sangre de su Hijo*" (Hech 20, 28).

2. Pablo en Jerusalén

Cuando Pablo llegó a Palestina, se encontró con un país en ebullición. La administración del procurador Félix era cada vez soportada más a disgusto y ofrecía a la propaganda zelote material abundante de crítica. Los mismos historiadores latinos no se muestran con aquella criatura de Claudio más propicios que el judío Flavio Josefo. En aquel período en que reinaban los libertos, Félix era hermano del famoso Palas, liberto y favorito de Claudio. Arrivista político, convirtió el poder en una fuente de ingresos y añadió la crueldad a la rapacidad. Tácito escribe una frase terrible para pintar su carácter: "Manifestando toda clase de crueldades y de abusos de poder, ejerció las prerrogativas de un rey con el alma de un esclavo (*jus regium servili ingenio exercuit*)" (Historias, V, 9).

Frente a los zelotes, designados con el nombre de "bandidos" por la administración y la clase judía favorable a Roma, Félix empleó unas veces la represión y otras el consenso más extraño. Así, para desembarazarse del sumo sacerdote Jonatán que le reprochaba sus injusticias, Félix recurrió en secreto al puñal (*sica*) de los rebeldes.

Una escena que nos narran a la vez Flavio Josefo y los Hechos (21, 38) pone de manifiesto la credulidad exasperada de una parte de la población, dispuesta a responder a la llamada del primero que se presentara contra Roma. Un egipcio que se decía profeta reunió a varios millares de

LOS TERRORISTAS DE LA EPOCA

"Los **sicarios** utilizaban puñales pequeños, de una longitud parecida a la de los **acinaces** persas, pero curvados, como los que los romanos llaman **sicas**; con ellos, esos bandidos mataban a mucha gente y tomaron de allí su nombre. Mezclándose durante las fiestas... con la turba de los que venían de todas partes para cumplir con sus deberes religiosos, degollaban sin dificultad a los que querían. Otras veces se acercaban armados a las aldeas de sus enemigos, las saqueaban y las incendiaban"

(Flavio Josefo, **Antigüedades judías**, XX, 186s)

² J. Dupont, *Le discours de Milete*. Cerf, París 1962.

³ *Intertestamento* (Cuadernos bíblicos, 12) 63s: Los testamentos de los doce patriarcas.

partidarios en el desierto. Desde allí los llevó hasta el monte de los olivos y pretendió apoderarse de la ciudad. Pero Félix salió a su encuentro con toda la infantería romana; el egipcio emprendió la huida con unos cuantos compañeros, mientras que la mayor parte sucumbieron o fueron cogidos prisioneros (*De bello judaico*, II, 261-263).

En estas circunstancias, la situación de la comunidad judeo-cristiana era sumamente delicada: ¿cómo situarse entre los extremistas que se oponían violentamente entre sí? Santiago y los ancianos de Jerusalén reservaron por lo visto una acogida algo fría a Pablo, cuya actitud más liberal provocaba la cólera de muchos; ¿no se le acusaba de apartar a los judíos de la observancia de la ley? (Hech 21, 21). Santiago, por consiguiente, le aconseja prudencia y le da a conocer las decisiones que se habían tomado para facilitar la coexistencia entre los cristianos venidos del judaísmo y los cristianos procedentes de la gentilidad (21, 25). Como ya hemos visto, esto es la prueba de que el decreto llamado de Jerusalén es una pieza referida a la narración del primer concilio (Hech 15).

Invitado por Santiago, Pablo acepta participar en una ceremonia de purificación en el templo (Hech 21, 26s). Resulta extraña esta actitud: ¿habrá que acusar a Lucas de "rejudaizar" a Pablo, haciendo del autor de la carta a los gálatas un hombre capaz de afeitarse la cabeza en cumplimiento de un voto (Hech 18, 18) o de participar en los ritos del templo? Sin embargo, no acaba de verse cómo habría inventado Lucas unos detalles tan singulares para sus lectores de origen griego.⁴ Hay que reconocer desde luego que Pablo no es un doctrinario que razona en abstracto, sino un hombre de su tiempo, marcado siempre

por su educación, y sobre todo un apóstol atento a las mentalidades. Con tal de que no se ponga en discusión la rectitud de la fe, sabe adaptarse. ¿No había declarado él mismo que se hacía judío con los judíos, que se consideraba libre de la ley con los que no tenían la ley (1 Cor 9, 20)? Las instrucciones sobre las carnes inmoladas a los ídolos (1 Cor 8-10), la exhortación a los débiles y a los fuertes de la comunidad de Roma (Rom 14-15, 13) manifiestan este mismo sentido pastoral.

Para quien ha visitado Jerusalén, la escena que nos refiere Hech 21, 27-36 adquiere un relieve especial. Todavía hoy la explanada del templo se ve dominada por las escuelas coránicas construidas en el emplazamiento de la fortaleza Antonia, que permitía a los romanos ejercer una atenta vigilancia. Si la gran plaza conquistada en las laderas del Ofel y sobre la pendiente escarpada del Cedrón por los constructores de Herodes era accesible a todo el público, circunciso e incircunciso, ante ella se levantaba un muro de separación del patio de Israel, elevado unos cuantos escalones. Varias inscripciones advertían al extranjero que no podía pasar más allá, bajo pena de muerte: *"Está prohibido a todo extranjero franquear esta barrera y penetrar en el recinto del santuario. El que lo haga, será él mismo responsable de la muerte que habrá de padecer"*.⁵

Acusado de haber introducido en el patio de Israel a un griego del Asia Menor, Pablo estuvo a punto de ser linchado por la gente. Sólo la rápida intervención de una escuadra de soldados le permitió escapar del furor popular (Hech 21, 27-36).

3. De Jerusalén a Cesarea

Creemos que será suficiente resumir los episodios tan llenos de colorido que nos refiere Lucas con gran acierto:

- Defensa de Pablo ante los judíos (22, 1-21): en el relato de su conversión, el apóstol pone de relieve su afec-

to a la religión de los padres y el papel que en su conversión representó Ananías, un hombre piadoso, fiel a la ley.

- Revelando su cualidad de ciudadano romano, Pablo evita la flagelación (22, 22-29).

- Pablo comparece ante el sanedrín (22, 30-23, 10): proclamando la fe farisaica en la resurrección de los muertos, Pablo suscita hábilmente un conflicto entre los partidarios y los negadores de esta creencia.

- La conjura de los judíos contra Pablo (23, 11-22).

- Pablo es trasladado con una buena escolta a Cesarea, donde residía habitualmente el gobernador (23, 23-35).

⁴ G. Bornkamm, *Paul, apôtre de Jésus Christ*. Labor et Fides, Génève 1971, 149-151.

⁵ Se conserva en Estambul una inscripción, encontrada en 1871; es la que reproduce un vaciado del Louvre. En 1936 se descubrió otra inscripción.

- Acusación de los judíos contra Pablo en presencia de Félix (24, 1-9): perturba el orden público (v. 5) y ha profanado el templo.⁶

- Defensa de Pablo (24, 10-21): el apóstol demuestra la falta de fundamento de las quejas dirigidas contra él e insiste en su fe en la resurrección.

- Una detención que se eterniza (24, 22-27).

La ciudad de **Cesarea**, a la que Pablo había sido enviado, era prácticamente creación de Herodes, que quiso hacer de ella la rival de las grandes ciudades helenísticas de la costa. Con muchas más posibilidades que en Jerusalén, el rey hizo gala en ella de sus talentos de constructor,

testimoniando a la vez su gran afecto por el imperio, al edificar un templo a Roma y a Augusto. La población estaba formada, mitad por sirios de lengua griega, y mitad por judíos, lo que daba lugar a frecuentes enfrentamientos. La conversión del centurión Cornelio (Hech 10) marca una etapa importante en la expansión del cristianismo. Felipe, uno de los siete, fijó allí su residencia con sus cuatro hijas vírgenes que profetizaban (Hech 21, 8-9). A pesar de la larga duración de su cautiverio, Pablo no se sentía solo: Félix, además, que no había encontrado nada grave en las acusaciones judías, había concedido a Pablo la posibilidad de recibir a sus amigos, aguardando una ocasión propicia para liberarlo.

4. Apelación al tribunal del César

Los últimos tiempos de la administración de Félix estuvieron marcados por choques sangrientos entre los judíos y los griegos de Cesarea. Como no lograba calmar a los sediciosos, el gobernador envió a Roma a los caudillos de ambos partidos para que Nerón resolviera sus diferencias (*De bello judaico*, II, 271).

Los Hechos nos presentan a Festo como más conciliador entre sus administrados, aunque firme en la aplicación de la justicia. Para congraciarse con el sanedrín, volvió a estudiar el proceso de Pablo y le propuso que compareciera ante el tribunal judío. Pero Pablo replicó: *“Estoy ante el tribunal del emperador, que es donde se me tiene que juzgar”* (25, 10). Hablando en términos rigurosos, no se trata de una apelación, ya que no se había pronunciado hasta entonces ninguna sentencia. Como ciudadano romano, Pablo exige que le juzgue un tribunal competente, el del emperador. Festo no podía eludir la cuestión, ya

que la *lex julia de vi publica* prohibía a los gobernadores oponerse a la *provocatio ad imperium* de un acusado.

Pero entretanto había que reunir sobre el asunto una documentación (*litterae dimissoriae*). Festo se aprovecha de la estancia del rey Agripa II y de su esposa Berenice en la ciudad⁷ para pedirle a Pablo que se explique (Hech 25, 13-27): *“No es costumbre romana ceder a un individuo sin más ni más; primero el acusado tiene que carearse con sus acusadores, para tener ocasión de defenderse de lo que se le inculpa”* (Hech 26, 16).⁸

En su apología, pronunciada con toda la solemnidad de un orador antiguo (cf. Hech 26, 1), Pablo refiere de nuevo su conversión y expresa en palabras muy densas todo el sentido de su misión: *“El Señor me dijo:... Te envío a los paganos para que les abras los ojos y se vuelvan de las tinieblas a la luz y del dominio de Satanás a Dios; para que creyendo en mí obtengan el perdón de los pecados y parte en la herencia de los consagrados”* (Hech 26, 18). La inocencia de Pablo resplandece a plena luz, pero como ha apelado al emperador, tiene que ir a Roma (Hech 26, 30-32).

⁶ A diferencia del proceso tan estricto que se seguía en Roma los gobernadores de provincia tenían más amplitud en los procedimientos criminales. El momento esencial era el interrogatorio que hacía el mismo gobernador. Como juez de instrucción, tenía que ver si las acusaciones tenían fundamento, interrogar al detenido, escuchar su defensa y decidir finalmente sobre el caso. Los judíos, al acusar a Pablo de perturbar el orden público, intentaban hacer caer sobre él el peso de la *lex julia de majestate* (J. Dauvillier. *Les temps apostoliques* Sirey 1970 188s).

⁷ Sobre Berenice, cf. el recuadro de *Los Hechos de los apóstoles* (Cuadernos bíblicos, 21) 53

⁸ Sobre la admiración de Lucas por la justicia romana, cf. J. Dupont, *Aequitas romana*, en *Etudes sur les Actes*, 527-552

UN VIAJE BORRASCOSO

El c. 27 de los Hechos es difícil de resumir; hay que leer de cabo a rabo el relato de un viaje tan movido, que tan bien ilustra los naufragios de los que nos habla Pablo en 2 Cor 11, 22 y los peligros del mar con los que tantas veces

se había enfrentado. Cuando en medio de la tempestad todos pierden la cabeza, Pablo alienta a sus compañeros y reparte el pan dando gracias a Dios (Hech 27, 35). Con un tacto admirable, Lucas evoca en filigrana el pan eucarístico que sirve de aliento en los momentos más duros.⁹ Los 276 náufragos son bien acogidos en Malta.

5. Llegada a Roma

De Malta a Roma el viaje fue más fácil. Algunos hermanos acogieron a Pablo en Pozzuoli, puerto importante en la bahía de Nápoles. Constatamos de este modo la rápida expansión de la fe en numerosas ciudades como Alejandría (Hech 18, 24s), Ptolemaida (Hech 21, 7), sin que conozcamos a los misioneros. Los cristianos de Roma, deseosos de honrar al ilustre prisionero, fueron a esperarlo unos al Foro de Apio, a 65 kms. de Roma, y otros a Tres Tabernas, a 49 kms., en la célebre Via Apia.

La ciudad de Roma que Pablo iba finalmente a conocer contaba en el seno de su abigarrada población una importante comunidad judía, implantada allí desde hacía más de un siglo.¹⁰ Se vio reforzada por los esclavos vendidos por Pompeyo el año 61 a. C., después de la toma de Jerusalén, y se hacía notar por su espíritu de corporación. Cicerón se queja de ello en su defensa de Flaco, aquel magistrado poco escrupuloso que había confiscado el dinero judío destinado al templo de Jerusalén. Después de obtener de César el reconocimiento oficial de su religión, los judíos le demostraron su gratitud; cuando fue asesinado, le hicieron pomposos funerales, "pasando varias noches seguidas alrededor de su tumba" (Suetonio, César, 84).

Nos ofrecen muchos datos de aquella comunidad las numerosas inscripciones funerarias que se han encontrado en las catacumbas de Monteverde, de la Via Apia y de la Via Nomentana; en ellas suele ser usual la lengua griega, lo cual demuestra que eran los Setenta la traducción

utilizada en las sinagogas romanas. Se conoce la existencia de once sinagogas por lo menos; pero no está del todo clara la organización interna de la comunidad judía. Parece ser que cada sinagoga tenía su propio "consejo de ancianos" (*gerousía*). Fue a los responsables de este tipo a los que Pablo tuvo ocasión de dirigirse (Hech 28, 17).

Como primera señal de la implantación del cristianismo en la ciudad eterna, ya hemos hablado del decreto de expulsión de Claudio, provocado en el año 49 por la agitación de los judíos bajo la instigación de un tal Cresto (cf. p. 57). Cuando Pablo escribió a los romanos, la comunidad era ya importante y había tenido cierta irradiación (Rom 1, 8). No parece ser que Pedro se hubiera instalado ya allí. El núcleo inicial de la comunidad estaba formado por judíos convertidos, pero cuando escribe Pablo, ese núcleo parece ser minoritario, de forma que se palpan vivas tensiones entre las dos corrientes, los fuertes y los débiles (Rom 14-15, 13).

EL PROCESO ANTE EL CESAR

Pablo había apelado al César, pero esto no significa que tuviera que comparecer ante el emperador en persona. Ordinariamente, éste delegaba en el prefecto de la ciudad o en algún consular. Acusado por los judíos, pero con un informe favorable de Festo, Pablo disfrutó del régimen de la *custodia militaris*; esto es, en lugar de estar encarcelado en la cárcel común, pudo alquilar un apartamento particular en donde estaba bajo la vigilancia de los soldados. Vigilancia muy estrecha por otra parte, ya que normalmente el brazo derecho del prisionero permanecía encadenado al brazo izquierdo de su guardián (Séneca, *Epístola* V, 7). Podían concederse algunos favores excepcionales a esta medida, como por ejemplo pasear libre de cadenas por un lugar cerrado del Campo pretorio, en el

⁹ B. Tremel, *La fraction du pain dans les Actes des Apôtres*: *Lumières et Vie* 94 (1969) 76-90 (especialmente 79s).

¹⁰ M. Simon, *Les juifs de Rome au début de l'ère chrétienne*: *Bible et Terre Sainte*, n. 94, 9-15.

barrio nordeste de la ciudad, donde permaneció dos años (Hech 28, 30).

Preocupado por las fases del proceso de Cesarea, Lucas no se interesa más que por la predicación relativamente libre de Pablo en Roma. La comunidad judía le envió una delegación. El discurso de Pablo provoca el mismo efecto que en los demás sitios; se declara un cisma en el auditorio y el apóstol comprueba que ha sonado definitivamente la hora de la evangelización de las naciones y del endurecimiento de Israel (Hech 28, 25-28). Queda así demostrada en el corazón del imperio la tesis de la universalidad de la salvación, tan cara a Lucas.¹¹

Los Hechos acaban con una perspectiva optimista: Pablo predica con toda libertad y sin estorbos (Hech 28, 31). Se adivina que es inminente la liberación del prisionero. ¿Qué es lo que realmente pasó? Puesto que los judíos de Jerusalén eran los acusadores, tenían que perse-

guir ellos mismos a su adversario ante el tribunal imperial. Parece ser que no lo hicieron (Hech 28, 21). El plazo de dos años que indica Hech 28, 30 ¿no indicará que, pasado ese tiempo, quedaba el asunto zanjado? Esta es la interpretación de numerosos autores que se basan para ello en algunos papiros fragmentarios que atribuyen esta medida al emperador Claudio.¹² En sentido contrario, J. Dauvillier observa que no se trata de una liberación automática por incomparecencia de los acusadores, sino de un juicio pronunciado por el emperador en ausencia de una de las partes. En este caso Pablo habría gozado de una sentencia de absolución, análoga a nuestro "no hay lugar", o de una medida de clemencia fácil de comprender en un momento en que la comunidad cristiana no le parecía todavía a los extraños separada del judaísmo (cf. Hech 18, 14s). Muy distinto será el contexto político después del incendio de Roma (julio del año 64).

6. Pablo y las comunidades del Asia Menor

Durante su cautiverio en Roma, a Pablo le sigue acosando la preocupación por todas las iglesias (cf. 2 Cor 11, 28). Se adivina con qué impaciencia aguardaba la llegada de un mensajero que le hablara de los progresos en la fe de sus queridas comunidades.

Recibió entonces la visita de Epafras, natural de la ciudad de Colosas, al que había convertido en Efeso. La historia de Epafras tiene un valor ejemplar: nos muestra cómo el evangelio fue irradiando desde los grandes centros en los que Pablo se había detenido por algún tiempo. Con su ardor de neófito, Epafras se convirtió en evangelista de las ciudades de Colosas, de Laodicea y de Hierápolis (Col 4, 13), situadas en el valle del Lico, afluente del Meandro. Toda aquella región estaba llena de judíos y era famosa por su producción de lana negra. Por los años 60/61, un terrible terremoto destruyó la región; Colosas no volvió a

levantar cabeza, mientras que Laodicea, la capital administrativa, fue capaz de restaurar sus ruinas con sus propios recursos (Tácito, *Anales*, XIV, 27). El Apocalipsis alude a sus riquezas (Apoc 3, 17).

Volviendo a Epafras, parece ser que se vio pronto desbordado. Las jóvenes comunidades se vieron turbadas por los predicadores que imponían la circuncisión (Col 2, 11-13) y las normas alimenticias judías (2, 16-21), insistiendo en la observación de cierto calendario para que el cultivo de la tierra se armonizara con el culto angélico (cf. 2, 16-18)... Volvemos a encontrarnos con los mismos que impresionaron a los gálatas (véase p. 67). Los falsos doctores de Colosas apelaban a visiones celestiales (2, 18), tenían extrañas teorías sobre las jerarquías del cielo y atribuían la mayor importancia a las potencias, los tronos y las dominaciones. En la medida en que es posible reconstruirla, la doctrina colosense ofrece también algunas analogías con los textos de Qumrán. No olvidemos tampoco que un país de tránsito como las ciudades del Lico, en la ruta del Medio Oriente hacia Efeso, era un terreno bien abonado para todos los sincretismos.

El informe de Epafras provocó en Pablo profundas meditaciones sobre la primacía de Cristo en todos los ór-

¹¹ J. Dupont, *Le salut des gentils et la signification théologique du livre des Actes*, en *Etudes sur les Actes*, 393-419

¹² Véanse estos textos en el artículo de J. Decroix, *Le procès de Paul à la lumière du droit romain* Bible et Terre Sainte, n. 109, 5-6 En sentido contrario J. Dauvillier, *o. c.*, 194-196

denes No se trataba solamente de proclamar que la salvación nos viene por medio de Cristo, sino de reconocer que su misión salvífica se deriva de su poder creador. Aplicando entonces a Cristo los textos que en el Antiguo Testamento evocaban la función creadora de la sabiduría divina. Pablo nos hace contemplar a Cristo como imagen del Dios invisible, primogenito de toda criatura, aquel en el que todo ha sido creado (Col 1, 15) ¿Por qué entonces aferrarse a unas potencias que han quedado destituidas de toda autoridad ante la cruz? (Col 2, 15) ¿Por qué aplicarse a prácticas exteriores, siendo así que por el bautismo nos hemos revestido del hombre nuevo? (Col 3, 10)

Entretanto Pablo convierte y bautiza a Onésimo, un esclavo de Colosas que había creído encontrar en el mundo de la capital un abrigo seguro en la huida de su amo. Hacia aquel hijo engendrado en su prisión (Flm 10), Pablo siente un gran cariño. ¿No podría conservarlo a su lado? ¿Quién se iba a enterar de que era un fugitivo? Sin embargo Pablo decide enviarlo a su dueño, un rico cristiano de Colosas que recibe a la comunidad en su casa (Flm 1-2). Entrega a Tíquico dos mensajes (Col 4, 7) uno para toda

la comunidad de Colosas y otro para Filemón al que pide que perdona a su esclavo e incluso que le dé la libertad (v. 16). Se trata de una carta escrita con mucha delicadeza, que revela a la vez la finura del apóstol y su pedagogía espiritual. Finalmente, el apóstol anuncia su esperanza de una próxima libertad y sus deseos de visitar Colosas (Flm 22).

Las cartas a los colosenses y a Filemón encierran muchas noticias personales que nos permiten conocer el equipo de los colaboradores del apóstol (cf. Col 4, 14). **Marcos** que olvidó pronto la dureza con que Pablo le había tratado en Antioquía (Hech 15, 38) y que se convirtió según la tradición, en intérprete de Pedro, **Aristarco**, natural de Tesalónica (Hech 20, 4), que había acompañado a Pablo a Jerusalén, portador de la colecta, **Demas**, natural también seguramente de Tesalónica (durante la segunda cautividad no demostró el mismo afecto a Pablo, lo cual provocó una amarga reflexión del apóstol 2 Tim 4, 14), **Lucas**, el médico fiel, gracias al cual hemos podido reconstruir el itinerario apostólico de Pablo, finalmente **Epafras**, que comparte en cierto modo la cautividad del apóstol (Flm 23).

7. Al salir de la cárcel

Los últimos años de la vida de Pablo están rodeados de bruma. Está bien establecido su martirio en Roma, pero la fecha no es segura. Una tradición antigua lo sitúa en el año 14º del reinado de Nerón, o sea entre julio del 67 y junio del 68.¹³ En este período intermedio entre el final de la primera cautividad de Roma (año 63) y el martirio, es donde mejor se inscriben los numerosos desplazamientos que suponen las cartas pastorales (1 y 2 Tim, Tit). Esta era ya la opinión de Eusebio de Cesarea, el gran historiador de la antigüedad cristiana. Después de defender su causa, el apóstol salió de nuevo de Roma, según se dice, para el ministerio de la predicación. Volvió luego por segunda vez a la misma ciudad y fue consumado por el martirio. Fue entonces, estando de nuevo encadenado cuando compuso la segunda carta a Timoteo, en la que habla a la vez de su primera defensa y de su consumación inminente.

Después de citar varios extractos de 2 Tim, Eusebio concluye. Hacemos observar que el martirio de Pablo no tuvo lugar durante la estancia en Roma que describe

Lucas. Por otra parte, es muy probable que al comienzo de su reinado Nerón fuera más clemente y recibiera fácilmente la defensa de Pablo en favor de su doctrina. (**Historia eclesiástica**, II, 22, 2-8)

Eusebio es muy consciente de las dificultades, ya que utiliza un según se dice después de la mención de la partida de Roma. El silencio de los Hechos sobre el final de Pablo, la tendencia litúrgica a asociar estrechamente a Pedro y a Pablo en su martirio¹⁴ explican en parte la vacilación en afirmar como segura una doble cautividad en Roma. Sin embargo, es la hipótesis que permite integrar mejor el mayor número de elementos.

¹³ Eusebio *Chronicon* libro 2. Olimpiada 211 (PG 19, 544). San Jerónimo confirma esta fecha y señala que fue dos años después de la muerte de Seneca (abril del año 65) (*De viris illustribus* 5 y 12).

¹⁴ Esta asociación la atestigua ya Clemente de Roma *Primera carta a los corintios* V.

Al salir de la prisión, ¿se dirigió Pablo a España, tal como había pensado anteriormente (Rom 15, 28)? Clemente Romano parece afirmarlo: “Después de haber enseñado la justicia al mundo entero y de haber alcanzado los confines de occidente (¿España?), dio testimonio ante los gobernantes; así es como dejó el mundo y se fue a la morada de la santidad como ilustre modelo de constancia” (Clemente de Roma, *Carta primera a los corintios*, V, 4-7).

El carácter oratorio de estas palabras nos hace vacilar sobre el contenido que hay que dar a las mismas. Si Pablo fue a España, a Tarragona según una tradición posterior,¹⁵ hay que reconocer que no tuvo tiempo para fundar allí una comunidad.

Al contrario, no es posible pasar en silencio los numerosos datos que nos ofrecen las cartas pastorales sobre los desplazamientos de Pablo por la parte oriental del Mediterráneo. Sea quien sea (Pablo o un discípulo) el autor de estas cartas que forman un todo aparte en el conjunto de las cartas paulinas, la verdad es que reflejan tradiciones preciosas sobre la actividad del apóstol en sus últimos años y demuestran su cuidado por dar a las iglesias una organización firme, capaz de superar las borrascas que amenazaban. Recojamos las principales de estas indicaciones:

- En Efeso, Pablo deja a Timoteo la misión de velar por la buena marcha de la comunidad.
- En Creta, encarga a Tito de organizar la vida eclesial y particularmente de instituir presbíteros (Tit 1, 5).
- De paso por Tróade, dejó allí su manto de invierno y algunos pergaminos (2 Tim 4, 13).
- Pasa un invierno en Nicópolis, puerto importante de Dalmacia. Se trataba de un lugar bien escogido, ya que pasaban por allí los viajeros de Grecia y de Italia meridional. Unos decenios más tarde, Epicteto hará célebre a aquella ciudad con sus **Coloquios**.

Durante este período, los acontecimientos evolucionan con rapidez y amenazan cada vez más a la joven iglesia. En el año 62, el sumo sacerdote Anás, aprovechándose del intermedio que dejó el paso de poder del procurador

Festo al de Albino, mandó lapidar a “Santiago, hermano de Jesús llamado Cristo, y a algunos otros, acusándoles de haber faltado contra la ley” (**Antigüedades judías**, XX, 200). Estos asesinatos suscitaron la indignación de los fariseos que intervinieron ante Albino para que depusiera al sumo sacerdote. Este acontecimiento revela la diferencia de actitud entre fariseos y saduceos, que ya habían señalado los Hechos a propósito de Gamaliel (Hech 5, 34-39). Se comprueba así que, antes de la destrucción del templo, los fariseos se mostraban más tolerantes que los saduceos, supremos responsables de la condenación de Jesús.

En julio del año 64 estalla en Roma un terrible incendio; se sospecha de Nerón como responsable. Para acallar la voz pública, se necesitan culpables. Se denuncia a los cristianos y se les aplica el suplicio previsto para los incendiarios.¹⁶ A pesar de su desprecio contra la execrable superstición de los cristianos, Tácito manifiesta su compasión por las víctimas inocentes que arden como antorchas vivas en los jardines del Vaticano (**Anales**, XV, 44). Fue entonces cuando crucificaron a Pedro, enterrándolo bajo unas pobres tejas, no lejos del circo de Nerón.¹⁷

¿Promulgó Nerón en esta ocasión un edicto que prohibía el “nombre cristiano”, como insinúa Tertuliano (**Apologética** 8-9)? Los historiadores modernos están de acuerdo en reconocer que Nerón no hizo más que aplicar un viejo principio del derecho romano: “Que nadie tenga dioses aparte, ni nuevos ni extranjeros, si no son admitidos por el estado”.¹⁸

¿De dónde viene entonces que el cristianismo, que hasta entonces había podido figurar como una secta judía, aparezca ahora como separado? Se sospecha que hubo una denuncia hecha en debida forma por los saduceos y que fue llevada a Roma por medio de Popea, esposa de Nerón y prosélita.¹⁹ Antes del siglo III no habrá ningún edicto general de persecución, pero las comunidades vivirán siempre en medio de la incertidumbre, expuestas a la malevolencia de la gente y a la denuncia de los envidiosos, como se ve por la correspondencia de Plinio el joven con el emperador Trajano (Plinio, **Cartas**, X, 96 y 97).

¹⁵ Este viaje está atestiguado por el Canon de Muratori (hacia el año 180) y por las *Actas de Pedro* (hacia el año 190)

¹⁶ Cf P Prigent, *Au temps de l'Apocalypse III Pourquoi les persécutions?* Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses (1975) 341-363

¹⁷ Cf Bible et Terre Sainte, n 30 (junio de 1960)

¹⁸ Texto arcaico citado por Cicerón, *De legibus*, II, 8

¹⁹ H Cazelles *Naissance de l'église, secte juive rejetée?* Cerf Paris 1968 104-108

ESCLAVOS Y LIBERTOS

De forma muy distinta de como ocurría en el ambiente judío, la esclavitud en el mundo grecorromano desempeña un papel económico esencial y representa la tara más siniestra de aquella civilización.

La historia de la esclavitud es muy compleja.¹ En el mundo griego del tiempo de Homero como en la Roma antigua, los esclavos y servidores constituyen la casa regida por el jefe de familia. Fueron las guerras de conquista las que desarrollaron la esclavitud, arruinando al mismo tiempo la clase de los pequeños campesinos. Para Aristóteles, que en este punto desarrolla las ideas comunes de su época, el esclavo no es un hombre, sino una especie de instrumento animado (*sôma, organon*). El esclavo ha nacido para la servidumbre lo mismo que el ciudadano para la libertad. Al contrario, reconociendo que también el esclavo es un hombre, Zenón, el fundador del estoicismo (p. 54), favoreció una lenta evolución de las costumbres.

En Roma es donde fue peor la condición de los esclavos. Son conocidas aquellas frases tan tremendas de Catón el mayor cuando traza las normas de conducta de un buen jefe de familia: *"Que vendan los bueyes que van siendo viejos, los carros destartados, los aperos antiguos, los esclavos ya mayores, los esclavos enfermos y todo lo que no necesite. El padre de familia debe tener un alma de vendedor, no de comprador"* (*De agricultura*, 11).

En la época de Pablo, había varias categorías de esclavos. Los que trabajaban en las grandes factorías del campo, en las minas o en las obras públicas eran los que se encontraban en peor situación. Los "esclavos públicos", "funcionarios" de la ciudad o del emperador, estaban destinados a los más variados menesteres, des de los cargos meramente administrativos hasta los otros trabajos más pesados como el mantenimiento de los baños públicos y de los acueductos. Podían dejar en herencia hasta las dos terceras partes de su peculio. La

situación de los esclavos domésticos dependía mucho del humor de sus dueños y de sus tareas. ¿Qué es lo que había de común entre Tirón, secretario de Cicerón, y el esclavo empleado en los más duros trabajos de la casa?

Filósofo preceptor de Nerón y propietario además de grandes terrenos en España, Séneca hace llegar a Roma la corriente humanitaria del estoicismo: *"¿Quién va a atreverse a regatear la liberalidad de los que llevan la toga? La naturaleza nos ordena ser útiles a los demás hombres, sean esclavos o libres, nobles o libertos, libérralos ante el magistrado o ante los amigos, ¿qué más da? Donde hay un hombre, allí siempre hay un sitio para hacer el bien"* (*Carta 47 a Lucilio*).

La liberación

Entre las diversas formas de liberación, la más interesante para el estudio del Nuevo Testamento es la compra del esclavo por un dios. De hecho, el esclavo pagaba de su propio peculio el precio debido a su amo para que le diera la libertad, pero como esa transacción se hacía en el templo gozaba de la protección divina. Casi 1200 actas, grabadas en las paredes del santuario de Delfos entre los años 201 a. C. y 90 p. C., demuestran cómo se pensaba que el dios redimía al esclavo y lo guardaba bajo su tutela. He aquí una de esas actas: *"Con las siguientes condiciones, Patreas, hijo de Andrónico, y Damotimo, naturales de Delfos, han vendido a Apolo Pitico una mujer esclava llamada Heraclea por tres minas de plata y han recibido totalmente ese precio según la misión confiada al dios por Heraclea. Heraclea quedará libre e independiente de todos para siempre, haciendo de sí misma lo que quiera y yendo adonde desee. Si alguno echa la mano sobre Heraclea para reducirla a esclavitud, que los vendedores Patreas y Damotimo garanticen esta venta al dios, si no garantizan esta venta al dios, se les podrá poner un castigo en dinero según la ley"*.

Los judíos adoptaron esta misma costumbre, como indica la siguiente inscripción encontrada en Panticapaea (Asia Menor) y del siglo I de nuestra era: *"Yo doy la libertad en la casa de oración a Elpias (¿hijo?) de mi esclavo, educado en mi casa, que ninguno de mis herederos le ponga dificultades o le reprenda, a no ser que falte a su deber de asistir asiduamente a la casa de ora*

¹ Para una visión de conjunto véase J. Schmidt *Vie et mort des esclaves dans la Rome antique*. París 1973. Pueden verse numerosas referencias a las inscripciones y papiros en C. Spicq *Théologie morale de N. T.* Gabalda. París t. II 828-849.

cion la comunidad de los judios y los piadosos (?) se encargara conmigo de la tutela (de este liberto) (Citado en Revue Biblique (1969) 95)

Durante el imperio lo más frecuente era la liberación por testamento en el que el amo indicaba cuáles eran los esclavos que había que dejar libres a su muerte. Este movimiento alcanzó tal amplitud que en tiempos de Augusto algunos quisieron apagarlo. Si había sido liberado en vida de su amo el liberto quedaba sometido a numerosas obligaciones que con frecuencia se detallaban en el acta de emancipación por ejemplo debía acudir todas las mañanas entre los demás clientes a saludar a su patrono. El emperador Claudio tomó severas medidas contra los libertos que faltaban a sus compromisos (Suetonio *Vida de Claudio* 25). Algunos escalaron tan pronto los grados del poder que el reino de Claudio se presentó como el reino de los libertos con gran escándalo de la aristocracia romana.

Actitud de Pablo

Resulta extraño que Pablo parezca haber tomado partido en favor de la esclavitud. Esclavos obedeced en todo a vuestros amos humanos (Col 3 22 cf Ef 6 5 9 1 Tim 6 1 2 Tit 2 9 10). ¿No tenía nada nuevo que añadir el mensaje cristiano a los códigos de la moral antigua? ² El estudio de la carta a Filemon obliga a dar una respuesta más matizada ³

Señalemos en primer lugar algunas evidencias. Cuando Pablo escribe los cristianos representan una infima minoría en el imperio. ¿Habría que predicar a los esclavos la rebelión que produjo tremendas represiones durante las guerras anteriores de los esclavos y la rebelión de Espartaco? Incluso en Palestina Pablo podía comprobar la enorme anarquía a la que había llevado la propaganda zelote por la liberación del país. ¿Había llegado la hora de lanzar un movimiento que para la gente extraña se confundiría más o menos con el zelotismo? ⁴

Más aun que los estoicos Pablo está convencido de que la peor esclavitud es la de las pasiones. Y a diferencia de ellos no cree que el hombre pueda librarse de esas pasiones con sola su razón sin la intervención de Cristo. El hombre sigue siendo esclavo pero con Cristo adquiere la libertad según el espíritu.

Pablo enseña que en Cristo caen las antiguas diferencias. *Aquí no hay más griego ni judío esclavo ni libre* (Col 3 11). Unos y otros tienen los mismos derechos y los mismos deberes. Los esclavos tienen que considerarse *libertos del Señor* mientras que los hombres libres deben juzgarse *esclavos de Cristo* (1 Cor 7 22).

Si un esclavo puede obtener su emancipación que se aproveche de ella. Este parece ser el sentido de 1 Cor 7 21 ⁴

Los amos cristianos deben comprender que sus esclavos no están sometidos a sus caprichos (Col 4 1). Lo que Pablo más desearía es que los amos estuvieran dispuestos a liberar a sus esclavos pero en este terreno lo que más le preocupa es formar las conciencias (cf Flm 8 14 17 21) no dictar ordenes. Es una pena que esta exhortación no obtuviera todo el eco que habría sido necesario. Pero al revelar a los esclavos la dignidad de su vida una vida de liberados en Cristo el apóstol ponía el principio que en adelante habría de transformar la condición servil.

² Buenas reflexiones sobre este tema en H. D. Wendland *Ethique du N. T.* Geneve 1972 98s.

³ Th. Preiss *Vie en Christ et ethique sociale dans l'épître a Philemon en La vie en Christ* Delachaux et Niestlé Neuchâtel 1951 65 73.

⁴ P. Trummer *Die Chance der Freiheit Zur Interpretation des 'mal lon chrési' in 1 Kor 7 21* *Biblica* (1975) 344 368 en contra de la interpretación de la Traducción ecuménica de la Biblia.

8. El martirio en Roma

Las incesantes idas y venidas de Pablo que nos hacen suponer las cartas pastorales dan la impresión de un hombre inquieto, deseoso de escapar de la atención de las autoridades. Un día fue denunciado por Alejandro el broncista (2 Tim 4, 14). Trasladado a Roma, como lo será cuarenta años más tarde Ignacio de Antioquía, Pablo conoce una dura cautividad. Según una tradición relativamente antigua, sufrió la oscura humedad de la cárcel Mamertina, a los pies del Capitolio. También conoció la prueba de la soledad y el desamparo; Onesiforo, procedente de Efeso, logró visitarlo después de muchos esfuerzos (2 Tim 1, 16-18). Sólo Lucas estaba aún con el apóstol (2 Tim 4, 11).

En este contexto es como hemos de leer el pasaje de Clemente de Roma sobre la "envidia" que provocó tanto el martirio de Pablo como el de Pedro: "Como consecuencia de la envidia (**zelos**) y de la discordia, Pablo tuvo que pagar el precio reservado a la constancia. Cargado siete veces de cadenas, desterrado, lapidado, convertido en pregonero de oriente y de occidente, recibió la fama esplendorosa que merecía su fe" (Clemente, **Carta primera a los corintios**, V, 5-6).

El carácter oratorio de este texto hace difícil su interpretación. Pero tenemos la impresión de que, diezmada por la terrible persecución del año 64, la comunidad de Roma abandonó al apóstol a su triste suerte. ¿Hay que acusar por este motivo de "envidia" a los judecristianos? Es más verosímil pensar en los judíos que, en su celo por la ley, siguieron intentando hasta el final deshacerse de Pablo.

En la segunda carta a Timoteo, se pueden recoger algunas indicaciones sobre el desarrollo de este proceso.²⁰ Durante la primera audiencia, Pablo se encontró solo, a pesar de que ordinariamente los parientes y ami-

gos se apresuraban a atender al acusado para impresionar al juez en su favor. En el curso de esta audiencia, el juez se informaba de la identidad del acusado, estudiaba los principales capítulos de acusación, oía a los testigos, determinaba el procedimiento que había que seguir. El reo era invitado a presentar su defensa (**apología**). Si había motivos para seguir adelante, el juez pronunciaba la palabra **amplius**, exigiendo de este modo una información suplementaria. Entre las dos audiencias podía transcurrir un tiempo considerable. Fue entonces cuando Pablo dictó estas líneas que pueden considerarse como su testamento espiritual: "*El Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas; quería anunciar íntegro el mensaje por mi medio y que lo oyera todo el mundo pagano; él me libró de las fauces del león. El Señor seguirá librándome de toda acción malvada y me guardará incólume para su reino celeste*" (2 Tim 4, 17-18).

Unas semanas más tarde, Pablo sufrió el castigo que se les daba a los ciudadanos romanos: la decapitación por medio de la espada. Según la tradición, el martirio tuvo lugar a tres millas de Roma, no lejos de la Vía Ostiense, junto a las fuentes Salvianas. Su cuerpo fue enterrado al lado de un columbario que domina la Vía Ostiense; ya a finales del siglo II, el sacerdote romano Cayo atestigua la veneración de que eran objeto las tumbas de los dos fundadores de la iglesia de Roma: "*Os puedo mostrar los trofeos de los apóstoles. Si deseas acercarte al Vaticano o a la vía de Ostia, encontrarás los trofeos de los que han fundado esta iglesia*" (En Eusebio, **Historia Eclesiástica**, II, 25, 7).

Cuando Constantino dio más tarde la paz a la iglesia, ordenó que se levantara una basílica sobre la tumba de Pablo y otra sobre la de Pedro. Pero más impresionante todavía que esos monumentos de piedra, en los que se ha plasmado la veneración secular de los fieles, siguen siendo sus cartas que han merecido a Pablo el nombre de doctor supremo de la iglesia.

²⁰ J. Dauvillier o c., 201s

CONCLUSION

Este cuaderno nos ha permitido acompañar por montañas y valles a aquel viajero infatigable que fue Pablo, descubrir la variedad de auditorios a los que dirigió la palabra, captar los problemas de un tiempo menos alejado del nuestro de lo que podría creerse a primera vista. «Pablo en su tiempo»: comprenderlo en su verdad de hombre comprometido ¿no será la primera condición para descubrir su actualidad? ¡Ojalá puedan estas páginas abrir las ganas de leer ahora al mismo Pablo!

Familiarizados con las etapas de una vida tan llena, intentemos descubrir algunos rasgos principales de una personalidad que se sale de los marcos habituales. Si nos empeñamos en recoger solamente los aspectos que parecen coherentes entre sí, corremos el peligro de mutilar la Imagen del Pablo auténtico que, en su fe en Cristo vivo, supo compaginar en él las tendencias y las ideas más variadas. Su estilo nervioso, apasionado, rico en antítesis, refleja toda la ebullición interior del rabino convertido, que supo unir los recursos del espíritu judío y los de la cultura griega para proclamar su fe en Cristo salvador y fundar comunidades que irradiaban la novedad del evangelio.

1. APOSTOL DE JESUCRISTO

Pablo reivindica con energía el origen inmediato de su llamada y no quiere depender más que de Cristo, del que se proclama «servidor». A diferencia de los doce que siguieron a Jesús por los caminos de Palestina, Pablo llegó un poco tarde (un aborto: 1 Cor 15, 8), descubriendo en medio de un relámpago la presencia del resucitado en su iglesia. El centro de gravedad de su teología será por consiguiente muy distinto del de los doce: bajo su doble aspecto de escándalo de la cruz y de irradiación pascual, el misterio de la muerte y de la resurrección acapara toda la meditación de Pablo, hasta tal punto que es preciso estar muy atentos para descubrir bajo su pluma ecos directos de la enseñanza de Jesús. Se dan ciertamente estos

ecos (p. 25), pero en su conjunto Pablo se muestra más preocupado de señalar cómo hay que vivir «en Cristo» que de recordar el relato de los orígenes.

De todas formas, incluso cuando subraya el carácter específico de su misión, declara que no puede haber más evangelio que el que ha sido proclamado por todos los apóstoles (1 Cor 15, 1-11; Gál 1, 6-9), y, a pesar de los riesgos que encerraba de ser mal interpretada su actitud, no vacila en dirigirse a Jerusalén (Gál 2, 2) para que se pusiera de manifiesto la solidaridad apostólica.

2. EL RABINO Y EL GRIEGO

Por su origen y formación, Pablo pertenece a dos mundos culturales. No renegó de ninguno de ellos, sino que fecundó una cultura con otra. En su lectura de las escrituras se inspiró en los métodos que había aprendido a los pies de Gamaliel (p. 23). Y luego puso su ciencia exegética al servicio de Cristo, cuya presencia secreta descubre a lo largo de toda la historia de Israel. La proclamación de que Cristo murió y resucitó según las escrituras se convierte en la clave de interpretación que le permite leer sin velo alguno el Antiguo Testamento (2 Cor 3, 14). Si a veces procede con demasiadas sutilezas, Pablo se muestra atento de ordinario al movimiento de los textos que cita; señala allí el sentido profundo de la promesa, que es la que da sentido a la historia, y el valor dinámico de la justicia de Dios, que no aplasta al hombre pecador, sino que lo salva.

Griego con los griegos, Pablo partió en Atenas de la veneración al dios desconocido para intentar llegar al Dios de Jesucristo (p. 54). El fracaso de su apologética, las pretensiones de los corintios, demasiado orgullosos de su «ciencia», le llevaron a pronunciar palabras muy duras contra la sabiduría de los hombres (1 Cor 1, 17-2, 5). Pero no se trata de condenar sin más todos los valores humanos. Si se burla de la elocuencia, Pablo es un orador nato que sabe comunicar la fuerza de su convicción

interior (2 Cor 4, 13) y usa de buena gana los procedimientos de discusión habituales en su época (la «diatriba»: p. 22). Sabe apreciar todo lo que había de hermoso en la cultura de su tiempo (Flp 4, 8) e incluso cuando invita a sus oyentes al desprendimiento interior (1 Cor 7, 29-31) no exige que se evadan de este mundo: es en el estado en que cada uno ha sido llamado donde normalmente tiene que desarrollar el cristiano la gracia de su bautismo.

Apóstol de las naciones, Pablo se sintió oprimido por el drama de la incredulidad de Israel (Rom 9, 1-5). A pesar de sus fracasos, empezó siempre sus misiones por la sinagoga. Su severidad se debe a su inmenso amor decepcionado; sin embargo, no dudó nunca de una reconciliación futura en torno a Cristo, nuestra paz (Ef 2, 14). Tanto por su experiencia como por su enseñanza, Pablo es por consiguiente el gran doctor de la iglesia «católica», esto es, «universal», llamada a reunir a todos los pueblos en el amor de Dios.

3. FE Y AGAPE

A pesar de haber visto al Señor en el camino de Damasco, él está convencido de que caminamos por la fe y no en la visión clara (2 Cor 5, 7). Favorecido con gracias místicas, Pablo desconfía de todo cuanto puede alentar la ilusión y proclama continuamente que lo único que cuenta en la vida es la gracia de Dios (cf. 2 Cor 11, 9). En su controversia con los judaizantes, el antiguo rabino tiene palabras muy duras contra la ley, y es fácil de comprender el escándalo de los lectores judíos. Se necesitaría una larga exposición que explicase la tesis de la «justificación por la fe» y de la repulsa de «las obras de la ley». No hemos hecho más que rozar este tema (p. 34), señalando cómo estaba entonces en discusión «la causa de Cristo». Se trataba de saber quién es el que salva, Jesús o la ley (Gál 2, 16s). En la polémica, Pablo tendía a endurecer las fórmulas; la carta a los romanos ofrece una visión más matizada, aunque Pablo no oculta nunca la irremediable decadencia del hombre sin Cristo.

La fe que exalta Pablo no es una virtud teológica entre otras, sino el todo de la vida cristiana: renuncia del hombre a sí mismo al haber sido arrebatado por el espíritu que lo conduce al Señor Jesús (1 Cor 12, 3), dinamismo espiritual que abre la Iglesia a las dimensiones de la agapé de Dios. Como se dice en Gál 5, 6, «como cristia-

nos, da lo mismo estar circuncidado o no estarlo; lo que vale es una fe que se traduce en amor».

El mensaje de libertad que Pablo proclama (Gál 5, 1) recuerda ciertas ideas estoicas, para quienes sólo el sabio es rey y por tanto libre (p. 54). Sin embargo, hay una diferencia fundamental que separa a Pablo de los filósofos de su época; éstos invitan al sabio a basarse en los recursos de su inteligencia y a despreciar los vanos juicios de la gente; para Pablo, la libertad es un fruto del espíritu que se saborea en la humilde sumisión de la fe; lejos de aislar al cristiano en su suficiencia, la libertad le lleva a sentir sus responsabilidades eclesiales: «el conocimiento engríe, lo constructivo es el amor» (1 Cor 8, 1).

4. ESPERANZA Y EDIFICACION DE LA IGLESIA

En el Cristo de Damasco, Pablo reconoció al primero de entre los resucitados (1 Cor 15, 20). ¿Cómo no iba a esperar el próximo regreso de su Señor? La esperanza de la parusía se avivaba en las veladas litúrgicas, en las que resonaba el canto del Maranatha (cf. 1 Cor 16, 22). Sacadas del Antiguo Testamento, las evocaciones del «día del Señor» (por ejemplo, 1 Tes 4, 13-5, 11; 1 Cor 15, 23-28.51-56) no funcionaron nunca en Pablo como un «opio» para alejarnos de las tareas presentes; al contrario, encontró en la espera de la parusía el estímulo más poderoso para sus correrías apostólicas: ¿no era preciso que el evangelio se proclamara en todo lugar, antes de la vuelta de Cristo? Con el tiempo, se fue difuminando la perspectiva de la parusía, pero sin provocar ninguna desilusión. Pablo descubría cada vez mejor lo que ya se nos ha dado en el bautismo; el realismo de la inserción en el cuerpo de Cristo permite esperar, más allá de la muerte, el encuentro con el Señor (cf. 2 Cor 5, 1-10).

Fundador de numerosas comunidades, siempre con prisas por ir más lejos, Pablo fue también un organizador que revisaba periódicamente las iglesias que había fundado, seguía de cerca sus progresos y sus caídas (cf. 2 Cor 11, 28s), les enviaba sus «colaboradores», confiándoles numerosas responsabilidades. Pablo veía lejos y preparaba el porvenir de una iglesia que, en el mundo, tiene que ser «columna y base de la verdad» (1 Tim 3, 15).

5. UN SANTO APASIONADO

¿No era fácil convivir con Pablo! Pensemos en el choque con Pedro en Antioquía, en la tensión con Bernabé a

proposito de Juan Marcos, en la violencia de su polémica contra los judaizantes y contra los falsos doctores de Corinto

Sin embargo, que gran delicadeza de afecto con sus queridos filipenses o con los tesalonicenses. El mismo se presenta como un padre que exhorta a sus hijos (1 Tes 2, 11), su cariño es comparable al de una madre que acuna en su seno a sus hijos (1 Tes 2, 7). Si no retrocede ante el peligro por el bien de los fieles, necesita también sentir su confianza y su fidelidad. La sensibilidad de Pablo es todo lo contrario de la imagen tradicional del sabio «impasible». Si sabe imponerse duros sacrificios (1 Cor 9, 24-27), si está acostumbrado al desprendimiento (Flp 4, 12), no es insensible frente a la ingratitud. El mismo es consciente de los posibles peligros de un amor demasiado posesivo. Se esfuerza continuamente por referirlo todo a Cristo: **«Pablo, Apolo, Pedro, el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo porvenir todo es vuestro; pero vosotros sois de Cristo y Cristo de Dios»** (1 Cor 3, 22s, cf también 2 Cor 11, 2). Si Pablo se muestra tan duro en la polémica, es porque ha visto mejor que los demás el alcance que tiene. Su clarividencia teológica le permite reconocer la absoluta primacía de Cristo, no puede aceptar sin traicionar a la fe que Cristo sea sucesor de Moisés. A tiempo y a destiempo proclamara que es Cristo el que nos salva por ser el Hijo mismo de Dios y porque como nuevo Adán, ha asumido la causa de toda la humanidad y la conduce hacia el Padre.

Es en su vida de oración donde mejor se expresa la santidad de Pablo. Heredero de la oración judía (p. 33), recoge muchas veces sus formulas, pero las transforma haciéndolas pasar «por Cristo». La acción de gracias ocupa un lugar importante. Pablo contempla el progreso del evangelio en la vida de las comunidades y encuentra en ello un motivo siempre renovado para su «eucaristía» (cf Rom 1, 8; 1 Cor 1, 4; Flp 1, 3; Col 1, 3; 1 Tes 1, 2; 2 Tes 1, 3). La «solicitud por todas las iglesias» alimenta sus plegarias de petición a las que considera como una especie de «combate» con Dios (Rom 15, 30; Col 4, 16) para que la palabra prosiga su carrera victoriosa (cf 2 Tes 3, 1).

El secreto de la vida de Pablo lo descubrimos en aquella confianza que le arrancó la polémica contra los judaizantes: **«Por él (Cristo) perdí todo aquello y lo tengo por basura con tal de ganar a Cristo e incorporarme a él. Sólo una cosa me interesa: correr hacia la meta para coger el premio al que Dios llama desde arriba por el mesías Jesús»** (Flp 3, 8-14). Texto magnífico en donde explota la tensión entre la acción primera de Cristo, que ha atrapado en su camino al apóstol, y el esfuerzo de Pablo por alcanzar a su Señor, siempre más allá. Texto en el que se expresa la tensión entre el **ya** para aquel que ya vive en Cristo, pero caminando en la fe, y el **todavía no** para aquel que aguarda el encuentro pleno en el reino de la **agapé** que no acabará jamás (1 Cor 13, 13).

ALGUNOS «RECUADROS» DE ESTE CUADERNO

La tradición entre los rabinos	10
Para el filósofo griego Epicteto, la enseñanza supone una vocación	14
Una carta antigua: el soldado Apion escribe a su padre	19
Plinio intercede ante su amigo Sabiniano por un liberto fugitivo	20
El sabio según Epicteto	22
Un comentario judío: El Peshet de Qumrán sobre Habacuc	24
La sinagoga	33
Conversión al judaísmo de Izates, rey de Adiabene en Mesopotamia	35
La condición de la mujer según san Pablo	61
Los terroristas de la época	71
La esclavitud en tiempos de san Pablo	78

CONTENIDO

¿Quién era Pablo? ¿Qué le dio su formación judía y griega? ¿Cómo se escribía en aquella época? ¿Quiénes vivían entonces —y cómo— en Corinto, en Antioquía, en Efeso? ¿Cómo se viajaba? ¿Cuáles eran las grandes filosofías? ¿En qué condición se encontraba la mujer? He aquí algunas de las cuestiones con que se enfrenta E. Cothenet, profesor del Instituto Católico de París. Unas páginas llenas de vida que nos permiten situar a Pablo en su tiempo.

LA FORMACION DE PABLO	5
Nacido en Tarso, judío y griego, ciudadano romano de nacimiento, Pablo es educado en la fe judía, reza en la sinagoga Fariseo en Jerusalén se inicia en los métodos de estudio de la escritura	
VOCACION DE PABLO COMO APOSTOL DE LAS NACIONES	12
En el camino de Damasco, Cristo hace a Pablo su mensajero entre las naciones	
UN MISIONERO TOMA LA PLUMA	17
Pablo escribe como lo hacían en su época, pero su pasión por el evangelio transforma las fórmulas habituales. Estilo de Pablo. En su forma de argumentar a partir de la escritura, transforma la lectura tradicional partiendo de Cristo	
UN GRAN VIAJERO	26
La descripción de las condiciones de viaje en la antigüedad, del estado de los caminos terrestres y marítimos, nos permite comprender mejor lo que fue la vida de Pablo y de sus colaboradores	
PRIMER VIAJE MISIONERO	30
De Antioquía de Siria a Antioquía de Pisidia, vemos cómo Pablo y Bernabé empiezan a dirigirse a los paganos. Esto provoca la asamblea de Jerusalén	
SEGUNDO VIAJE MISIONERO	49
Pablo pasa a Europa: Filipos, Tesalónica, Atenas (buena ocasión para conocer las dos grandes corrientes del pensamiento de la época: estoicismo y epicureísmo), finalmente, Corinto con sus cofradías religiosas que favorecen la mezcla social y los cultos extáticos	
TERCER VIAJE MISIONERO	63
Conocemos bastante bien la estancia de Pablo en Efeso. Entretanto, una crisis judaizante sacude a los galatas y a los mismos corintios	
ULTIMOS AÑOS DE PABLO	70
Su largo viaje lo conduce de Efeso a Jerusalén y a la prisión de Cesarea, para acabar finalmente en la prisión de Roma después de un accidentado viaje	
CONCLUSION	81